

CRÓNICAS DE EL DORADO



CRÓNICAS DE EL DORADO

CRÓNICAS DE EL DORADO

Selección, prólogo y notas
HORACIO JORGE BECCO



Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf50120038001963
ISBN 980-276-361-6

Dirección editorial / Oscar Rodríguez Ortiz
Producción editorial / Elizabeth Coronado
Corrección / Silvia Dioverti
Concepto gráfico de colección / Luis E. Ruiz Lossada
Diagramación / Estela Aganchul
Preprensa / Desarrollos Compumedia

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PRÓLOGO

El Dorado, nuestro país ilusorio, tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,
La soledad de América Latina (1982)

El Dorado no existía en ninguna parte, pues era fruto de la concreción de las ideas clásicas sobre indicios de posibilidad, que el conquistador acumuló, por el paso de unas a otras huestes, sobre un supuesto racional: el de la necesidad de que existieran unas minas riquísimas en el lugar donde las condiciones naturales fueran óptimas.

DEMETRIO RAMOS PÉREZ,
El mito de El Dorado: su génesis y proceso (1973)

POCOS LUGARES en la historia mundial han sufrido las variantes y los traslados de su emplazamiento como el llamado "El Dorado", que provino de repetidas historias en su gran mayoría falsas y poco seguras de comprobar.

En principio y a raíz del descubrimiento del Nuevo Mundo, los europeos guiados por sus fantasías medievales, mantuvieron muy en alto la esperanza de lograr una fuente constante de metales preciosos, especialmente oro, que les sirvió de estimulante verbal atrayendo a incautos sorprendidos en su buena fe, para lograr el patrocinio de ricas expediciones o lograr la construcción de barcos y formular promesas basadas fundamentalmente en una tierra especial, un esperanzado paraíso donde estaban los tesoros desconocidos para lo cual sólo era necesario la osadía de buscarlos. Basándose en esta utopía, la historia muestra la sucesión de exploraciones, penosas caminatas, enfrentamientos con los naturales de las tierras desconocidas y la innumerable variedad de inconvenientes que rodean estos sucesos.

"El mito de El Dorado, escribe Arturo Uslar Pietri, ha sido la concepción más tenaz de la noción mágica de la riqueza que caracterizó los viejos pueblos de Occidente".

Las tierras de América fueron entonces el escenario cambiante y perseguido de todos aquellos esperanzados en lograr la magnificencia y las regalías que lo llevarían a la fama y, al mismo tiempo, a ser los

dueños o señores de reinos inconmensurables, bien provistos en la existencia deslumbrante de minas, secretos, esclavos e, invariablemente, de oro y plata, en otros casos de esmeraldas y rubíes, de canela y especias, de ciudades sagradas protectoras de dichos tesoros.

"La forma más característica en que la utopía se manifiesta en América es bajo los visos de un país fabulosamente rico en oro y plata y piedras preciosas y que responde a los varios nombres de El Dorado, Paititi, Trapalanda, Lin Lin, La Fuente de la Eterna Juventud y La Ciudad Encantada de los Césares. Todas estas regiones fantásticas o imaginarias ya se mencionan durante el siglo XVI, a los pocos años del descubrimiento, y están directamente relacionadas con uno u otro conquistador", como afirma Stelio Cro en *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana (1492-1682)*.

Un fascinante espectáculo tuvieron que enfrentar los europeos ante el territorio inmenso de América. Ello les permitió el tejer las más intensas aventuras dedicadas a proporcionarse renombre, a lograr una mayor simpatía de las autoridades en nombre de quienes venían a conquistar con el manto protector de la espada y la cruz.

La sorpresa del Nuevo Mundo muy pronto surtió de promesas utópicas las desconocidas tierras, donde se sucedieron los nombres orientadores y llamativos para imantar el escenario geográfico, hablando del Paraíso Terrenal, de los ríos que lo recorrían, de las amazonas o mujeres guerreras, de gigantes, de la Edad del Oro, de los hombres sin cabeza, de los monstruos del mar que aterrorizaban las playas, de los demonios que habitaban en los sitios más diversos y en las minas, en los seres deformados y en innumerables fantasías que crecían y lograban asideros en un vulgo sin cultura. Por ello los indios contaban, hacían largas y artificiosas explicaciones, con mucha dificultad de captación por los intérpretes de los recién venidos de Europa, una leyenda contundente sobre el oro, que iría variando según las zonas de la América toda y que sirvió para gestar las expediciones más sorprendentes.

Buscando algo incierto y en lugares generalmente impropios, dieron con ríos inmensos –Amazonas, Orinoco, Meta, Río de la Plata, Magdalena–, superaron los picos nevados, llegando a Potosí, subiendo los Andes Meridionales, buscando una laguna o un lago donde se volcaban los rescates en oro, lo que produjo, hacia 1539, el encuentro en la gran sabana bogotana, de conquistadores como Jiménez de Quesada, Sebastián de Benálcazar y Nicolás Federman que procedían respectivamente de Santa Marta, Quito y Coro.

El escenario siempre rotativo y por supuesto muy incierto, lo

dueños o señores de reinos inconmensurables, bien provistos en la existencia deslumbrante de minas, secretos, esclavos e, invariablemente, de oro y plata, en otros casos de esmeraldas y rubíes, de canela y especias, de ciudades sagradas protectoras de dichos tesoros.

"La forma más característica en que la utopía se manifiesta en América es bajo los visos de un país fabulosamente rico en oro y plata y piedras preciosas y que responde a los varios nombres de El Dorado, Paititi, Trapalanda, Lin Lin, La Fuente de la Eterna Juventud y La Ciudad Encantada de los Césares. Todas estas regiones fantásticas o imaginarias ya se mencionan durante el siglo XVI, a los pocos años del descubrimiento, y están directamente relacionadas con uno u otro conquistador", como afirma Stelio Cro en *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana (1492-1682)*.

Un fascinante espectáculo tuvieron que enfrentar los europeos ante el territorio inmenso de América. Ello les permitió el tejer las más intensas aventuras dedicadas a proporcionarse renombre, a lograr una mayor simpatía de las autoridades en nombre de quienes venían a conquistar con el manto protector de la espada y la cruz.

La sorpresa del Nuevo Mundo muy pronto surtió de promesas utópicas las desconocidas tierras, donde se sucedieron los nombres orientadores y llamativos para imantar el escenario geográfico, hablando del Paraíso Terrenal, de los ríos que lo recorrían, de las amazonas o mujeres guerreras, de gigantes, de la Edad del Oro, de los hombres sin cabeza, de los monstruos del mar que aterrorizaban las playas, de los demonios que habitaban en los sitios más diversos y en las minas, en los seres deformados y en innumerables fantasías que crecían y lograban asideros en un vulgo sin cultura. Por ello los indios contaban, hacían largas y artificiosas explicaciones, con mucha dificultad de captación por los intérpretes de los recién venidos de Europa, una leyenda contundente sobre el oro, que iría variando según las zonas de la América toda y que sirvió para gestar las expediciones más sorprendentes.

Buscando algo incierto y en lugares generalmente impropios, dieron con ríos inmensos –Amazonas, Orinoco, Meta, Río de la Plata, Magdalena–, superaron los picos nevados, llegando a Potosí, subiendo los Andes Meridionales, buscando una laguna o un lago donde se volcaban los rescates en oro, lo que produjo, hacia 1539, el encuentro en la gran sabana bogotana, de conquistadores como Jiménez de Quesada, Sebastián de Benálcazar y Nicolás Federman que procedían respectivamente de Santa Marta, Quito y Coro.

El escenario siempre rotativo y por supuesto muy incierto, lo

muestra los testimonios de protagonistas y aventureros que fueron reemplazándose y proliferando a lo largo del tiempo.

No siempre floreció la gloria o el resultado eficiente. La frustración queda señalada en variadas páginas de los cronistas, dando cuenta realista del tormento nacido de una irresponsable búsqueda, constantemente falseada o alterada por los sucesos, que nunca produjo un hecho definitivo y celebratorio.

Salvo la eventual excusa de múltiples descubrimientos que se generaron en El Dorado, de la facilidad ilustrativa que dotaba a los cartógrafos para identificarlo en sus cartas, como sucede con Manoa o la ciudad encantada, con el lago Parime, entrando en la orinoquia venezolana, sólo encontraremos la traslación permanente de un mito poblado por una fertilidad imaginativa.

Todo esto terminó en una suma incontrolable de expediciones o hechos históricos, de poblaciones que se establecieron por sus itinerarios, de multifacéticos relatos y páginas que lo incorporan adueñándose de "El Dorado fantasma" –como lo describe acertadamente el jesuita Constantino Bayle– sumándose al frondoso inventario de las noticias secretas, mitos y leyendas de las tierras americanas.

Entre otras historias podríamos agregar lo redactado en el *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada* (1539) –que se atribuye a Gonzalo Jiménez de Quesada– cuando dice: "Tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no tocan a cortar un árbol ni tomar una poca de agua por todo el mundo. En estos bosques, van también a hacer sus sacrificios y entierran oro y esmeraldas en ellos lo cual está muy seguro que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habían de caer muertos. Lo mismo es en lo de las lagunas las que tienen dedicadas para sus sacrificios que van allí y echan mucho oro y piedras preciosas que quedan perdidas para siempre".

El oro se ligaba con otros metales, estas aleaciones como la denominada "tumbaga" estaba compuesta de oro (30%) y cobre (70%). Las piezas se fabricaban por el procedimiento de la cera perdida, siendo terminadas posteriormente al limar sus asperezas, utilizando diversas técnicas de acabado y pulido.

Los idolitos –llamados tunjos– tomaban las formas de animales anfibios, culebras, lagartijas, ranas, todos ellos relacionados con la tierra, la gran madre de todas las cosas y por ende con la agricultura, en busca de un acuerdo que beneficiara a los numerosos oferentes y principalmente al mismo cacique como jefe supremo de la comunidad.

La ceremonia fundamental está descrita en relación al cacique

aumentan en la tenacidad y empeño de los buscadores, lo cual permitió la realización de extensas rutas por caminos penosos que se cubrían de agua algunas veces, altos pastos o selvas intrincadas, neblinas tropicales, del griterío sorpresivo de la selva, por extensos pantanos cubiertos de insectos, con animales carnívoros, serpientes y caimanes.

Bien lo presenta Gustavo Cobo Borda cuando escribe que:

> partieron por esas infinitas llanuras, inundadas durante largos meses de lluvia, calientes y salpicadas por una vegetación capaz de cubrirlos durante la estación seca, queriendo atrapar a un hombre o a un rey, una mina o una laguna, una ciudad o un imperio, la Casa del Sol o un bosque de canela, una montaña de cristal o el tercer marquesado del Nuevo Mundo, luego de México y Perú, o el perdido reino de los incas-Paititi en el sitio donde hoy confluyen Bolivia, Paraguay y Brasil; que siempre estaba más allá, en otra parte, detrás del horizonte, difuminándose, como en los llanos, en medio de esa neblina provocada por el propio calor del trópico. Nunca lo consiguieron del todo ya que, cuando el polvillo amarillo se les deslizaba entre los dedos o cuando montículos más altos que un hombre, de refinada orfebrería, eran fundidos la imaginación volvía a susurrarles lo que querían oír, y las voces de los indios, aterrados de su cudicia, como escribían los cronistas, les indicaban una cima más elevada, detrás de la cual sí se hallaba escondido el verdadero tesoro. En palabras de Gonzalo Fernández de Oviedo: "Los indios prometen a los cristianos lo que ven que desean; esto es: oro". Era como una leyenda fabricada entre todos. (*Fábulas y leyendas de El Dorado*, 1987).

Estas expediciones fueron una sucesión de contratiempos que envuelven combates y muerte, la presencia perturbadora de los mosquitos o el sorpresivo jaguar, enfrentamiento con una naturaleza poco reparadora, la fatiga, putrefacción y aguas intomables.

Ese inmenso esfuerzo –que mantenía la esperanzada fe de los aventureros– consolidó el sacrificio de vidas humanas, contrariando las privaciones, miserias y hambrunas que debieron mitigar comiéndose las sillas o los correajes "cocidos en agua y después asados al rescoldo" –como apunta Cieza de León–, que fueron ocasionalmente alimentos, cambiantes por caballos, perros, serpientes, gusanos, hierbas y todo aquello que se consideró recurso para mantener la vida.

Hablar del "hombre dorado", el cacique untado con resina y luego recubierto con oro pulverizado, que salía en una balsa con un séquito especial para cumplir con el ritual de sus antepasados, sirvió como constante imagen de las riquezas sepultadas en lagunas consagradas al culto religioso.

Este "El Dorado" lo personificó. Tras su búsqueda la historia nos

Guaravita y su laguna, a una altura cercana a los tres mil metros, de áspero contorno y de incalculable profundidad. El ceremonial mostraba pompa y aturdía con sus primitivos instrumentos, por el majestuoso séquito y especialmente por su cacique dorado, sentado en un trono tachonado de esmeraldas y con adornos de plumas. Se veía pasar a los nobles barriendo el camino, los guerreros con sus armas y vistosos adornos.

Una balsa colmada de ofrendas, joyas y esmeraldas, conducía al cacique y a sus sacerdotes. Mientras queman resinas olorosas, estos van a empuñar los remos y emplazar la balsa en medio de la laguna. Los súbditos vuelven las cabezas para no perjudicar la ceremonia, mientras el hombre dorado se introduce en la laguna y las joyas de las ofrendas son arrojadas a las aguas.

El cacique saldrá humanizado de las mismas con su color cobrizo, se ha lavado del oro que lo cubría hasta el próximo suceso ceremonial. La historia de El Dorado muestra una variedad de opiniones, sobre el tributo que pagaban en polvo de oro en contribución al inca, pero podemos agregar otra relación que detalla:

> Déjome de referir lo que otros dicen o cuentan, que siguiendo el río de Ariari, de los Llanos de San Martín, tierra adentro hacia el Orinoco, hay unos indios muy belicosos, a quienes todos los gentiles, aun entre los caribes, que son los más bravos, rinden vasallaje; que en la provincia de esas gentes, que comen carne humana, abunda tanto el oro, que arrancando en cualquiera parte las yerbas, salen cuajadas de oro finísimo; y que cada año eligen un mancebo para ofrecer en sacrificio a su ídolo, y que se tiene por dichoso aquel a quien cabe en suerte, y que lo abren y lo salan con oro en polvo, y lo ofrecen en su iglesia en sacrificio; y que por esto le llaman Dorado (Basilio V. de Oviedo, *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, cap. XVIII).

El abundante material histórico y científico relacionado con el tema de El Dorado, desde su génesis y proceso hasta su proyección en la invención literaria, es muy amplio.

Aquí se han reunido cronológicamente algunos ejemplos destinados a una lectura introductoria, para localizar el material basándose en cronistas, expedicionarios, sacerdotes, viajeros como Humboldt y Appun, en una incursión documentada sobre la difundida fábula americana.

Será don Gonzalo Fernández de Oviedo, quien estuvo doce años en la Tierra Firme como veedor de las fundiciones del oro y las minas en Castilla del Oro y especialmente controlando la extracción de la

plata, "muy buena y mucha" que se halla en la Nueva España, actuando durante la regencia de don Fernando VII, rey de España.

El licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, que saliera de la costa colombiana de Santa Marta el año de 1536 para encontrar el nacimiento del río Magdalena, torciendo luego su primaria ruta por la Sierra de Opón, logrando adentrarse en tierras de los chibchas, para fundar la ciudad de Santa Fe de Bogotá en el Nuevo Reino de Granada. En la provincia del Meta están las esmeraldas, la renombrada Casa del Sol, hasta la conquista de los valles y mesetas del territorio colombiano, por sus expediciones en busca de El Dorado.

El sacerdote franciscano López de Gomara trata apretadamente los pasos de Jiménez de Quesada, reforzando que las esmeraldas fueron muchas y las extraían de la mina del señor Somondoco.

Los indios "llevan sus ídolos a la guerra por devoción o para inspirarles valor; cuando se los cogían los españoles, pensaban que lo hacían por devotos, y era por ser de oro y por quererlos, con lo que ellos se entristecían mucho. Sepúltanse los de Tunja con mucho oro, y así había ricos enterramientos".

El conquistador español, Pedro Cieza de León narra cómo "Gonzalo Pizarro salió de la ciudad de Quito para la ciudad de la canela, que fue uno de los trabajosos descubrimientos que se han hecho en la Tierra Firme y Mar del Sur". Pero este despiadado no encontró las sierras ni las comarcas que esperaba y enfrentando el resultado poco satisfactorio para su vanidad tomó represalias contra los indios, a quienes lanzó sus perros para despedazarlos o los colgó quemándolos a la espera de alguna noticia provechosa que no obtuvo y regresó sin importarle los árboles de canela, pero lamentándose por no haber localizado oro.

El poeta Juan de Castellanos, autor del gigantesco poemario *Elegía de varones ilustres de Indias*, se demora en "aqueste Nuevo Reino de Granada / que es el cierto Dorado". Se esfuerza para situarlo sobre tierra neogranadina, refiriéndose al soldado Juan Martín, un cautivo de los indios quien logra escapar finalmente a la isla de Margarita; las andanzas de Sebastián de Benálcazar y Antonio de Berrío, todos ellos persiguiendo el sueño de esmeraldas y riqueza, como parte de su discurso poético tan ramificado como enumerativo en personajes y lugares.

Reproducimos la *Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa y otras provincias que están entre el río Orinoco y Marañón*, por el Gobernador Antonio de Berrío, quien desde la tierra guayanesa, busca lograr la ciudad dorada y el lago Parima.

Su maestre de campo el capitán Domingo de Vera e Ibargoyen redacta una *Relación sobre El Dorado y sobre la expedición de Antonio de Berrío* en 1587, importante documento sobre las actividades de los buscadores doradistas.

Sin duda alguna la más sorprendente descripción sobre El Dorado figura en el libro de Sir Walter Raleigh, *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana, con un relato de la poderosa y dorada ciudad de Manoa (que los españoles llaman El Dorado)*, terminado en 1595. Obra muy divulgada sobre el tema que dispone de una circunstancial riqueza descriptiva, si bien acumula falsos hechos, actualmente ya modificados en la historia americana.

De tierras colombianas es Juan Rodríguez Freyre el escritor que logra las simpáticas historias y escándalos que constituyen su libro *El Carnero* (1859), "en que se cuenta quién fue el cacique Guatavita y quién fue el de Bogotá y cuál de los dos tenía la monarquía de este Reino, quién la de Tunja y su partido", extendiéndose sobre cómo "se originó este nombre engañoso de El Dorado". Allí figura una descripción muy precisa sobre la ceremonia que se realizaba en la gran laguna de Guatavita.

En las *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, fray Pedro Simón describe los orígenes y las jornadas que se han hecho en demanda de El Dorado.

Los acontecimientos que soportará el joven Domingo de Utre (Felipe von Hutten) por lograr las tierras doradistas partiendo de Coro hacia 1723, las puntualiza el historiador José de Oviedo y Baños en su conocida *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*.

Muy ilustrativo es el jesuita José Gumilla, aportando en su detallado libro *El Orinoco Ilustrado...*, una revisión de las actuaciones que lograron los conquistadores en busca de El Dorado y Manoa, nombre que se da en los mapas a la ciudad resplandeciente y a su montaña según la lengua achagua.

Otro sacerdote, el franciscano Antonio Caulín, escribe sobre *El lago Parima en las misiones del Orinoco*, considerando que la ciudad de El Dorado es puramente apócrifa, "imaginados sus palacios, huertas y recreos; falsa su hermosa magnificencia y dilatadísima extensión".

Entre los cronistas con larga permanencia en la zona del Orinoco, figura el padre Felipe Salvador Gilij, que compuso un *Ensayo de historia americana*. En él se refiere a El Dorado y a la laguna Parima como inexistentes.

Antonio Caulín, José Gumilla y Felipe S. Gilij son expertos en la

zona orinoquense y aportan en sus respectivas obras posiciones negativas sobre la existencia de la ciudad de Manoa y el lago Parima.

Envuelto en una magia primitiva encontramos entre los textos de fray Juan de Santa Gertrudis, el caso de Juan Quiñónez y la mina en la provincia de Barbacoas, parte de su libro *Maravillas de la naturaleza*.

Más historiográfico y realista es el Barón de Humboldt refiriéndose a la fábula de El Dorado y a las diversas adaptaciones localistas, como El Dorado en el Mar Blanco o laguna Parima sobre las fuentes del Orinoco; desarrollado en la vertiente oriental de los Andes en Nueva Granada; en el Valle de Nuestra Señora, El Dorado de los Omaguas, etc. Estas revisiones históricas le permiten hacer un recuento de las variadas expediciones que salieron en su logro y de las autoridades que estuvieron orientándolas.

Finalizamos con las impresiones formuladas por el explorador alemán Karl Ferdinand Appun, autor del libro *En los trópicos*. Recuerda esta fábula para localizar el fantasma del oro con los múltiples proyectos que no tuvieron un resultado feliz. Ya que Sir Walter Raleigh, Antonio de Berrío o el gobernador Manuel Centurión en el siglo XVIII, entre muchos otros, fracasaron en situar la ciudad de Manoa o el lago Parima.

El largo recorrido entre los siglos XVI al XVIII va puntualizando el penoso itinerario en la búsqueda del país áureo, como lo sintetiza el historiador Demetrio Ramos Pérez al escribir: "Las noticias que los cronistas proporcionan sobre la aparición del mito no pueden ser aceptadas a la ligera, es una conclusión impuesta por su discordancia, como también una consecuencia de su preocupación por el tema. Sólo coinciden en señalarnos a Quito como epicentro, lo que es irrebatible si atendemos exclusivamente a la concreción, prescindiendo del lento rodar que a ella lleva, iniciado en las bocas del Orinoco. Cada cronista por su lado, tomó la versión que pudo encontrar, en la que forzosamente injertaba su propia creencia localizante, de aquí esa mezcla de lo episódico con la adaptación personal" (*El mito de El Dorado: su génesis y proceso*, 1973).

Para situar un inicio, la mayor contribución la suministra Fernández de Oviedo, quien se refiere a la época en Quito de Gonzalo Pizarro hacia 1541, comentando que la búsqueda del territorio dorado se transforma en un cacique con ricas minas. Concretamente nos dice:

> Preguntando yo por qué causa llaman aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado, y aquí en Santo Domin-

go han venido [...], que lo que se ha entendido de los indios, es que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido y tan menudo como sal molida; porque le parece a él que traer otro cualquier atavío es menos hermoso y que ponerse pinzas o armas de oro labradas de martillo o estampadas, o por otra manera, es grosería y cosa común, y que otros señores y príncipes ricos las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada y nueva y más costosa. Pues que lo que se pone un día por la mañana se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra; y eso hace todos los días del mundo. Y es hábito que, andando como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición natural, de que él mucho se precia, sin ponerse encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Perú, o que puede haber en ninguna parte del mundo. Así que, este cacique o rey dicen los indios que es muy riquísimo y gran señor, y con cierta goma o licor que huele muy bien, se unta cada mañana, y sobre aquella unción asienta y se pega el oro molido tan menudo como conviene para lo que es dicho, y queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, y tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un gran artífice. Y creo yo que, si es cacique que esto usa, debe tener muy ricas minas de semejante calidad de oro, porque yo he visto harto en la Tierra Firme, que los españoles llamamos volador, y tan menudo que con facilidad se podría hacer lo que es dicho. (*Historia general y natural de las Indias.*)

Como se verá en nuestra selección de crónicas y páginas dedicadas al mundo doradista, abarcan una variable localización geográfica: se ubicará en altos macizos como en los llanos, en medio de las selvas, en supuestas ciudades perdidas o nombradas, en territorios de ríos, entre montañas que se mueven a través de reflejos prismáticos como una enorme posibilidad de irrealidad, de promesa evasiva.

Los cambiantes nombres que lo tratan de localizar también sufren los contagios de huidizas jornadas, de fatigosos e imborrables acontecimientos tras un horizonte que se oculta y renueva la sorpresa de lo inexistente.

Tras El Dorado se completan las conquistas más dispares, se recorren enormes distancias, navegan ríos –Magdalena, Orinoco, Amazonas–, talan bosques, inconscientemente van trepando alturas y localizando lagunas, trazando una historia irreal de búsqueda sin respuesta, de tierras lejanas o sin localizar perdidas por la miseria y el sufrimiento desesperado de la impotencia, compartiendo con una naturaleza inquebrantable, superior y mágica.

Este mito doradista será acompañado por muchos otros, dentro

del estirado cuerpo de la América Fantástica, reproduciéndose tras los caminos desconocidos, duplicándose por el brillo múltiple de sus protagonistas, cerrándose y dejándose arrastrar como un río entre las palabras del cielo abierto.

HORACIO JORGE BECCO

Para la presente antología se han elegido sólo fragmentos de los textos originales a los que se les ha dado un nuevo título y colocado intertítulos para facilitar su lectura. Se ha actualizado la ortografía, corregido erratas y se han normalizado los usos. (N. del E.)

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

LAS INDIAS DE ORO

Nacido y muerto en Madrid (1478-1557), participó en la conquista de Granada, tuvo permanencia prolongada en Italia y pasó al continente americano que pudo recorrer y contemplar como testigo de aguda observación, aprovechando posteriormente en su madurez los contactos con importantes personajes. Conocido historiador y cronista, sus páginas nos muestran una concisa visión de los hechos sobresalientes y los personajes, un fiel cuadro de plantas y animales, amplio escenario geográfico y de sorprendente visión en el Sumario de la natural historia de las Indias, *apertura para la monumental* Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano. *Desde el descubrimiento de 1492 hasta 1549 comprende esta magnífica composición historiográfica americana, enriquecida por la curiosidad y la inquietud de su comprensión, donde no olvidará de recurrir al oro como argumento incitador para la conquista y los descubrimientos.*

Tierra muy rica

ESTA PARTICULARIDAD de minas es cosa mucho para notar, y puedo yo hablar en ellas mejor que otro, porque hace doce años que en la Tierra Firme sirvo de veedor de las fundiciones de oro y de veedor de minas, al católico rey don Fernando, que en gloria está, y a vuestra majestad, y de esta causa he visto muy bien cómo se saca el oro y se labran las minas, y sé muy bien cuán riquísima es aquella tierra, y he hecho sacar oro para mí con mis indios y esclavos; y puedo afirmar como testigo de vista que en ninguna parte de Castilla del Oro, que es en Tierra Firme, me pedirá minas de oro, que yo deje de ofrecerme a las dar descubiertas dentro de diez leguas de donde se me pidieren y muy ricas, pagándome la costa del andarlas a buscar, porque aunque por todas partes se halla oro, no es en toda parte de seguirlo, por ser poco, y haber mucho más en un cabo que en otro, y la mina o venero que se ha de seguir ha de ser en parte que, según la costa se pusiere de gente y otras cosas necesarias en la buscar, que se pueda sacar la costa, y demás de eso, se saque alguna ganancia, porque de hallar oro en las más partes, poco o mucho, no hay duda cómo se saca el oro. El oro que se saca en la dicha Castilla del Oro es muy bueno y de veinte y dos quilates; y demás de lo que de las minas se saca, que es en mucha cantidad, se han habido y cada día se han muchos tesoros de oro, labrados, en poder de los indios que se han conquistado y de los que de grado o por rescate y como amigos de los cristianos lo han dado,

alguno de ello muy bueno; pero la mayor parte de esre oro labrado que los indios tienen es encobrado, y hacen de ello muchas cosas y joyas, que ellos y ellas traen sobre sus personas, y es la cosa del mundo que comúnmente más estiman y precian. La manera de cómo el oro se saca es de esta forma, que o lo hallan en sabana o en el río. Sabana se llaman los llanos y vegas y cerros que están sin árboles, y toda tierra rasa, con yerba o sin ella; pero también algunas veces se halla el oro en la tierra fuera del río en lugares que hay árboles, y para sacarlo cortan muchos y grandes árboles; pero en cualquiera de estas dos maneras que ello se halla, ora sea en el río o quebrada de agua o en tierra, diré en ambas maneras lo que pasa y se hace en ésto. Cuando alguna vez se descubre la mina o venero de oro es buscando y dando catas en las partes que a los hombres mineros y expertos en sacar oro les parece que lo puede haber, y si lo hallan, siguen la mina y lábranlo en río o sabana, como he dicho; y siendo en sabana, limpian primero todo lo que está sobre la tierra, y cavan ocho o diez pies de largo, y otros tantos, o más o menos, en ancho, según al minero le parece, hasta un palmo o dos de hondo, e igualmente sin ahondar más lavan todo aquel lecho de tierra que hay en el espacio que es dicho; y si en aquel peso que es dicho hallan oro, síguenlo; y si no, ahondan más otro palmo y lávanlo, y si tampoco lo hallan, ahondan más y más hasta que poco a poco, lavando la tierra, llegan a la peña viva; y si hasta ella no topan oro, no curan de seguirlo ni buscarlo más allí, y vanlo a buscar a otra parte; pero donde lo hallan, en aquella altura o peso, sin ahondar más, en aquella igualdad que se topa siguen el ejercicio de sacarlo hasta labrar toda la mina que tiene el que la halla, si la mina le parece que es rica; y esta mina ha de ser de ciertos pies o pasos de largo, según límite que en esto y en el anchura que ha de tener la mina ya está determinado y ordenado que haya de terreno; y en aquella cantidad ningún otro puede sacar oro, y donde se acaba la mina del que primero halló el oro, luego a par de aquél puede hincar estacas y señalar mina para sí el que quisiere. Estas minas de sabana o halladas en tierra siempre han de buscarse cerca de un río o arroyo o quebrada de agua o balsa o fuente, donde se pueda labrar el oro, y ponen ciertos indios a cavar la tierra, que llaman escopetar; y cavada, hinchan bateas de tierra, y orros indios tienen cargo de llevar las dichas bateas hasta donde está el agua donde se ha de lavar esta tierra; pero los que las bateas de tierra llevan no las lavan, sino tornan por más tierra, y aquélla que han traído dejan en otras bateas que tienen en las manos los lavadores, los cuales son por la mayor parte indias, porque el oficio es de menos trabajo que lo demás; y estos lavadores están

asentados orilla del agua, y tienen los pies hasta cerca de las rodillas o menos, según la disposición de donde se asientan, metidos en el agua, y tienen en las manos la batea, tomada por dos asas o puntas para asirla y moviéndola, y tomando agua, y poniéndola a la corriente con cierta maña que no entra del agua más cantidad en la batea de la que el lavador ha menester, y con la misma maña echándola fuera, el agua que sale de la batea roba poco a poco y lleva tras sí la tierra de la batea, y el oro se abaja a lo hondo de la batea, que es cóncava y del tamaño de un bacín de barbero, y casi tan honda; y desde que toda la tierra es echada fuera, queda en el suelo de la batea el oro, y aquel pone aparte, y torna a tomar más tierra y lavarla, etc. Y así de esta manera continuando cada lavador, saca al día lo que Dios es servido que saque, según le place que sea la ventura del dueño de los indios y gente que en este ejercicio se ocupan; y hace de notar que para un par de indios que lavan son menester dos personas que sirvan de tierra a cada uno de ellos, y dos otros que escopeten y rompan y caven, e hinchan las dichas bateas de servicio, porque así se llaman, de servicio, las bateas en que se lleva la tierra hasta los lavadores; y sin esto, es menester que haya otra gente en la estancia donde los indios habitan y van a reposar la noche, la cual gente labre pan y haga los otros mantenimientos con que los unos y los otros se han de sostener. De manera que una batea es, a lo menos en todo lo que es dicho, cinco personas ordinariamente. La otra manera de labrar mina en río o arroyo de agua se hace de otra manera, y es que echando el agua de su curso en medio de la madre, después que está en seco y la han *xamurado* (que en lengua de los que son mineros quiere decir agorado, porque *xamurar* es agotar) hallan oro entre las peñas y hoquedades y resquicios de las peñas y en aquello que estaba en la canal de la dicha madre del agua y por donde su curso natural hacía; y a las veces, cuando una madre de éstas es buena y acierta, se halla mucha cantidad de oro en ella. Porque ha de tener vuestra majestad por máxima, y así parece por el efecto, que todo el oro nace en las cumbres y más alto de los montes, y que las aguas de las lluvias poco a poco con el tiempo lo trae y baja a los ríos y quebradas de arroyos que nacen de las sierras, no obstante que muchas veces se halla en llanos que están desviados de los montes; y cuanto esto acaece, mucha cantidad se halla por todo aquello, pero por la mayor parte y más continuadamente se halla en las faldas de los cerros y en los ríos mismos y quebradas; así que de una de estas dos maneras se saca el oro.

Para consecuencia del nacer el oro en lo alto y bajarse a lo bajo se ve un indicio grande que lo hace creer, y es éste. El carbón nunca

se pudre debajo de tierra cuando es de madera recia, y acaece que labrando la tierra en la falda del cerro o en el comedio u otra parte de él, y rompiendo una mina en tierra virgen, y habiendo ahondado uno, y dos, y tres estados, o más, se hallan allá debajo en el peso que hallan el oro, y antes que le topen también; pero en tierra que se juzga por virgen y lo está, así para romperse y cavar algunos carbones de leña, los cuales no pudieron allí entrar, según natura, sino en el tiempo que la superficie de la tierra era en el peso que los dichos carbones hallan, y derribándolos el agua de lo alto, quedaron allí, y como después llovió otras innumerables veces, como es de creer, cayó de lo alto más y más tierra, hasta tanto que por discurso de años fue creciendo la tierra sobre los carbones aquellos estados o cantidad que hay al presente, que se labran las minas desde la superficie hasta donde se topan con los dichos carbones.

Digo más, que cuanto más ha corrido el oro desde su nacimiento hasta donde se halló, tanto más está liso y purificado y de mejor quilate y subido, y cuanto más cerca está de la mina o vena donde nació, tanto más crespo y áspero le hallan y de menos quilates, y tanto más parte de él se menoscaba o mengua al tiempo del fundirlo y más agrio está. Algunas veces se hallan granos grandes y de mucho peso sobre la tierra, y a veces debajo de ella.

Oro perdido

El mayor de todos los que hasta hoy en aquestas Indias se ha visto fue el que se perdió en la mar, cerca de la isla de la Beata, que pesaba tres mil doscientos castellanos, que son una arroba y siete libras, o treinta y dos libras de diez y seis onzas, que son sesenta y cuatro marcos de oro; pero otros muchos se han hallado, aunque no de tanto peso.

Yo vi el año de 1515 en poder del tesorero de vuestra majestad, Miguel de Pasamonte, dos granos, que el uno pesaba siete libras, que son catorce marcos, y el otro de diez marcos, que son cinco libras, y de muy buen oro de veinte y dos quilates o más.

Y pues aquí se trata del oro, paréceme que antes de pasar adelante y que se hable en otra cosa, se diga cómo los indios saben muy bien dorar las piezas de cobre o de oro muy bajo; lo cual ellos hacen, y les dan tan excelente color y tan subida, que parece que toda la pieza que así doran es de tan buen oro como si tuviese veinte y dos quilates o más. La cual color ellos le dan con ciertas yerbas, y tal, que cualquiera platero de los de España o Italia, o donde más expertos los hay, se

tendría el que así lo supiese hacer, por muy rico con este secreto o manera de dorar. Y pues de las minas se ha dicho asaz por menudo la verdad, y particular manera que se tiene en sacar el oro, en lo que toca al cobre, digo que en muchas partes de las dichas islas y Tierra Firme de estas Indias, se ha hallado, y cada día lo hallan, en gran cantidad y muy rico; pero no se curan hasta ahora de ello, ni lo sacan, puesto que en otras partes sería muy grande tesoro la utilidad y provecho que del cobre se podría haber; pero como hay oro, lo más priva a lo menos, y no se curan de ese otro metal. Plata, y muy buena y mucha, se halla en la Nueva España; pero, como al principio de este reportorio dije, yo no hablo en cosa alguna de aquella provincia al presente, pero todo está puesto y escrito por mí en la *General historia de las Indias.*

Noticias del rey dorado

Estando el capitán Sebastián de Benalcázar en la provincia de Quito, debajo de la militar obediencia que debía tener al marqués don Francisco Pizarro, que allí le envió, porque no se perdiese y deteriorase la mala costumbre que otros capitanes han tenido en las Indias de faltar a quien los elige y pone en tales cargos, y seguir otras derrotas y camino por donde no se llamen segundos sino primeros, y procurar para sí los mismos oficios en ofensa de sus superiores, y tener manera cómo se entiendan con el rey y pierda las gracias quien los puso en tales capitanías, así éste, como se sentía hombre más hábil que el marqués, o por otra causa cualquiera que sea, salió de la ciudad de San Francisco con cierta gente de pie y de caballo, y discurriendo por la tierra adentro fue a parar a los alcázares y Nuevo Reino de Granada, donde ya otros españoles tenían descubiertas las minas de las esmeraldas. Así que iba alzado de su capitán general.

Y con la misma intención, apartándose del suyo, el capitán Federman había dejado a su gobernador en la provincia de Venezuela, llamado Jorge Espira. Y cada uno de estos dos capitanes, alterados, se recogieron con la gente de Santa Marta, que hallaron poblada en los Alcázares con el licenciado Gonzalo Jiménez (teniente del adelantado don Pedro de Lugo); con el cual concertados, todos tres se fueron a España cargados de nuevas trazas y deseos, y con el oro y esmeraldas que pudieron haber; de ese viaje, negoció cada uno en diferente manera, y Benalcázar volvió con la gobernación de Popayán.

Pues como el marqués don Francisco Pizarro supo que Benalcázar había partido de Quito sin su licencia, envió allá al capitán Gonzalo Pizarro, su hermano, y enseñoreóse de aquella ciudad de San

Francisco y de parte de aquella provincia, y desde allí determinó de ir a buscar la canela y a un grande príncipe que llaman el Dorado, de la riqueza del cual hay mucha fama en aquellas partes.

Preguntando yo por qué causa llaman aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado, y aquí en Santo Domingo han venido (y al presente hay en esta ciudad más de diez de ellos), que lo que de esto se ha entendido de los indios, es que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido y tan menudo como sal molida; porque le parece a él que traer otro cualquier atavío es menos hermoso y que ponerse pinzas o armas de oro labradas de martillo o estampadas, o por otra manera, es grosería y cosa común, y que otros señores y príncipes ricos las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, insuitada y nueva y más costosa. Pues que lo que se pone un día por la mañana se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra; y eso hace todos los días del mundo. Y es hábito que, andando como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición natural, de que él mucho se precia, sin ponerse encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Perú, o que puede haber en ninguna parte del mundo. Así que, este cacique o rey dicen los indios que es muy riquísimo y gran señor, y con cierta goma o licor que huele muy bien, se unta cada mañana, y sobre aquella unción asienta y se pega el oro molido tan menudo como conviene para lo que es dicho y queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, y tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un gran artífice. Y creo yo que, si es cacique que esto usa, debe tener muy ricas minas de semejante calidad de oro, porque yo he visto harto en la Tierra Firme, que los españoles llamamos volador, y tan menudo que con facilidad se podría hacer lo que es dicho.

GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

REINO DE ESMERALDAS Y ORO

Escritor español nacido en 1509 en Granada y muerto en Mariquita, Tolima (Colombia) en 1579. Conquistador, fundador de la ciudad de Santa Fe de Bogotá (1538). Paralelamente a su hacer como adelantado y explorador de la meseta colombiana, pobló la ciudad de Santa Águeda (hoy llamada Mariquita), Tunja y fue portador de la leyenda de El Dorado. Escribió numerosas obras como Apuntamientos y anotaciones sobre la historia de Paulo Jovio *(1567), conocido como el* Antijovio, *pero obtuvo mayor renombre en las páginas de* Memoria de los descubridores que entrarón conmigo a descubrir y conquistar este Nuevo Reino de Granada *(1576). Buena parte de su labor literaria se encuentra en ediciones muy divulgadas, entre las que citamos* Crónica Grande del Río de la Magdalena *(Bogotá, 1980). La sacrificada hazaña que realizó al recorrer las tierras habitadas por los indios guatavitas, quienes le cuentan del hombre dorado, van promoviendo la aventura ininterrumpida por los llanos y las altas cumbres salpicadas de lagunas sagradas, iniciando un historial fabuloso e imaginativo.*

Salida de Santa Marta

EL AÑO DE 1536 por el mes de abril, el dicho Gonzalo Jiménez de Quesada, mariscal que ahora es del dicho Nuevo Reino, partió de la dicha ciudad de Santa Marta, que está a la costa de la mar, a descubrir el Río Grande arriba por la banda de Santa Marta con seiscientos soldados repartidos en ocho compañías de infantería, cien de a caballo y asimismo con ciertos bergantines por el río para que fuesen bandeando y dando ayuda al dicho licenciado que iba por tierra descubriendo por la misma costa del río. Los capitanes de infantería que llevó consigo se llamaban el capitán San Martín, el capitán Céspedes, el capitán Valenzuela, el capitán Lázaro Fonte, el capitán Lebrija, el capitán Juan de Junco, el capitán Suárez, y la otra compañía era la guarda del dicho licenciado, capitán general. Los capitanes de los bergantines que iban por el agua se llamaban el capitán Corral, el capitán Cardoso, el capitán Albarracín. Esta armada se hizo con voluntad y consentimiento del Gobernador que, a la sazón, era en Santa Marta, el cual, después de la muerte de García de Lerma, era don Pedro de Lugo, adelantado de Canaria, padre del adelantado Alonso que ahora es, del cual adelantado don Pedro, el dicho licenciado, fue capitán general y su segunda persona. El adelantado don Pedro murió en los mismos días que el dicho licenciado salió a conquistar y así todas

las cosas de aquella provincia quedaron a cargo y devoción del dicho licenciado.

Partido el dicho licenciado a la dicha conquista, subió por el río arriba descubriendo más de un año por la costa del dicho río más de cien leguas, más que los otros primeros habían subido, y paró en un lugar que se llama la Tora, por otro nombre el pueblo de los Brazos, que será de la costa de la mar y de la boca del río ciento cincuenta leguas. Hasta este lugar se tardó mucho tiempo por grandes dificultades de aguas y de otros malos caminos de montes muy cerrados que hay por aquella costa del río. En este pueblo de la Tora se paró para invernar el dicho licenciado y su campo, porque se cargaban tanto las aguas que ya no se podía ir más adelante, y el río venía tan crecido que sobraba por la barranca, iba por la tierra y campos que no se podía caminar por la costa. Así envió el dicho licenciado los bergantines a descubrir por el río, porque por la costa era imposible como está dicho, y subieron otras veinte leguas más arriba y se volvieron sin traer ninguna buena relación, porque hallaron que el río venía ya tan fuerte de madre que no había lugar de indios en la costa, sino muy pocos en isletas. Todo lo demás era agua cuanto se veía.

Visto ya el poco remedio que para subir el dicho río arriba había, acordó el dicho licenciado de ir a descubrir por un brazo pequeño que, cerca del dicho pueblo donde estaba, entraba en el río grande y parecía venir de unas sierras y montañas grandes que estaban a mano izquierda. Las montañas, según supimos después de descubiertas, se llamaban las sierras de Opón.

Noticias de grandes riquezas

Llevábamos antes de llegar a la Tora cierta esperanza, caminando por el río arriba, de que la sal que se come por todo el río arriba entre los indios es por rescates de indios que las traen de unos en otros desde la mar y la costa de Santa Marta. Dicha sal es de grano y sube por vía de mercancía más de setenta leguas por el dicho río, aunque, cuando llega tan arriba, ya es tan poca que vale muy cara entre los indios y no la come sino la gente principal; los demás la hacen de orines de hombres y de polvos de palmas. Pasado esto, dióse luego con otra sal, no de grano como la pasada, sino de panes, que eran grandes como de pilones de azúcar, y mientras más arriba subimos por el río más barato valía esta sal entre los indios. Por esto, como por la diferencia de la sal y de la otra, se conoció claramente que, si la de granos subía por el dicho río, esta otra bajaba y que no era posible no fuese

grande y buena tierra habida cuenta la contratación grande de aquella sal que por el río bajaba. Así, decían los indios que los mismos que les venían a vender aquella sal decían que adonde aquella sal se hacía había grandes riquezas y que era grande tierra la cual era de un poderosísimo señor de quien contaban grandes excelencias. Por esto teníase por espanto haberse atajado el camino, de arte que no se pudiese subir más por el dicho río y haberse acabado aquella noticia de donde venía aquella sal.

El licenciado, como está dicho, fue por aquel brazuelo de río arriba en descubrimiento de aquellas sierras de Opón dejando ya el Río Grande y metiéndose tierra adentro.

Las atravesó el dicho licenciado topando siempre en aquellos pequeños pueblos de aquellas sierras, grandes cantidades de la sal que hemos dicho, por donde se vio claramente ser aquél el camino por donde bajaba la dicha sal por contratación al dicho Río Grande. Después de muchas dificultades, atravesó el dicho licenciado aquellas sierras montañosas y dio en la tierra rasa, que es el dicho Nuevo Reino de Granada, el cual comienza pasando las dichas sierras. Cuando aquí se vio la gente, pareció haber llegado adonde deseaban y entendióse luego en la conquista de aquélla tierra, aunque, ciegos por no saber en la tierra en que estaban y también porque lenguas cómo entenderse con los indios ya no las había, porque la lengua del Río Grande ya no se hablaba en las sierras ni en el Nuevo Reino se habla la de las sierras.

Pero lo mejor que se pudo se comenzó a entender en la dicha noticia y descubrimiento y conquista del dicho Nuevo Reino, lo cual pasó de este arte.

Nuevo Reino de Granada

Ha de presuponerse que este dicho Nuevo Reino de Granada, que comienza pasadas las dichas sierras de Opón, es todo tierra rasa poblada en gran manera, y es poblado por valles. Cada valle es su población. Por toda esta tierra rasa el Nuevo Reino está metido y cercado por sierras y montañas pobladas de cierta nación de indios que se llaman panches y comen carne humana, diferente gente de la del Nuevo Reino, que no la comen, y diferente temple de tierra porque los panches son de tierra caliente y el Nuevo Reino es tierra fría, a lo menos muy templada. Así como aquella generación de indios se llama panches, así está otra generación del nuevo Reino se llaman moscas. Tiene de largo este nuevo reino ciento treinta leguas poco más o menos y de ancho tendrá treinta, y por partes veinte y aun por partes

menos, porque es angosto. Está la mayor parte de él en cinco grados de esta parte de la línea y parte de él en cuatro y alguna parte en tres.

Dos partes del reino

Este Nuevo Reino se divide en dos partes o dos provincias. La una se llama de Bogotá, la otra de Tunja y así se llaman los señores de ella del apellido de la tierra; cada uno de estos señores son poderosísimos de grandes señores y caciques que les son sujetos a cada uno de ellos. Así la provincia de Bogotá puede poner sesenta mil hombres en campo, poco más o menos, aunque yo en esto me acorto porque otros se alargan mucho. El de Tunja podrá poner cuarenta mil y también no voy por la opinión de otros, sino acortándome. Estos señores y provincias siempre han traído muy grandes diferencias de guerra muy continuas y muy antiguas, así los de Bogotá con los de Tunja, especialmente los de Bogotá, porque les cae más cerca las traen también con la generación de panches que ya habemos dicho que los tienen cercados. La tierra de Tunja es más rica que la de Bogotá, aunque la otra lo es harto, pero oro, piedras preciosas y esmeraldas siempre lo hallamos mejor en Tunja. Fue grande la riqueza que se tomó en la una provincia y en la otra, pero no tanto como lo del Perú, con mucho.

El reino de la esmeralda

Pero en lo de esmeraldas fue esto del Nuevo Reino mayor, no sólo que las que se hallaron en el Perú en la conquista de él, pero más que en este artículo será oido jamás desde la creación del mundo, porque cuantos se vinieron a hacer partes entre la gente de guerra, después de haber pasado la conquista, se partieron entre ellos más de siete mil esmeraldas donde hubo piedras de grande valor y muy ricas. Y ésta es una de las causas por las que el dicho Nuevo Reino se debe detener en más que otras cosas que haya acaecido en Indias, porque en él se descubrió lo que ningún príncipe cristiano ni infiel sabemos que tenga, que es que se descubrieron, aunque mucho tiempo lo quisieron tener los indios muy secreto, las minas de donde las dichas esmeraldas se sacan. No sabemos ahora de otras en el mundo, aunque sabemos que las debe de haber en alguna parte, pues que hay piedras preciosas en el Perú y hay algunas esmeraldas, mas nunca se han sabido las minas de ellas. Estas minas son en la provincia de Tunja y es de ver donde fue Dios servido que pareciesen las dichas minas, que es

una tierra extraña en un cabo de una sierra pelada y está cercada de otras muchas sierras montuosas, las cuales hacen una manera de puerta por donde entran a las de las dichas minas. Es toda aquella tierra muy fangosa. Tendrá la sierra de las dichas minas, desde donde se comienza hasta donde se acaba, media legua pequeña o poco más. Tienen los indios hechos artificios para sacarlas que son unas acequias hondas y grandes por donde viene el agua para lavar la dicha tierra que sacan de las dichas minas para seguir las dichas vetas donde las dichas esmeraldas están. Y así, por esta razón, no las sacan si no es en cierto tiempo del año, cuando hace muchas aguas, porque, como llevan aquellos montones de tierra, quedan las minas más limpias para seguir las venas. La tierra de aquellas minas es muy fofa y movediza, y así es hasta que los indios comienzan a descubrir alguna veta y luego aquélla siguen cavando con su herramienta de madera sacando las esmeraldas que en ella hallan; esta veta es a manera de greda. Los indios hacen en esto, como en otras muchas cosas, hechicerías para sacarlas, que son tomar y comer cierta yerba con que dicen en qué veta hallarán mejores piedras. El señor de esas minas es un cacique que se llama Somondoco, adicto al gran cacique Tunja, asentada su tierra y minas en la postrera parte de la dicha provincia de Tunja.

Hijos del Sol y de la Luna

Cuanto a lo de la conquista, cuando entraron en aquel Nuevo Reino, los cristianos fueron recibidos con grandísimo miedo de toda la gente, tanto que tuvieron por opinión entre ellos de que los españoles eran hijos del Sol y de la Luna, a quienes ellos adoran. Dicen que éstos tienen sus ayuntamientos como hombre y mujer y que ellos los habían engendrado por sus pecados. Así llamaron luego a los españoles *uchles*, que es un nombre compuesto de *usa*, que en su lengua quiere decir Sol, y *chula*, Luna, como hijos del Sol y de la Luna. Y así, entrando por los primeros pueblos, los desamparaban y subían a las sierras que estaban cerca y desde allí les arrojaban sus hijitos de las tetas para que comiesen, pensando que con aquello aplacaban la ira que ellos pensaban ser del cielo. Sobre todo cogieron gran miedo a los caballos, tanto que no es creíble, pero después, haciéndoseles los españoles tratables y dándoles a entender lo mejor que se podía sus intenciones, fueron poco a poco perdiendo parte del miedo y, sabido que eran hombres como ellos, quisieron probar la ventura y, cuando esto fue, eran ya muy metidos en el Nuevo Reino, en la provincia de Bogotá. Allí salieron a dar una batalla, lo mejor en orden que pudie-

ron, gran cantidad de gente que será la que habemos dicho arriba; fueron fácilmente desbaratados, porque fue tan grande el espanto que tuvieron en ver correr los caballos que luego volvieron las espaldas. Así lo hicieron todas las otras veces que se quisieron poner en esto, que no fueron pocas, y en la provincia de Tunja fue lo mismo, cuando en ellos se quisieron poner. Por eso no hay para poder dar particular cuenta de todos los reencuentros y escaramuzas que se tuvieron con aquellos bárbaros, más de que todo el año de 37 y parte del 38 se gastó en sujetarlos a unos por bien y otros por mal, como convenía, hasta que estas dos provincias de Tunja y Bogotá quedaron bien sujetas y asentadas en la obediencia debida a S.M. Lo mismo quedaron la nación y provincia de los panches que, como más indómitos e intratables, y aun como gente más valiente, que lo son así por sus personas, como por ayudarlos el sitio de su tierra, que son montañas fragosas donde no se pueden aprovechar de los caballos, pensaron que no les había de acaecer como a sus vecinos, y pensaron mal, porque les sucedió de la misma arte y los unos y los otros quedaron en la sujeción que está dicha.

Cómo hacen la guerra

Los del Nuevo Reino, que son las dos provincias de Bogotá y Tunja, es gente menos belicosa, pelean con gran grita y voces. Las armas con que pelean son unas flechas tiradas con unas tiraderas como a viento sobre brazo; otros pelean también con macanas, que son unas espadas de palmas pesadas, juéganlas a dos manos y dan gran golpe. También pelean con lanzas, asimismo de palma de hasta dieciséis o diecisiete palmas tostadas, agudas a la punta. En sus batallas tienen cuna, cosa extraña que a los que han sido hombres afamados en la guerra y son ya muertos les confeccionan el cuerpo con ciertas unturas que queda todo el armazón entero sin despegarse; a éstos los traen después en las guerras, así muertos, cargados a las espaldas de algunos indios para dar a entender a los otros que peleen como aquéllos pelearon en su tiempo, pareciéndoles que la vista de aquéllos les ha de poner vergüenza para hacer su deber. Así, cuando las batallas primeras que con los españoles hubieron, venían a pelear con muchos de aquellos muertos a cuestas.

Los panches

Los panches es gente más valiente, andan desnudos en carnes si

no son sus vergüenzas. Pelean con más fuertes armas que los otros, porque pelean con arcos y flechas y lanzas muy mayores que las de los moscas. Pelean asimismo con hondas, pelean con paveses y macanas, que son sus espadas, y con todo este género de armas pelea cada uno de ellos sólo de esta manera. Tienen unos grandes paveses que los cubren de pies a cabezas de pellejos de animales forrados, y el forro está hueco y en aquel hueco del forro traen todas las armas ya dichas y, si quieren pelear con lanza, sácanla del hueco del pavés donde la tiene atravesada; si se cansa de aquella arma, sacan del mismo hueco de arco las flechas o lo que quieren y échanse el pavés a las espaldas, que es liviano por ser de cuero; otra en lo delante; para defenderse, cuando es menester, pelean callando, al revés de los otros. Tienen estos panches una costumbre en la guerra también extraña, que nunca envían a pedir paz, ni tratan acuerdo con sus enemigos sino por vía de mujeres, pareciéndoles que a ellas no se les puede negar cosa, y que para poner en paz los hombres tienen ellas más fuerzas para que se hagan sus ruegos.

Mujeres bellas

Cuanto a la vida, costumbres, religión y otras cosas de estos indios del dicho Nuevo Reino, digo que la disposición de esta gente es la mejor que se ha visto en Indias, especialmente las mujeres tienen buena hechura de rostros y bien figurados, no tienen aquella manera y desgracia de otras indias que hemos visto, ni aun son en la color tan morenos ellos y ellas, como los de las otras partes de Indias. Sus vestidos de ellos y ellas son mantas blancas y negras y de diversos colores, ceñidas al cuerpo que las cubren desde los pechos hasta los pies y otras encima de los hombres en lugar de capas y mantos, y así andan cubiertos todos. En las cabezas traen comúnmente unas guirnaldas hechas de algodón con unas rosas de diferentes colores de lo mismo, que les viene a dar enderezo de la frente. Algunos caciques principales traen algunas veces bonetes hechos allá de su algodón, que no tienen otra cosa de que vestirse, y algunas mujeres de las principales traen unas cofias de red algunas veces. Esta tierra, como está dicho, es fría pero tan templadamente que no da el frío enojo ninguno, ni deja de saber bien la lumbre cuando se llega a ella; todo el año es de esta manera uniforme, porque, aunque hay verano y se agosta la tierra, no es para que se haga notablemente diferencia del verano al invierno. Los días son iguales de las noches por todo el año por estar tan cerca de la línea.

limpios, que no es poco para entre indios, y así hay más horcas por los caminos y más hombres puestos en ella que en España. También cortan manos, narices y orejas por otros delitos no tan grandes, y penas de vergüenza hay para las personas principales como es rasgarle los vestidos y cortarle los cabellos que entre ellos es gran ignominia. Es grandísima la reverencia que tienen los súbditos a sus caciques, porque jamás les miran a la cara, aunque estén en conversación familiar, de manera que, si entran donde está el cacique, han de entrar vueltas las espaldas hacia él, reculándose hacia tras y, ya sentados o en pie, han de estar de esta manera, que en lugar de honra tienen siempre vueltas las espaldas a sus señores.

El cacique Bogotá y sus cuatrocientas esposas

En el casarse no dicen palabras ni hacen ceremonias ningunas más de tomar a su mujer y llevársela a su casa. Cásanse todas las veces que quieren y con todas las mujeres que pueden mantener, y así uno tiene diez mujeres y otros veinte según la cualidad del indio. Bogotá, que era el rey de todos los caciques, tenía más de cuatrocientas. Les es prohibido el matrimonio en el primer grado y aun, en algunas partes del dicho Nuevo Reino, en el segundo grado también, los hijos no heredan a sus padres sus haciendas y estados, sino los herederos y, si no hay herederos, los hijos de los herederos muertos y a éstos, como tampoco no les heredan sus hijos sino sus mismos sobrinos o primos, viene a ser todo una cuenta con lo de acá, salvo que estos bárbaros van por estos rodeos.

Tienen partidos los tiempos de meses y años al propósito. Los diez días primeros del mes comen una hierba que en la costa de la mar llaman *hayo*, que los sustenta mucho y les hace purgar sus indisposiciones. Al cabo de estos días, limpios ya del *hayo*, pasan otros diez días en sus labranzas y haciendas, y los otros diez días que quedan del mes lo gastan en sus casas, en conversar con sus mujeres y en holgarse con ellas, con las cuales no viven en un mismo aposento, sino todas ellas en uno y él en otro. Este repartimiento de los meses se hacen en algunas partes del Nuevo Reino de otra manera, hacen de más largo y de más días cada uno de estos repartimientos.

Se cubren de oro

Los que han de ser caciques o capitanes, así hombres como mujeres, métenlos cuando pequeños en unas casas encerradas, allí están

algunos años según la calidad de lo que espera heredar, y hombre hay que está siete años. Este encerramiento es tan estrecho que en todo este tiempo no ha de ver el sol, porque, si lo viese, perdería el estado que espera. Tienen allí con ellos quien les sirva y danles de comer ciertos manjares señalados y no otros. Entran allí los que tienen cargo de esto de ciertos a ciertos días, y danles muchos y terribles azotes, y en esta penitencia están el tiempo que he dicho. Una vez salido, ya puédese horadar las orejas y las narices para traer oro, que es la cosa entre ellos de más honra. También traen oro en los pechos que se los cubren con unas planchas. Traen también unos capacetes de oro a manera de mitras, y también lo traen en los brazos. Es gente muy perdida por cantar y bailar a su modo, y éstos son sus placeres; es gente muy mentirosa como toda la otra gente de Indias que nunca saben decir verdad. Es gente de mediano ingenio para cosas artífices, como en hacer joyas de oro y remedar en las que ven en nosotros y en tejer de su algodón conforme a nuestros paños para remedarnos, aunque lo primero no lo hacen tan bien como los de la Nueva España, ni lo segundo tan bien como los del Perú.

Religión

Cuanto a lo de la religión, digo que en su manera de error son religiosísimos porque, además de tener en cada pueblo sus templos, que los españoles llaman allá santuarios, tienen fuera del lugar así mismo muchos con grandes carreras y andenes que tienen los hechos desde los mismos pueblos a los mismos templos. Tienen sin esto infinidad de ermitas en montes, en caminos y en diversas partes; en todas estas cosas de adoración tienen puesto mucho oro y esmeraldas. Sacrifican en estos templos con sangre y agua y fuego de esta manera: con la sangre, matando muchas aves y derramando la sangre por el templo y todas las cabezas dejándolas atadas en el mismo templo colgadas; sacrifican con agua asimismo derramándola en el mismo santuario y también por caños; sacrifican con fuego metiéndolo en el mismo santuario y echando ciertos saumerios; a cada cosa de éstas tienen apropiadas sus horas, las cuales dicen cantadas.

Tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no dejan cortar un árbol ni tomar un poco de agua por todo el mundo. En estos bosques, van también a hacer sus sacrificios y entierran oro y esmeraldas en ellos lo cual está muy seguro que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habían de caer muertos. Lo mismo es en lo de las lagunas las que tienen dedicadas

para sus sacrificios que van allí y echan mucho oro y piedras preciosas que quedan perdidas para siempre. Ellos tienen al Sol y a la Luna por criadores de todas las cosas y creen de ellos que se juntan como marido y mujer a tener sus ayuntamientos. Además de éstos, tienen otra muchedumbre de ídolos los cuales tienen como nosotros acá a los santos para que rueguen al Sol y a la Luna por sus cosas y así los santuarios y templos de ellos está cada uno dedicado al nombre de cada ídolo. Además de estos ídolos de los templos tiene cada indio, por pobre que sea, un ídolo particular y dos y tres y más, que es a la letra lo que en tiempo de gentiles llamaban lares. Estos ídolos caseros son de oro muy finos y en lo hueco del vientre muchas esmeraldas, según la calidad de que es el ídolo, y si el indio está pobre que no tiene para tener ídolo de oro en su casa, tiénelo de palo y en lo hueco de la barriga pone el oro y las esmeraldas que puede alcanzar. Estos ídolos caseros son pequeños, y los mayores son como del codo a la mano. Es tanta la devoción que tienen que no irán a parte ninguna, ora sea a labrar a su heredad, ora sea a otra cualquiera parte, que no lo lleven en una espuerta pequeña colgado del brazo, y lo que más es de esperar que aun también los llevan a la guerra y con el un brazo pelean y con el otro tienen su ídolo, especialmente en la provincia de Funza donde son más religiosos.

Ritos funerarios

En lo de los muertos, entiérranlos de dos maneras: métenlos entre unas mantas, muy liados, sacándoles primero las tripas y lo demás de las barrigas y hinchéndoselas de su oro y esmeraldas, y sin esto les ponen, también, mucho oro por de fuera a raíz del cuerpo; encima, todas las mantas liadas y hacen unas como camas grandes un poco altas del suelo y en unos santuarios que sólo para esto de muertos tienen dedicados, los ponen y se los dejan allí encima de aquellas camas sin enterrar para siempre, de lo cual después no han habido poco provecho los españoles. La otra manera de enterrar muertos es en el agua, en lagunas muy grandes, metidos los muertos en ataúdes de oro, si tal es el indio muerto, y dentro del ataúd el oro que puede caber y más las esmeraldas que tienen puestas allí dentro del ataúd con el muerto, lo echan en aquellas lagunas muy hondas en lo más hondo de ellas. Cuanto a la inmortalidad del alma, créenla tan bárbara y confusamente que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que acá no ha sido malo

sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer, y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo porque le están dando muchos azotes. Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra dicen que éstos, aunque han sido malos, por sólo aquello, están con los buenos descansando y holgando, ya así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto se van derecho a descansar y a holgar, por sólo aquella voluntad que han tenido de ensancharse y acrecentar la *res pública*, aunque antes hayan sido malos y ruines.

Panches carnívoros

De la tierra y nación de los panches, de que alrededor está cercado todo el dicho Nuevo Reino, hay muy poco en su religión y vida moral que tratar, porque gente tan bestial que ni adoran ni creen en otra cosa sino en sus deleites y vicios, y a otra cosa ninguna tienen aspiración, gente que no se les da nada por el oro ni por otra cosa alguna si no es comer y holgar, especialmente si pueden haber carne humana para comer, que es su mayor deleite, y para este sólo efecto hacen siempre entradas y guerras en el Nuevo Reino. Esta tierra de los panches es fértil de mantenimientos y comida la mayor parte de ella, porque otra parte de ella es menos abundante y otra muy menos, y viene a tanto la miseria en alguna parte de los panches que, cuando se los sujetó, se topó en los que ciñen la tierra de Tunja, entre dos ríos caudalosos, en unas montañas, una provincia de gente no muy pequeña cuyo mantenimiento no era otra cosa sino hormigas, y de ellas hacen pan para comer, amasándolas.

Todo bajo control español

Tornando al Nuevo Reino, digo que se gastó la mayor parte del año treinta y ocho en acabar de sujetar y pacificar aquel reino, lo cual acabado entendió luego el dicho licenciado en poblarlo de españoles y edificó luego tres ciudades principales. La una en la provincia de Bogotá y llamóla Santa Fe, la otra llamóla Tunja, del mismo nombre de la tierra. La otra llamóla Vélez, que es luego a la entrada del Nuevo Reino, por donde él con su gente había entrado. Ya era entrado en el año treinta y nueve cuando todo esto se acabó, lo cual acabado el dicho licenciado se determinó de venir a España a dar cuenta a S.M. por su persona y negociar sus negocios, y dejó por su teniente a Hernán Pérez de Quesada su hermano: como se hizo. Y para aderezar su

viaje, hizo hacer un bergantín en el Río Grande, el cual hizo descubrir dentro del Nuevo Reino y lo descubrieron detrás de la tierra de los panches hasta veinticinco leguas del dicho Nuevo Reino, y así no fue menester volver por las montañas de Opón por donde había entrado, que fuera pesadumbre muy grande. Un mes antes de la partida del dicho licenciado vino para la banda de Venezuela Nicolás Federman, capitán y teniente de gobernador de Jorge Espira, gobernador de la provincia de Venezuela por los alemanes, con noticia y lengua de indios que venían a una muy rica tierra.

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA

DESCUBRIMIENTO DE LAS ESMERALDAS

Sacerdote nacido en Gomara, Soria, en 1511 y muerto en Valladolid en 1562. Capellán de Hernán Cortés sobre quien escribió en su Historia de las Indias y conquista de México, *publicada en Zaragoza (1552). Este historiador de amena lectura nunca estuvo en América, pero está considerado uno de los cronistas del Nuevo Mundo. verdaderamente ameno y literario, cuya obra es una síntesis divulgadora de los sucesos de la conquista, preparada con certera prosa y buen estilo. "Se aparta de los procedimientos habituales –nos dice Jorge Gurria Lacroix– de los historiadores de la época, insertando descripciones etnográficas y datos culturales de los pueblos conquistados. Sus fuentes son las noticias que le proporcionaron Hernán Cortés, Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría y en parte las relaciones del navegante Sebastián Caboto." En su libro narra cómo los españoles "para ir a la Nueva Granada entran por el río que llaman Grande, a diez o doce leguas de Santa Marta, al poniente".*

El rey Bogotá

PARA IR a la Nueva Granada entran por el río que llaman Grande, a diez o doce leguas de Santa Marta, al poniente. Estando en Santa Marta el licenciado Gonzalo Jiménez, teniente por el adelantado don Pedro de Lugo, gobernador de aquella provincia, subió el Río Grande arriba para descubrir y conquistar en una tierra que nombró San Gregorio. Le dieron algunas esmeraldas; preguntó de dónde las tenían y se fue al rastro de ellas; subió más arriba y, en el valle de los Alcázares, se topó con el rey Bogotá, hombre avisado, que, para echar de su tierra a los españoles, viéndolos codiciosos y atrevidos, dio al licenciado Jiménez muchas cosas de oro y le dijo que las esmeraldas que buscaba estaban en tierra y señorío de Tunja. Tenía Bogotá cuatrocientas mujeres, y cada uno en su reino podía tomar cuantas pudiese tener, pero no habían de ser parientas; todas se llevaban muy bien, que no era poco. Era Bogotá muy acatado, pues le volvían las espaldas por no mirarle cara a cara y, cuando escupía, se hincaban de rodillas los más principales caballeros a recoger la saliva en unas toallas de algodón muy blancas, porque no tocase a tierra cosa de tan gran príncipe; allí son más pacíficos que guerreros, aunque tenían guerra muchas veces con los panches. No tienen hierba ni muchas armas, se justifican mucho en la guerra cuando se deciden a ella, piden respuesta de su éxito o fracaso a sus ídolos y dioses, pelean en tropel, guardan

las cabezas de los que prenden; idolatran mucho, especialmente en los bosques; adoran al sol sobre todas las cosas; sacrifican aves, queman esmeraldas y sahúman a los ídolos con hierbas. Tienen oráculos de dioses, a quienes piden consejo y respuesta para las guerras, temporales, dolencias, casamientos y cosas así: se ponen para esto por las coyunturas del cuerpo unas hierbas que llaman *jop* y *osca*, y toman el humo. Tienen dieta dos meses al año, como cuaresma, en los cuales no pueden tocar a mujer ni comer sal; hay como una especie de monasterios donde muchas mozas y mozos se encierran algunos años. Castigan severamente los pecados públicos, hurtar, matar y sodomía, pues no consienten putos; azotan, desorejan, desnarigan, ahorcan, y a los nobles y honrados cortan el cabello por castigo, o les rasgan las mangas de las camisas; visten sobre las camisetas ropas que ciñen, pintadas con pincel. Llevan en la cabeza, ellas guirnaldas, y los caballeros cofias de red o bonetes de algodón; llevan zarcillos y otras joyas por muchas partes del cuerpo, pero primero han tenido que estar en el monasterio. Heredan los hermanos y sobrinos, y no los hijos; se entierran los bogotás en ataúdes de oro; partió Jiménez de Bogotá, pasó por tierra de Conzota, que llamó Valle del Espíritu Santo; fue a Turmequé, y le nombró valle de la Trompeta; de allí a otro valle, llamado San Juan, y en su lenguaje Tenesucha. Habló con el señor Somondoco, del cual es la mina o cantera de las esmeraldas; fue allá, a donde hay siete leguas, y sacó muchas.

Grandes riquezas

El monte donde está el minero de las esmeraldas es alto, raso, pelado, y a cinco grados de la Equinoccial a nosotros. Los indios para sacarlas hacen primero algunos encantamientos y hechizos para saber cuál es buena veta; vinieron a montón para sacar el quinto y repartir mil ochocientas esmeraldas, entre grandes y pequeñas, aparte las comidas y hurtadas que no se contaron; riqueza nueva y admirable, y que jamás se vio tanta ni tan fina piedra junta. Otras muchas se han hallado de entonces acá porque aquella tierra; empero, éste fue el principio, cuyo hallazgo y honra se debe a este letrado Jiménez. Creo que a los indios les tienen sin cuidado las piedras. También consiguió el licenciado Jiménez en este viaje, que fue de poco tiempo, trescientos mil ducados en oro; ganó asimismo muchos señores por amigos, que se ofrecieron al servicio y obediencia del Emperador. Las costumbres, religión, trajes y armas de lo que llaman Nueva Granada son como en Bogotá, aunque algunas veces se diferencian: los panches, enemigos

de los bogotás, usan paveses grandes y livianos, tiran flechas como los caribes, comen a todos los hombres que cautivan, antes y después de sacrificados, en venganza; metidos en guerra, nunca quieren paz ni concierto y, si les cumple, sus mujeres la piden, pues no pierden ánimo ni honra, como perderían ellos. Llevan sus ídolos a la guerra por devoción o para inspirarles valor; cuando se los cogían los españoles, pensaban que lo hacían por devotos, y era por ser de oro y por quererlos, con lo que ellos se entristecían mucho. Sepúltanse los de Tunja con mucho oro, y así había ricos enterramientos. Las palabras del matrimonio es el dote en mueble, que raíces no dan, ni guardan mucho parentesco. Llevan a la guerra hombres muertos que fueron valientes, para animarse con ellos; tales cuerpos están sin carne, sólo con la armadura de los huesos asidos por las coyunturas. Si son vencidos, lloran y piden perdón al sol de la injusta guerra que comenzaron; si vencen, hacen grandes alegrías, sacrifican a los niños, cautivan a las mujeres, matan a los hombres aunque se rindan, sacan los ojos al señor o capitán que prenden, y le hacen mil ultrajes. Adoran muchas cosas, y principalmente el sol y la luna: ofrecen tierra haciendo primero con ella algunas ceremonias y vueltas con la mano; los sahumerios son de hierbas, y revuelto con ellas queman oro y esmeraldas, que es su devoto sacrificio; lo santo es sacrificar en tiempo de guerra a hombres cautivos en ella, o esclavos comprados y traídos de lejanas tierras; atan a los malhechores a dos palos por los pies, brazos y cabellos. Hay guerras sobre caza. Dicen que hay tierras donde las mujeres reinan y mandan; no miran al sol, por respeto, ni al señor. Es tierra donde no molesta la ropa ni la lumbre, aunque está cerca de la zona tórrida, el año 47 puso el Emperador cancillería en la Nueva Granada como está en la vieja, con sólo cuatro oidores.

PEDRO CIEZA DE LEÓN

LA CIUDAD DE LA CANELA

Soldado y conquistador español nacido en Llerena, Sevilla tal vez en 1520 y muerto también en esta ciudad de Andalucía el año 1554. Considerado un excelente cronista ha dejado tres tomos titulados: Primera parte de la crónica del Perú *(1553);* Segunda parte de la crónica del Perú, que trata del señorío de los incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación *(1871) y* Tercer libro de las guerras civiles del Perú, el cual se llama la guerra de Quito *(1909). Numerosas vivencias quedan reflejadas en estas páginas, algunas acompañadas de documentación directa, pero básicamente memorizadas por el soldado que guerreó bajo el mando de Jorge Robledo y de Sebastián de Benalcázar, para luego permanecer en el Perú como testigo de las guerras civiles. Supo aprovechar la memoria de los ancianos, historiar las sucesiones entre los incas y descifrar sus quipus, desbrozando las fantasías que envolvían los sucesos del pasado.*

En el Perú

ESTE DESCUBRIMIENTO y conquista que hizo Gonzalo Pizarro no podemos dejar de decir que fue una de las fatigosas jornadas que se han hecho en estas partes de las Indias, y donde los españoles pasaron grandes necesidades, hambre y miserias; que bien experimentaron la virtud de su nación las cosas que han acaecido en estas partes del mundo. A todos es público que muchas naciones superaron e hicieron sus tributarios a otros, y pocos vencían a muchos; así decían del grande Alejandro, que, con treinta y tres mil hombres macedones de su nación, trató y emprendió la conquista del mundo; y los romanos, muchos de sus capitanes que enviaban a guerrear las provincias acometían a los enemigos con tan poca gente que es cosa ridiculosa creerlo; y como yo tengo harto que escribir en mi historia, algunos ejemplos que pudiera traer para en loor de mi nación, remítome a lo escrito donde los curiosos lo podrán ver como yo. Digo que no hallo a gente que por tan áspera tierra, grandes montañas, desiertos y ríos caudalosos, pudiese andar como los españoles sin tener ayuda de sus mayores, ni más de la virtud de sus personas y el ser de su antigüedad; ellos, en tiempo de setenta años, han superado y descubierto otro mundo mayor que el que teníamos noticia, sin llevar carros de vituallas, ni gran recuaje de bagaje, ni tiendas para recostarse, ni más que una espada y una rodela, y una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevada por ellos su comida, y así se metían a descubrir lo que

no sabían ni habían visto. Y esto es lo que yo pondero de los españoles, y lo mucho que lo estimo, pues hasta ahora, gente ni nación que con tanta perseverancia pasasen por tan grandes trabajos, hambres tan largas, caminos tan prolijos como ellos, no los hallo; y esta jornada que hizo Gonzalo Pizarro, ciertamente se pasó en ella muy gran trabajo.

Determinado por él de evitar a su maestre de campo, D. Antonio de Rivera, adelante, le mandó que luego se partiese derecho a la provincia de los Quijos; luego se partió, y Gonzalo Pizarro, algunos días, hizo lo mismo, yendo en la rezaga Cristóbal de Funes. D. Antonio se partió y anduvo hasta que llegó al pueblo de Hatunquijo. Gonzalo Pizarro le fue siguiendo, y en este tiempo, como por la costa del Perú se supiese de cómo Gonzalo Pizarro hiciese aquella jornada, aportó a ella Francisco de Orellana, natural de la ciudad de Trujillo, acompañado de treinta españoles; fue luego en seguimiento de Gonzalo Pizarro, el cual ya había partido de Quito y atravesado por una montaña en la cual había un alpe nevado, donde se murieron más de cien indios e indias heladas, y aunque los españoles pasaron mucho frío, ninguno de ellos murió; y de allí caminaron por una tierra muy fragosa y llena de ríos y montaña muy poblada. Iban por aquellos espesos montes abriendo caminos con hachas y machetes los mismos españoles, y así anduvieron hasta que llegaron al valle de Zumaque, que es donde más poblado y bastimento hallaron y que está a treinta leguas del Quito. Orellana, que venía, como decimos, en seguimiento de Gonzalo Pizarro, como iba tanta gente delante, aquellas treinta leguas que hay hasta Zumaque, pasaron gran necesidad de hambre él y los que con él iban; al cabo de algunos días, llegaron a Zumaque, donde estaba Pizarro y toda su gente, y con ellos recibió mucho placer y nombró por su Teniente general a este Francisco de Orellana. Antes que llegase a este pueblo de Zumaque, había Gonzalo Pizarro mandado a su maestre de campo, D. Antonio, que le enviase algún bastimento, porque era mucha la necesidad que traían, y D. Antonio mandó al capitán Sancho de Carvajal que fuese a llevar socorro de comida con que pudiese llegar Orellana hasta allí; y Sancho de Carvajal se partió luego a encontrarse con él, y luego que se vieron se holgaron con él de verse, y más de la comida que traían, de la cual tenía mucha necesidad, y volvieron a Zumaque donde pasó lo que hemos contado. Después de haber llegado el capitán Orellana, Gonzalo Pizarro y los demás principales que estaban allí entraron en consulta para lo que habían de hacer; y porque venía allí fatigado Orellana y los que con él habían llegado, y también porque hacía muchos

días que allí estaban y era necesario partir, acordaron que Gonzalo Pizarro partiese adelante descubriendo lo que había, y de ahí a algunos días saldría Orellana con la demás gente. Luego acordaron que no fuesen con Gonzalo Pizarro más de setenta españoles, sin llevar caballo ninguno consigo, porque siendo la tierra tan áspera y dificultosa no los podrían llevar; y, dejando en el Real de Zumaque todos los caballos, Gonzalo Pizarro se partió con setenta y tantos españoles, entre los cuales iban algunos ballesteros y arcabuceros, y tomaron la derrota por donde el sol nace, llevando a indios naturales que les guiasen por el camino que habían de llevar. Luego partieron y anduvieron ciertos días por aquellas montañas, espesas y ásperas, hasta que llegaron a topar con los árboles que llaman canelos, que son a manera de grandes olivos, y de sí echan unos capullos con su flor grande, que es la canela perfectísima y de mucha sustancia; no se han visto otros árboles semejantes que ellos en todas estas regiones de las Indias, y tiénenlos los naturales en mucho, y por todos sus pueblos contratan con ella las poblaciones. Hay algunos indios entre aquellas montañas que viven en pequeñas casas muy mal compuestas y apartadas unas de otras; son muy bestiales y sin ninguna razón, usan tener muchas mujeres y andan por aquellos montes tan sueltamente que parece cosa de espanto ver su ligereza.

Los indios son torturados

Llegado que fue Gonzalo Pizarro donde había aquellos árboles que de sí echaban la canela que decimos, tomó a ciertos indios por guías y preguntóles dónde había valles y llanadas que tuviesen muchos de aquellos árboles que tenían canela; respondieron que ellos no sabían más, ni en otra tierra los habían visto. También quisieron saber de estos indios la tierra de adelante y si los montes se acababan, y si darían presto en tierra llana y en provincias que fuesen muy pobladas; también respondieron que ellos no sabían ninguna cosa, porque estaban tan arredrados de otras gentes que, si no eran algunas que habitaban entre aquellos espesos montes, no tenían otra noticia, que fuese adelante y por ventura habría algunos indios de sus comarcas que los encaminasen y guiasen a la parte que ellos deseaban. Gonzalo Pizarro se enojó en ver que los indios no le daban respuesta ninguna que fuese conforme a lo que deseaba, y, tornando a preguntarles otras algunas cosas, a todo decían que no, por lo cual Gonzalo Pizarro mandó que, puestas unas cañas atravesadas con unos palos a manera de horquetas, tan anchas como tres pies y tan largas como siete, algo

ralas, que fuesen puestos en ellas aquellos indios, y con fuego los atormentasen hasta que confesasen la verdad, y no se la tuviesen oculta; y prestamente los inocentes fueron puestos por los crueles españoles en aquellos asientos o barbacoas y quemaron a algunos indios, los cuales, como no sabían lo que les decían, ni tampoco hallaban causa justa por donde con tanta crueldad les diesen aquellas muertes, dando grandes aullidos, decían con voces bárbaras y muy entonadas: "¿Cómo nos matáis con tanta poca razón, pues nosotros jamás os vimos ni nuestros padres enojaron a los vuestros? ¿Queréis que os mintamos y digamos lo que no sabemos?", y diciendo muchas palabras lastimosas, el fuego penetraba y consumía los cuerpos suyos. El carnicero de Gonzalo Pizarro, no solamente no se contentó de quemar a los indios sin tener culpa ninguna, mas mandó que fuesen lanzados otros de aquellos indios, sin culpa, a los perros, los cuales los despedazaban con sus dientes y los comían; y entre éstos que aquí quemó y aperreó oí decir hubo algunas mujeres, que es de tener a mayor maldad. Después de que Pizarro hubo muerto aquellos indios, deseaba salir a alguna parte y que fuese el camino tal que pudiesen andar los caballos; y los españoles que con él estaban se habían entristecido en ver que no hallaban entrada para la tierra que ellos deseaban ver, y que los indios no les diesen noticia de ninguna cosa. Partiéndose de allí, anduvieron hasta que llegaron a un río que hacía pequeña playa de un arenal muy llano, y allí mandó Gonzalo Pizarro asentar el real aquella noche para dormir; la cual llovió tanto en el nacimiento del río que vino una tan grande avenida que, si no fuera por los que tenían cargo de velar, fueran ahogados algunos de ellos con la reciura del agua. Como oyeron el estruendo y las voces que dieron las velas, Gonzalo Pizarro y los que con él estaban, todos se levantaron y tomaron sus armas, pensando que eran indios que venían de guerra contra ellos; y sabido lo que era se pusieron encima de unas barrancas que están cerca de allí y, aunque se dieron prisa, hubieron de perder parte del fardaje que llevaban; y como se viesen desviados de donde habían dejado su real y que a todas partes no había sino montañas y sierras ásperas, determinaron volver atrás a ver si pudiesen hallar otro camino que los pudiese llevar al camino que deseaban.

JUAN DE CASTELLANOS

ELEGÍA DE EL DORADO

Nacido en Alanis en 1522 en España y muerto en Tunja (Colombia) en 1607. Cronista, soldado, sacerdote y poeta. Autor de la crónica Elegía de Varones Ilustre de las Indias, *de curiosa extensión ya que supera los cien mil versos, pero con importante material documental. Sus comentarios sobre "la búsqueda y demanda de El Dorado", ocupan varios capítulos y mantienen el recuerdo histórico por las tierras del Nuevo Reino de Granada. En su "Elegía a la muerte de Sebastián de Benalcázar, adelantado de la Gobernación de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias y memorables cosas en ellas acontecidas", se concentran sus explicaciones doradistas. Obra plagada de historias breves, interpolaciones, modestos cuadros lugareños, estampas descriptivas, mueve una inmensa gama de episodios. Narración plena de grandeza esta extensa "charla en endecasílabos" como ha sido denominada, las* Elegías *van reconstruyendo lugares fijos, nombres, hechos históricos, revividos y comentados como una prolongada conversación entre poesía, crónica, acentos épicos con enumeraciones de los capitanes, acciones guerreras, flora y fauna en prolongada novelización de la historia mayor, que logra superar por su constante ingenio.*
Aquí se reproduce el texto con su ortografía original.

(...) DESPUÉS que con aquella gente vino
Añasco, Benalcázar inquiría
Un indio forastero peregrino
Que en la ciudad de Quito residía,
Y de Bogotá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué vía;
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.

Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey, que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación según él vido,
Ungido todo bien de trementina,
Y encima cuantidad de oro molido,
Desde los bajos pies hasta la frente,
Como rayo del sol resplandeciente.

Dijo más las venidas ser continas
Allí para hacer ofrecimientos

De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas;
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron el Dorado
Por infinitas vías derramado.

Mas él dentro de Bogotá lo puso,
O término quel nuevo reino boja,
Pero ya no lo pintan tan incluso
En él que su distancia lo recoja,
Antes por vanidad de nuestro uso
Lo finge cada cual do se le antoja,
Y en cuanto se descubre, corre y anda,
Se lleva del dorado la demanda.

Aquí pues damos la razón abierta
De do lo vino pico a la castaña,
Lo cual os vendo yo por cosa cierta,
Y lo demás que dicen es patraña;
Ansí que la tal es demanda muerta
Y fantasía de verdad estraña;
Mas bien guiada llevará la proa
Quien procurare ver lo de Manoa.

Tierra que de ninguno fue hollada,
Y reinos que demoran al oriente
De aqueste nuevo reino de Granada,
Do hallarán innumerable gente
En las costumbres bien diferenciada
Y no menos en traje diferente;
Para llegar es poca la distancia,
Y creo que será de gran substancia.

Pues en tan largos y prolijos senos,
En el presente tiempo no sabidos,
Salvo por las noticias de que llenos
Tenemos los antiguos los oídos,
Es imposible no hallarse buenos
Algunos, y en provincias estendidos,

Del río de Uyapar al de Orellana,
Do cae la provincia de Guayana.

Mas esta buena tierra que sospecho,
Por muchas leguas a la mar no llega,
Porque los llanos en crecido trecho
Gran multitud de ríos los aniega;
Los pueblos tienen en algún repecho
Adonde la creciente no los riega;
Otros viven también en Barbacoas,
Y unos y otros tienen sus canoas.

Aquesta relación que doy agora,
Juan Martín, un soldado, la revela,
El cual es hoy vecino de Carora
En la gobernación de Venezuela,
Y allí hizo siete años de demora
Entre gente que nunca cubre tela,
Porque sus galas son y gentileza
Pintar las que les dio naturaleza.

De don Pedro de Silva fue soldado,
Y entró con él cuando llevaba pío
De descubrir la tierra del Dorado
Con pocos y con un solo navío
Que le quedó; y ansí mal aviado
Se metió por un brazo del gran río
Del Marañón hacia la mano diestra,
Que no fue para él sino siniestro.

Apartado del término marino,
Por allí subiría como treinta
Leguas, o poco menos, de camino,
Y vista tierra que se representa
Fértil, sacó su campo peregrino,
Cuyo número fue ciento y setenta
Soldados, que dispuestos para guerra
Comenzaron a descubrir la tierra.

Pelearon con bárbaras naciones,
Saliendo bien de muchas competencias;

Mas como todos eran chapetones
Y mal propicias estas influencias,
Luego cargaron indispusiciones,
Y fueron tan pesadas las dolencias,
Que dellas y de llagas y mosquitos,
Quedaron con la vida muy poquitos.

Y como ya los viese desta suerte
El natural, de piedad esquivo,
Con ímpetu rabioso se convierte
A que ninguno dellos quede vivo,
Y ansí murieron todos mala muerte,
Escepto Juan Martín, que fue captivo,
Que cuasi por grandeza lo reserva
Para servirse dél esta caterva.

Lo cual hizo con toda diligencia
Al indio principal que lo tenía,
Y en cualquiera guerrera competencia,
De muchas que tenían cada día,
En el acometer o resistencia
La parte del contrario lo temía;
El finalmente tuvo tales modos,
Que ya por él se gobernaban todos.

Y en ardides del militar oficio
Ninguno proveyó que no cuadrase;
Y como no hacían ejercicio
Do con ventaja no se señalase,
Tuvo mujeres, casas y servicio
Y tierras adaptadas que labrase;
Reprehendía flojos, torpes, malos,
Hasta les dar de coces y de palos.

Al lenguaje quel bárbaro hablaba
Estuvo con oídos tan atentos,
Que ninguno mejor articulaba
La dura cuantidad de sus acentos;
Y ansí de luengas tierras procuraba
Saber con especiales documentos,

Y desde el Marañón, do residía,
Al Viapari qué leguas habría.

Y poco más o menos hecha cuenta
De soles que ponían de tardanza
(Pues un sol cada día representa,
Según entrellos es común usanza).
Eran sobre trescientos y cincuenta
Leguas, y numerosa la pujanza,
En medio de provincias estendidas
Hasta hoy nunca vistas ni sabidas.

Son Algarian, Mayos, Meriones,
Pererias, Anita, Pericoros,
Donde hay innumerables poblaciones,
También Carunarota, Tapamoros,
Y otras que vienen en sus relaciones,
Mas todas ellas faltas de tesoros;
Algún oro poseen medio cobre,
Y en todo lo demás es gente pobre.

Los indios entre sí de paz remotos,
Los más dellos traidores inhumanos,
Pues hay caribes, y hay paravocotos,
Decayos, titutíes, siyaguanos,
Hay ciaguanes y hay calamocotos,
Chapaes, atüacas, más urbanos,
Y entre los ríos dos ya memorados
Hay otros ocho todos señalados.

El uno mayormente dicho Toco,
Que cuando la arenas del mar toca
Mas poderoso va que el Urinoco,
Pues cuatro leguas largas son de boca;
Y aun el autor afirma dalle poco,
Antes su latitud no ser tan poca;
Los otros dice no venir tan llenos,
Sino que son la tercia parte menos.

Estos ríos son fines y aledaños
A cada cual nación allí poblada,

Pues como Juan Martín por tantos años
Tuviese ya la tierra tanteada
A los que de verdad viven estraños
Determinó de dalles cantonada,
Porque le remordía la conciencia
Vivir entre tan bárbara demencia.

Y ansí debajo del favor divino
Y católico celo que lo incita,
Tentó peligrosísimo camino
De bestias fieras y nación maldita,
A fin de se llegar por aquel tino
Hacia la Trinidad y Margarita,
Pues los indios a ellas comarcanos
Le darían noticia de cristianos.

Que bien podía sin pedir licencia
Salir del pueblo siempre que quería;
Y ansí mil veces hizo dél absencia
A rescatar por una y otra vía,
Mediante la sutil inteligencia
Que del lenguaje bárbaro tenía,
Yendo y viniendo sin tener mas cuenta
Con él que con cualquiera que se absenta.

Siendo pues desta suerte libertado,
Cuando tenían dél menos sospechas,
Untóse de betumen colorado,
Y armóse de macana y arco y flechas;
El hayo y el poporo preparado,
Con las demás costumbres contrahechas,
Y en traje y apariencia de salvaje,
Puso descalzos pies en el viaje.

Invocando la Majestad divina
Del alto Criador de tierra y cielo,
Y a la que los errados encamina,
Quiera romper el tenebroso velo
Llevándolo de tierra tan malina
A parte de católico consuelo;

En la cual oración perseverante,
De nación en nación pasó delante.

Viose con gente de cruel motivo,
Donde no reparó por ser bellacas,
Y donde fue milagro quedar vivo
Según llevaba ya las fuerzas flacas;
Al fin pudo llegar a Vesequivo,
Río que está poblado de aruacas
De noble condición, y aunque guerreros
Tractan con caridad los estranjeros.

Acariciaron bien al indio estraño,
Entre los cuales seis meses habita,
Por ser esta nación libre de engaño,
Que a quien le pide paz no se la quita;
Y como suelen estos ir cada año
En sus piraguas a la Margarita
A rescatar con gente baptizada,
Allá se fue con la primer armada.

Llegados a la isla que refiero,
En el puerto saltó hecho salvaje
Con la postura y el meneo fiero
Que suelen los que son deste linaje;
Y fue, tomada tierra, lo primero
Ir a la iglesia con el mismo traje,
Y ante el altar hincado de rodillas,
Con lágrimas regando las mejillas.

Dijo, hablando lengua castellana;
"Bendito seáis vos, Redentor mío,
Y vuestra Madre, Virgen Soberana,
Que sin yo merecer favor tan pío,
Me trajistes a caridad cristiana
De las tinieblas del bestial gentío,
¿Qué gracias, qué alabanzas, qué servicio,
Haré por tan supremo beneficio?

"A este vuestro siervo sin provecho
Inviadle, Señor, divino cebo,

Santa sinceridad, un limpio pecho,
Puras entrañas, un corazón nuevo,
Para que por el bien que me habéis hecho
Os sepa dar las gracias como debo,
Pues mi talento nada bueno tiene
Si de vuestras alturas no me viene".

Oyendo decir cosas semejantes
A indio que traía pampanilla,
Y razones tan vivas y elegantes
En bien cortada lengua de Castilla,
Luego le rodearon circunstancias
Para saber aquella maravilla,
Y en un momento templo y sacristía
De gentes admiradas no cabía.

Al razonar están bocas abiertas,
Y él dijo: "Por amor de Dios os pido
Que mis curtidas carnes descubiertas
Las honestéis, señores, con vestido,
Porque después, de cosas que son ciertas
Podré satisfacer al buen oído;
Pues el que viene desde el río Toco
Lo mucho no podrá decir en poco".

Mas antes de decir estas razones,
Como su propia vista los avisa,
Uno venía ya con los jubones,
Otro con zarafuelles y camisa,
Otro con sayo, capa y otros dones,
Para lo componer a nuestra guisa;
Y su persona toda reparada
Le dieron muy a gusto la posada.

Después dio cuenta de su perdimiento
En busca y en demanda del Dorado,
Que no tiene ni tuvo fundamento
Otro más del que tengo declarado;
Algunas cosas más de las que cuento
Dice, de que no soy bien informado,

Mas sé de cierto que no certifica
Nueva ni relación de tierra rica.

En una sola relación estriba;
Quel Arauca para su ganancia
Navega por los ríos muy arriba,
Camino de grandísima distancia,
Donde no falta gente que reciba
Su contracto por cosa de importancia;
Y destas ferias, tractos y rescates,
Traen oro de hasta diez quilates.

Van por los ríos que les son anejos,
Do tienen sus perpetuas poblaciones;
Y según en la mar hacen los dejos,
No me parece fuera de razones
Juzgar que se derivan de muy lejos,
Regando diferencia de regiones;
Y donde Juan Martín morada hizo
En los inviernos es anegadizo.

Y aunque solían ir a hacer guerra
Por los campos enjutos en verano,
Y entraban muy adentro por la tierra
Todos los años con armada mano,
Nunca jamás pudieron ver la sierra
Que norte-sur perlonga por el llano,
Adonde de Manoa y de Guayana
Creemos la noticia no ser vana.

Ansí que por aquellas vecindades,
Tengo por cosa muy averiguada
Que hallará cien mil dificultades
El que tentare de hacer entrada,
Y grandísimas las comodidades
Desdeste nuevo reino de Granada;
Pues de la falta dél, teniendo tino,
No son doscientas leguas de camino.

Tener tal opinión por cosa cierta
A nadie le parece desvarío,

Pues sabemos volverse de la puerta
El capitán Antonio de Berrío,
Porque para hacella más abierta
Llevaba de soldados mal avío;
Y ansí le pareció que convenía
No proceder con poca compañía.

Año de ochenta y cuatro, por enero,
Deste reino salió con cien soldados,
A las espensas deste caballero
La mayor parte dellos aviados,
La vía del oriente que refiero,
Por campos de español nunca hollados
(Quiero decir aquella derescera).
Y ansí pudo ver otra cordillera.

Pasó los ríos Pauto, Cazanare
Y al de la Candelaria dicho Meta,
A Dubarro, y a Daume y al Guauyare,
Con otros que mi pluma no decreta;
Pero tiempo verná que los declare
Con relación que sea más aceta,
Pues el Dorado por andar avieso
Nos ha hecho sacar este digreso.

Yendo pues el Antonio de Berrío
Por donde nunca fue cristiana gente,
No sin escaramuzas del gentío
Más acá de la sierra residente,
Antes della topó con el gran río
Barraguan, sobre todos los prepotente;
Y ansí para pasar tan largo trecho,
Hicieron barco grande muy bien hecho.

A su ribera juntos y cercanos
Por el barco hicieron asistencia,
Estando de la sierra comarcanos
Siete leguas según el apariencia;
Había dellos ya muy pocos sanos,
Porque prevalecía la dolencia,

Y para procurar llegar a ellas
Hacían los enfermos grandes mellas.

Todavía Berrío con la gana
De ver aquellos senos abscondidos,
Escogió de la gente castellana
Catorce de los menos impedidos,
Y a pie, por no ser ya tierra llana,
Anduvieron cansados y perdidos,
Y sin poder romper las espesuras
Se volvieron con recias calenturas.

En estas atrevidas estaciones
Gastó diez días en ida y venida;
Quizá fueron divinas provisiones
El no hallar camino ni subida,
Pues a dar en algunas poblaciones
Ningunos escaparan con la vida,
Y cuando revolvieron al asiento,
Iban enfermedades en aumento.

También en el temor eran iguales,
Pues para proceder todos temblaban,
Viendo la multitud de naturales
Que por entre los ríos les quedaban,
Y pasada la sierra, principales
Noticias que captivos indios daban,
Señalando con mil admiraciones
Bárbaros diferentes en naciones.

Y Alvaro Jorge, capitán prudente,
De quien yo tengo llena confianza
No ser en escrutinios negligente
Ni tener en sus cosas destemplanza,
Informándome dél, dice que siente
Haber tras de la sierra gran pujanza,
Según un su captivo le decía,
Al cual prendieron por aquesta vía.

Uno que por su honor quiero callallo,
En un encuentro de sangriento duelo

Batió las piernas por alanceallo,
Y el bárbaro gallardo sin recelo
Abrazóse con el veloz caballo,
Y con el caballero dio en el suelo;
Acudieron peones al combate
A socorrello porque no lo mate.

El indio, la macana levantada,
Sin muestra de temores los espera,
Rebatiendo cualquiera cuchillada
Librada por la gente forastera;
Mas uno dellos con un estocada
Las tripas al gandul echó de fuera,
El cual con una mano las metía,
Y con otra, de tres se defendía.

Alvaro Jorge, vista la refriega
Y el bárbaro feroz cuán bien se vende,
Batió las piernas y a caballo llega
Adonde el aguazávara se enciende,
De tal manera, que con él se pega
Y de los españoles lo defiende;
Al fin sin acaballo fue rendido
Y con piadosa cura socorrido.

Pues usando de próvida clemencia
Alvaro Jorge, noble lusitano,
Tuvo tan cuidadosa diligencia
Que dentro de ocho días quedó sano;
Y gran tiempo después de la pendencia
El lo tuvo debajo de su mano,
Haciéndole regalos y caricias
Y ansí coligió dél muchas noticias.

Dijo como verán a la vertiente
De aquella sierra población crecida,
Y un río más allá cuya creciente
Anihila la más engrandecida,
Y otra sierra después más eminente
Adonde hallarán gente vestida;

Y el agua grande dijo que se llama
Manoa, que es Guayana según fama.

Refrescó demás desto los oídos
Con nuevas ya tractadas aunque raras,
Y son, de las mujeres sin maridos,
Armadas con aljabas y con jaras;
Y por naturaleza proveídos
Hombres, en la cabeza, de dos caras;
Y en indios de los llanos la conseja
Es cosa no moderna, sino vieja.

Porque también afirman indios viejos
Haber vecinos en aquel paraje
Que en barbas y cabellos son bermejos,
Diferentes deste común linaje,
Valientes y más vivos en consejos,
Más pura desnudez su propio traje,
Sólo cubrían partes vergonzosas;
Esto decía y otras muchas cosas,

Que por no ser palpables ni visibles,
Sino con turbio velo de estrañeza,
A todos nos parecen increíbles,
Y no dudar en ellas es torpeza;
Pero muchos sospechan ser posibles,
Pues las puede hacer naturaleza;
Y destas ponen hartas los autores
Antiguos, en espanto no menores.

Y ansí, pues que me viene tan a mano,
Quiero deciros una cosa estraña
Afirmada por hombre baquiano
De quien puedo creer que no me engaña,
Y es Melchior de Barros, lusitano,
Soldado de Pirú y de Nueva-España,
Al cual tengo por huésped de presente,
Y vido por sus ojos lo siguiente:

Sería por el año de setenta,
Cuando, de gente y armas pertrechado,

Salió del Cuzco por buscar más renta
Juan Álvarez, que llaman Maldonado;
Y en el entrada donde se presenta,
No mucho de los Andes apartado,
De los pigmeos que la fama siembra.
Captivaron un macho y una hembra.

Y por ser más veloz en la huida
Quel marido la mínima zagala,
Alcánzola de lejos impelida
De salitrosos fuegos una bala;
La miserable dio mortal caída,
Sin ella merecer obra tan mala,
Viendo quien la hirió de sí cercano
Tapábase la vista con la mano.

Con voz en sumo grado delicada,
Según persona de razón se queja;
Pero de tal manera pronunciada
Que cosa que perciba no le deja;
En su tamaño bien proporcionada,
Y al rostro suyo perfección aneja,
Tal, que no le faltaba hermosura,
Y un codo poco más el estatura.

El compañero que quedó captivo
Entre las castellanas compañías,
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,
Y allá murió dentro de quince días,
Callado, congojoso, pensativo,
Aunque lo regalaban por mil vías;
Allí llaman a estos sachalunas,
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron
(Que fue de los haber muestra bastante),
Por río, dicho Magno, navegaron
Más de doscientas leguas adelante;
Y en cierta playa donde ranchearon
Para mirar la tierra circunstante,

Del campo salen con Diego de Rojas
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,
Limpio suelo, los árboles lejanos,
Y tan altos que apenas una jara
Pasara sus estremos soberanos;
El pie del uno no se rodeara
Con diez hombres asidos de las manos;
A cuya sombra fresca y espaciosa
Una visión estaba monstruosa.

Salvaje más crecido que gigante,
Y cuyas proporciones y estatura
Eran según las pinras en Atlante,
De hombre natural la compostura,
En el hocico sólo discrepante,
Algo largo y horrenda dentadura,
El vello cuasi pardo, corto, claro,
Digo no ser espeso, sino raro.

De ñudoso bastón la mano llena,
El cual sobrepujaba su grandeza,
Pues era como la mayor entena
Y del cuerpo de un hombre la groseza;
Y aqueste meneaba tan sin pena
Como caña de mucha ligereza;
Hermafodrito, porque los dos sexos
Le vieron no mirándolo de lexos.

Yendo Rojas delante sin sospechas
De tal encuentro, los de retraguarda,
Viendo moverse piernas tan mal hechas,
A grandes voces dicen: ¡guarda, guarda!
Apuntan los cañones do las mechas
Impelen luego la pelota parda,
Y todos, por tener ancho terrero,
Acertaron a dar al monstruo fiero.

Cayó con el bastón en tierra dura,
Rompiendo con baladros vagos vientos,

Y el dicho Melchor de Barros jura
Que hizo la cercana sentimientos
Con temblores, y al tiempo que procura
Levantarse, cebaron instrumentos
Con uno y otro tiro penetrante,
Estorbando que más no se levante.

Del aliento vital desamparado,
Mandaban un soldado diligente
Con avisos al dicho Maldonado
Que la monstruosidad le represente;
Mas túvose después por acertado
Que vuelvan todos ellos juntamente,
Y ansí fueron al campo detenido
A dalle cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros
A ver tan monstruosos animales,
Vino con treinta y dos arcabuceros,
Mas no hallaron más que las señales
De la sangre, con los reholladeros
De rastros en grandeza tan iguales,
Y según pareció por las florestas
El defunto llevaron a sus cuestas.

Caminaban por el rastro que seguido
Subió hacia la sierra que frontera
Tenían, en la cual oyen ruido
Tan grande, que temblaba la ladera;
Juan Alvarez, que tal estremo vido,
A todos les habló desta manera;
"No vengo yo, señores, a contienda
de monstros, mas de gente que me entienda.

Volvámonos en paz a buscar tierra
Donde hallemos racional cultura,
Porque meternos en aquesta sierra
Paréceme grandísima locura".
Porfiaban con él que no se yerra
En dalle conclusión al aventura;

Mas él los increpó de gente suelta,
Y ansí con todos ellos dio la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso
Que tuvo su larguísima carrera,
Por relatar el más largo proceso
De nuestro Benalcázar, que me espera,
Y me hizo sacar este digreso
Para deciros que en aquella era
Se levantó la fama del Dorado
Por lo que ya dejamos declarado.

ANTONIO DE BERRÍO

DESCUBRIMIENTO DE GUAYANA Y MANOA

Militar nacido en Segovia, España (1527) y muerto en Santo Tomé de Guayana (1597). Conocido por encontrar las vías entre el río Orinoco y el Nuevo Reino de Granada, fundador de San José de Oruña (Trinidad) y de Santo Tomé de Guayana. Organizó tres expediciones en busca de El Dorado y de la gran laguna de Manoa que fueron un fracaso, tuvo enfrentamiento con el inglés Walter Raleigh y debió mantener una constante vigilancia sobre los pobladores indígenas quienes sistemáticamente le manifiestan su repudio por la invasión de sus tierras. En la Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa y otras provincias que están entre el río Orinoco y Marañon *(c.1583) consta la presencia de El Dorado y la solicitud a las autoridades españolas del título de Gobernador, que extiende a la isla de Trinidad.*

HABIENDO LLEGADO el Gobernador Antonio de Berrío a la isla Trinidad, donde tiene poblada la ciudad de San José de Oruña por ser aquella isla escala de esas ricas provincias, reunió en dicha isla ochenta soldados porque no pudo más por causa de desacuerdos con otra gente y quedársele con más de tres mil pesos que les había dado de avíos. Dio asiento en dicha isla en que hizo setenta encomenderos y allanó muchos naturales del lugar que estaban en rebeldía.

Visto que el verano se pasaba y la poca gente que tenía para acudir al sustento de esta población y acabar de descubrir la entrada de aquellas provincias y darle vista, determinó de enviar, como lo hizo, a Domingo de Vera Irigoyen [*sic*], su maestre de campo, con cantidad de mil pesos de rescates y treinta y cinco españoles a que por medio del cacique Carapana que el Gobernador tenía por amigo y a otro cacique llamado Morequita que estaba preso y se había convertido en cristiano, procurase informarse de las riquezas de aquellas provincias y acabar de descubrir el camino.

El maestre de campo fue con los treinta y cinco soldados y algunos indios amigos, habiendo llegado a la provincia de Marequita y puesto en libertad, éste procuró matar la gente e impedir la entrada.

Supuso por medio del cacique Carapana y determinó que podrían morir muchos soldados o acabar de descubrir la entrada y lograr vista a la tierra. Así entró hacia tierra adentro llevando como insignia él y todos los demás la cruz en que Jesucristo padeció. Anduvo como 8 o 10 leguas por algunos poblados de indios y habiendo marchado como 16 leguas, comenzó a encontrar grandes poblaciones

de pueblos formados con sus caciques, a quien los indios respetaban mucho y hablan por sus pregoneros. Estos son pueblos de quinientos y de mil indios a media legua y otros hasta 2 leguas.

Anduvo por estas poblaciones como 15 leguas más adelante yendo siempre en aumento las poblaciones y saliéndoles los indios a los caminos con comidas de maíz, cazabe, gallinas, venados y muchas frutas como plátanos, piñas, maní y muchos tipos de vinos provistos de diferentes maneras a su usanza y les ofrecieron hospedaje. Toda la gente que salía que eran muchos, bien corpulentos y activos como lo demostraban directamente. Traen tanto los hombres como las mujeres, tapadas sus vergüenzas. Las mujeres son bien dispuestas, muy serviciales y de buen semblante, a quienes regaló mucho y les entregó ofrendas, con lo cual todos quedaron conformes y en paz.

Comienzan las provincias de Guayana desde el cacique Ahuyacanare Ataruca a 12 leguas del río Orinoco. Por lo que se vio y por lo que los naturales dijeron, tendrán 50 leguas de tierra muy poblada de sabanas, valles, praderas y desiertos. Tienen algunas salinas. Es tierra de muchas requemazones. Todos los indios traen oro en las narices, orejas, pecho y molledos de los brazos, aunque se los habían quitado por haberlo dado entender el cacique Marequita y lográndolo esconder.

Confinan con las provincias de Guayana otras muchas provincias. Desde este puesto donde llegó la gente comienzan gran número de poblaciones de pueblos muy grandes y toda la tierra de una parte a otra está poblada, sin tener cosa desierta, a lo que todos los naturales dijeron y se vio y pudo entender.

A once jornadas donde llegaron los españoles dicen existe una laguna grandísima, que se llama Manoa. Alrededor de ella hay una enorme población de gente vestida, pueblos y señores. Hace veinte años llegaron a ella mucha cantidad de gente portando arcos pequeños y pelearon con los de la laguna y han ido controlando buena parte de aquella gente, la cual dicen ser numerosa y según las poblaciones de los pueblos que se vieron en la entrada de la Guayana y lo que dicen de estos, se entienden deban ser más de dos millones de indios.

Toda la tierra de la Guayana es llana, metida entre sierras en valles que tienen de 4 a 8 leguas y más de largo y de un ancho de 2 a 3. Dicen que la laguna está junto a la sierra situada a mano derecha corriendo de Guayana, adelante de la cordillera de la cual vieron los españoles situada a mediodía. Es tierra limpia de monte y toda la provincia de Guayana es tierra fría, con valles muy templados. Nace de las espaldas de la mencionada laguna el río Caroní, en

que tomó posesión el Gobernador, en el cual hay gran número de gentes y grandes caciques, de todos los cuales dicen existe un solo señor, a quién obedecen y respetan.

Comienzan las grandes poblaciones del Caroní como a 8 leguas del río Orinoco. Es la provincia de Guayana que emplea la misma lengua, hablando en otra forma la gente vestida. Son de buen trato y ricas en oro. Construyen muchos santuarios en monte y cerros. Los que cuidan de ellos, aunque los maten no lo darán, por cuya causa Morequita no quiso dar el oro y advirtió a los demás que no lo mostraran. Lo cual se supo porque un cacique a escondidas de los demás indios presentó al Maestre de campo diez y siete piezas de oro chaguala en que había oro fino y bajo con algunas águilas labradas, lo cual permitió suponer con claridad lo que se quiso ocultar. Es gente muy laboriosa en dibujar mazorcas de maíz, pájaros, águilas y otros animales con mucha exactitud. Usan arco y flecha con hachas de piedra por espadas, con mucho adorno de plumería. Toda la gente lleva el cabello con coleta, excepto algún principal si ha realizado algún acto de valentía, que lo mantiene largo. Esto es lo que se ha visto y pudo entender. Milagrosamente parece que Dios quiso meter y sacar al maestre de campo y su gente de este grupo numeroso de indios, tratando Morequita muchas veces de matarlos.

DOMINGO DE VERA E IBARGOYEN

EL DORADO Y GUAYANA

Conquistador y capitán español nacido en San Sebastián y muerto supuestamente en Caracas (1629). Fue maestre de campo del Gobernador de Guayana y Trinidad don Antonio de Berrío, fundando la ciudad de San José de Oruña (Trinidad) por orden del mismo, como escalada preparatoria a la conquista de la Guayana. Escribió una Relación sobre El Dorado y sobre la expedición de Antonio de Berrío, *en 1587. Con posterioridad completó la fundación de una ciudad que llamó Trinidad Arias de Nueva Guipúzcua del Dorado, cerca del río Orinoco. Buena parte de su vida muestra el empeño por lograr la ubicación definitiva de la zona doradista y localizar la ciudad de Manoa junto al lago de Parime o Parima, siempre atento a las conversaciones con los naturales, que mantuvieron la ilusión de este lugar hablando sistemáticamente sobre ella.*

Llegada a Guanipa

A LOS VEINTE y siete de marzo llegué a la urca donde hallé once indios muertos, quemadas las casas y hechas muchas notomías en los cuerpos de los muertos por los caribes y tuve nueva, andaba la armada en la Punta del Gallo fui de noche y no la hallé ni rastros de haber estado allí, fui a Carao adonde despaché de bogas y las más cosas necesarias, atravesé la tierra firme para entrar en Guanipa ya media noche vi candela en tierra y respeto a la mucha mar no pude desembarcar y estuve en arma hasta que amaneció sobre el puerto.

Al amanecer vi cuatro piraguas, dióseles alcance y parecieron ser amigos, fui luego en demanda de Guanipa para entrar en él y por ser fin del verano y haber de ir varando las piraguas no se pudo entrar en él y fui 10 leguas más abajo, a un río muy grande de muchos brazos y esteros que se llama Guarapiche.

Subí por él cosa de 22 leguas con dificultades de palos y poca agua y una mañana envié como dos tiros de escopetas a descubrir por tierra lo que había y hallaron cuatro piraguas y muchas flecherías, gabeses, caribia, mazato y casabe y otras comidas, luego me retiré con toda la armada y estuve emboscado con centinela a ver si acudía alguna gente.

Como a medio día vinieron como cuarenta y más indios con sus hijos y mujeres a despedir la gente de guerra que estaba presta para juntarse con una armada que se hacía para salir en coso, esperé hasta la media noche a dar en ellos adonde con deseo que tenían de ven-

ganza de los amigos muertos menearon también las manos los capitanes y soldados que no dejaron persona con vida, excepto diez piezas que se tomaron las más de ellas heridas, y entre los cuerpos muertos tomé lengua de los pueblos más cercanos y dijeron estar un día de camino y una jornada más abajo estaban cinco casas de caribes corsarios y titi tibes. Fui luego en demanda de ellas y como eran las guías muchachos hicieron andar varando todo el día y a la noche di con el caño y en él hallé huesos de personas colgados y de madrugada entre por él arriba donde hallé dos casas despobladas y ocho piraguas grandes y dos curiaras que se hicieron pedazos, entré la tierra adentro por encima de palmas y por no poder poner pie en la tierra respeto de los anegadizos y estar 6 o más leguas la tierra adentro, me torné a embarcar.

Me informé de la disposición y naturales de la tierra, dijéronme haber en este río de Aguaravíes mucha gente, poblados por barrios de a tres y cuatro o cinco casas en sabanas. Antes trataba toda la población con Guanipa y los de Amaná y la serranía de hacia los llanos hasta la serranía de los Vaymas, y que el mayor señor de esta provincia es Guaracamono, y que en la tierra adentro está un muchacho cristiano que estaba cautivo en la Granada que se huyó en el dicho río de los caribes y lo tornaron a capturar los de esta provincia.

Le ofrecen oro

Entré por el río Orinoco, por la boca que llaman Parataoro, y llegué a casa de Carapana de donde despaché luego a una mujer del principal Morequita para avisar a su gente que saliese de paz y el segundo día de resurrección salí de este asiento y llegué a los veinte y dos de abril al puerto de Morequita y me salió alguna gente de paz a los cuales regalé de rescate. Me dijo el Morequita: mañana te mostraré la muestra del oro en polvo de mis minas y dónde lo sacan, pero no quería que en enseñándolo me matesen, al cual, por asegurarle, le entregué nueve piraguas y todos los cañaletes y rescate que llevaba, y con todo el campo me fui tierra adentro al pueblo de Guaremero, donde me gastó más de diez teclas de cuchillos y algunas hechas y mucho rescate menuda dándoles a sus primos.

Estuve en este puesto tres días esperando la muestra que me había de traer y guías que me había de dar para descubrir el camino de Guayana y de Caracas, al cabo del cual tiempo se juntaron algunos indios suyos y les dijo: estos cristianos quieren poblar y han de venir muchos. Yo les he dicho que les tengo de enseñar el camino de las minas, mirad vosotros lo que queréis hacer porque yo con morir aca-

bo. Y otras cosas les dijo con mucha cólera, diciendo le habíamos tenido preso. Y otro día me dio como un peso o diez tomines de latón de un pedazo de estribo que trajo de la Margarita, no le di a entender conocerle y me retiré al río para buscar mejor ocasión y para quietar su pecho y de los demás.

Sigue viaje

Hallé aquí un cacique de Guayana llamado Macaray, hablé, regalé y le di rescate y cuatro cartas para los principales de la tierra adentro, diciendo quería entrar en su tierra a asentar paz con ellos y fue muy contento. Le hablé y le regalé al Morequita, y le pedí rehenes, y dióme a su hijo y le envié suelto, y yendo caminando volvió la cara a la lengua intérprete y le dijo, ahora quiero que veáis como cumplo con vosotros. Volvió al tercer día con un poco de oropel molido y cortado con tijeras que lo trajo de la Margarita, y visto que eran sin remedio sus embustes con él y lo envié a su casa haciendo del ladrón fiel.

A primero de mayo salí del río Orinoco y por dos pueblos caminé hasta el tercero, 7 leguas por buen camino, y lo más llano y sabanas hasta casa de su tío adonde vino con sus mujeres tras de mí. En este pueblo hallé dos principales de Guayana que venían a tomar lengua de nosotros; les regalé y les hablé bien y despidiéronse de mí muy contentos y el Morequita los llevó a dormir a una casa y por ser segundo de mayo, domingo, no quise caminar.

Andando gente de nuestro bagaje chucheando en el monte toparon a los viejos envenenando las flechas y poniéndolas en orden, y hablando un indio nuestro con otro de los suyos le dijo adónde váis vosotros os han de matar a todos, que Morequita ha enviado a decir a la Guayana que salgan al camino y que él irá con su gente de tres y que éramos pocos y pocos arcabuces y que nos llevarían por fuera de camino y que nos matasen a todos y que pues nunca nadie había hollado su tierra, que no consintiesen que la hollásemos nosotros, que éramos bellacos. De lo cual fue avisado de la lengua, y a la primera noche puse buena guardia.

Otro día por la mañana hice fingir a un soldado que estaba muy enfermo y llamé al Morequita y a su tío y a otros principales que habían de sangentear su gente, y entrando de sus cosas los hice sentar junto a mí con toda la quietud del mundo y les declaré lo que había sabido, que los quería echar en prisión y los puse a todos en cadena este día. Antes anduvo el Morequita con una corneta de general de

casa en casa muy contento tañiéndola y me decía, señor ya he enviado a llamar a la gente de Caroní para que nos esperen aquí para cuando volvamos de Guayana. Y como en el camino en dos días no hemos de tener agua, procurando comprar algunos calabazos para llevar agua para el camino, no consentía se nos vendiese ninguno, antes, un criado mío porque le pidió una totuma le dijo, que éramos bellacos y que él también quería ser bellaco y mandó esconder los calabazos, de manera que fue forzoso a todos a que hiciesen bordones de caños huecos para llevar agua. Estuve este día aquí para que se deshiciese la junta y fuese aviso a toda la tierra de su prisión, y salí de aquí a cuatro de mayo.

Llega a Guayana

Anduve 4 leguas por camino llano, muy llano, muy usado, hallando a cada media legua agua y a los cinco de mayo anduve 5 leguas hasta llegar a tierra de Guayana por buen camino llano con mucho agua, aunque en partes arcabuco pequeño.

Dormí en un pueblo donde me sacaron mucha cantidad de comida, carne de venado, morrocoy, maíz, casabe, vino de casabe y de maíz y otras cosas de comer, y otro día por la mañana por un camino muy ancho y muy llano, y me lo taparon con paja, y enviaron un indio al camino que me guiase por otro camino menos usado, y habiendo andado como una legua por la sabana, a la orilla de un monte, me esperaron dos grandes caciques con mucha cantidad de indios, mujeres y muchachos y con mucha comida y bebida de diferentes maneras, a los cuales hablé. Uno de los caciques mandó a su pregonero me diese la respuesta, el cual dijo que ellos querían ser amigos de los cristianos y que razón había para que no fuésemos, pues ellos no defendían el pisar su tierra ni beber su agua, nos daban de comer, y querían ser del Gobernador Antonio de Berrío. Se despidieron y fueron a sus casas.

Yendo el camino adelante topé mucha gente con comida y les mandé que se fuesen adelante y como a una legua topé al cacique Atabigua, con muchos indios, que traía gran cantidad de comida y bebida, al cual le mandé se fuese adelante adonde me había de hospedar, el cual se fue delante y yo llegué habiendo andado como 5 leguas a una casa sola, que sería de veinte moradores, donde me trajeron tanta cantidad de comida y bebida de toda suerte que se quedó en este asiento más de la mitad, aunque teníamos más de ciento y veinte personas de carga. Preguntando al dicho cacique que por qué no me

había llevado a su pueblo, dijo que porque tenían miedo a las guarichas, y que su pueblo era grande que tendrá más de 5 leguas de largo y todas las cabezadas, y lo más peladas de mucho frío, y en él hay salinas de que hacen sal los naturales y se sustentan y todo el dicho valle está poblado de una banda y de otra y tiene grandísimas requemazones de metales e infinidad de caminos.

La laguna grande

Llegué por el valle adelante a otro valle donde está el pueblo y casa del cacique Parigua, el cual me hospedó muy bien con muchas gallinas y refresco de venados y de otras carnes, y otrosí cacique de la redonda, a los cuales hablé y dije mandasen juntar los más ancianos para informarme de cosas de adelante y qué naciones de gentes confinaban con ellos. Y me respondieron que ellos eran guayanas y considerando el puesto donde dijeron y adonde señalaron llegaban sus términos, tendrá 50 leguas a la redonda según los días que caminé y que anduve, y la que señalaron a una banda y a otra, y que eran muchos y que a una jornada de ellos empezaba la provincia de Mucuraguaray con quienes ellos tenían guerra y que era una tierra llana y muchas las poblaciones juntas y que se juntaban tantos para pelear todos unos y los habían vendido y los hacían retirarse y que detrás de esta provincia está otra que llaman Guayacapari y que es de más gente que los de Guayana y Mucuraguaray, y que hacia donde el sol sale en aquella provincia que es hacia el Marañón está la nación de los indios que llaman Piriamuy y que con estos confina otra provincia que por esclavos tienen noticia que se llama Yguacacuyr. Que pasadas estas dos primeras provincias, Mucuraguaray y Guycapari está una laguna grande salada que ellos llaman mar, toda ella a la redonda poblada de muchísimos naturales y que junto a ella nace el río Caroní a la cual dicha laguna, desde esta provincia de Guayana, habrá once o doce jornadas, que conforme a lo que andan ellos habrá 80 o 90 leguas.

Y que habrá veinte años poco más o menos según la edad de un esclavo que tienen, que es de la dicha laguna, vinieron a ella grandísima cantidad de gente vestida, y que eran indios como los de la laguna y que habían peleado mucho unos con otros y que los indios vestidos, habían sujetado y vencido a los de la laguna, y viven entre ellos y que ahora tienen estos indios vestidos, guerra con los de esta banda de la laguna.

Indios ricos

Hacia Parigua no hay jornada, aunque sea un día de camino, que no esté poblada de muchísima gente, que es cosa de grandísimo espanto, y que todos estos indios tienen oro en las narices, en los pechos, en los brazos, en las piernas y que es gente muy rica y que cerca de la laguna hacia donde el sol sale está la cordillera del Orinoco, hay una nación de indios que hablan la lengua ypurgota que tienen los hombres altos que casi emparejan con la cabeza, y este asiento me dijeron se hacía una junta general para ir conmigo a dar en sus enemigos.

La junta era en casa de un cuñado de Morequita del que sospeché mal, porque sin decirles ni concertarse conmigo, cuatro o cinco caciques con su gente, diciendo que su gente enviaban por allá a la junta, pidieron que me fuese con ellos. Yo les dije que sí y respeto que quería descansar tres días en la casa de un cacique llamado Guaricamacoto, que es tío de mi amigo Paracana, por descubrir los intentos que tenían. Y así fue 3 leguas de este asiento a casa de dicho cacique donde me hospedó con muchísima cantidad de comida, y tendrá este cacique más de mil indios y en su casa de éste ofrecían a la lengua águilas de oro, y Morequita les dijo que no, que aquello era lo que buscábamos aunque siempre vivía con cuidado yo de que siempre estuviese junto a él una persona que entendiese la lengua. En efecto vine a entender que en la junta querían soltar a Morequita y darnos en la cabeza.

A este asiento me enviaron dos embajadores diciendo que la gente con quien habíamos de pelear se estaba apercibiendo, que me fuese allá, que me tenían mucha comida y que allí donde yo estaba no había agua. A Morequita le dijeron que la junta estaba ya hecha y que viese si seríamos intento de ir allá o si teníamos algún recelo, y yo les dije con buen semblante que me iría de allí a dos días sin falta, porque dijeron los embajadores que si teníamos recelo vendrían a dar sobre nosotros. Yo vine luego otro día siguiente a este asiento de Unicapar, un cuarto de legua rindió, y estuve desde aquel asiento y pueblo del río Patavan 22 leguas, hasta éste donde está, todo buen camino.

Morequita tenía también ordenada su traza, que nos pensaba llevar por caminos cazaderos por donde no había agua en dos días y al cabo de ellos dar tres, él por detrás y la gente de Guayana por delante y cogernos en medio, que yendo sin agua, sólo su gente bastaba en montaña tan bellaca como adónde nos pensaba dar y hacia su hecho y con él unos de los notables que barbaridades harían en las Indias si Dios no lo remediara. Hecho a catorce de mayo de mil y quinientos noventa y tres años.

WALTER RALEIGH

MANOA

Nacido en Devon (Inglaterra) en 1552 y decapitado en Londres en 1618. Militar, marino, escritor, logró los favores de la reina Isabel I de Inglaterra y organizó una expedición para localizar El Dorado, aspirando a que las tierras del Nuevo Mundo pudieran acrecentar una mayor expansión a los dominios británicos. Su conocida obra El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana, con un relato de la poderosa y dorada ciudad de Manoa (que los españoles llaman El Dorado), *escrita en 1595 con el fin de concienciar a los europeos de un mundo poco explotado, pleno de riquezas, habilitado por una población de seres extraños y anormales, un paraíso intacto en su magnífica naturaleza, donde existían animales novedosos como el manatí o el armadillo. Apuntando sobre los enormes caudales que bramaban en el río Orinoco, menciona a las amazonas guerreras y las fabulosas posibilidades que aguardaban en este territorio desconocido. Se mantienen aquí las palabras en cursiva del texto original; algunas de ellas son transcripciones inexactas de lugares o nombres españoles.*

Laberinto de arroyos

TENÍAMOS CON nosotros como piloto a un indio del *Barema*, un río del sur del *Orinoco*, entre éste y el *Amazonas*, cuyas *canoas* habíamos capturado cuando salía por el [caño], cargadas con pan de *cassavi*, que llevaba a *Margarita* para vender. Este *arwacan* me prometió llevarnos al gran río *Orinoco*; pero, desde luego, desconocía por completo el lugar por el que habíamos entrado, ya que no lo había visto desde hacía doce años, cuando aún era muy joven y carecía de conocimiento. Si Dios no hubiera mandado más ayuda, podíamos haber recorrido ese laberinto de ríos durante un año entero sin encontrar un paso, ni hacia adentro ni hacia fuera; sobre todo una vez pasado el influjo de la marea, a los cuatro días. Me consta que en toda la tierra no se encuentra tal laberinto de arroyos y canales, que se cruzan y vuelven a cruzar muchas veces, y que son tan grandes y hermosos y tan parecidos entre sí, que nadie sería capaz de distinguirlos. Y aun navegando con ayuda del sol o de la brújula, no podíamos marchar en línea recta ni mantener una dirección, pues éramos obligados a seguir las curvas entre la multitud de islas. Toda la orilla estaba bordeada por árboles tan altos que no se veía nada más de ella. Pero por fortuna, el 22 de mayo entramos en un río (que al no tener nombre llamamos de la *Red crosse*, pues antes que nosotros ningún cristiano

había entrado en él), y, mientras remábamos aguas arriba, vimos en una pequeña *canoa* a tres indios a los que (gracias a la rapidez de mi barca, provista de ocho remos) pudimos alcanzar antes de que cruzaran el río. Mientras tanto, otros, escondidos en la espesura, miraban desde la orilla, inquietos por lo que pudiera suceder a los tres prisioneros.

Pero en cuanto vieron que no les hacíamos ninguna violencia, y que nadie abordaba la *canoa* ni les sacaba de ella, empezaron a acercarse, ofreciéndose a comerciar con nosotros con todo lo que tenían. Es más, se quedaron allí mientras nosotros nos acercábamos con la barca hasta la embocadura de un riachuelo que, procedente de donde estaba el poblado de los indios, desembocaba en el río.

Rehenes y secuestros

Mientras estuvimos anclados allí, nuestro piloto indio, llamado *Ferdinando*, fue al pueblo para traernos fruta y probar sus vinos extraños; y, al mismo tiempo, para conocer el lugar y a su jefe, por si volvíamos por allí alguna vez. Llevó consigo a un hermano suyo que le había acompañado durante el viaje. Al llegar al pueblo, el jefe de la isla les apresó con la intención de matarlos, alegando que nuestro indio había traído a gentes extrañas a su territorio para despojarles y destruirlos. El piloto, que era rápido y ágil, se escurrió de entre las manos del jefe y corrió hacia el bosque, y su hermano, que aun era más veloz, llegó antes a la boca del riachuelo, donde aguardábamos en la barca, gritando que habían matado a *Ferdinando*. Al oír esto, cogimos un indio de los que estaban más cerca, un hombre muy anciano, y le hicimos subir al barco, asegurándole que, si nuestro piloto no nos era devuelto, le cortaríamos la cabeza. El viejo, convencido de que iba a pagar con su vida la muerte del otro, rogaba a los del bosque que dejaran en libertad a nuestro piloto *Ferdinando*; a pesar de ello, le seguían y le acosaban a pie con perros de caza. Daba tantos alaridos que el bosque resonaba. Al fin, el pobre perseguido llegó al río y se subió a un árbol. Cuando pasamos por debajo saltó al agua y, muerto de miedo, alcanzó a nado la barca. Por fortuna nuestra nos habíamos quedado con el rehén, el viejo indio, a quien teníamos maniatado para canjearlo por el piloto. Por ser, como era, natural de la región, nos parecía que conocería mejor el camino que cualquier extraño; y, verdaderamente, a no ser por él, dudo que hubiéramos encontrado jamás la ruta de la *Guayana* ni la de regreso a nuestras naves. *Ferdinando*, al cabo de unos días, se desorientó y no sabía qué dirección tomar; y hasta el viejo mismo dudaba muchas veces sobre qué río

seguir. Los habitantes de estas islas fragmentadas y pantanosas se llaman *Trivitivas*, y los hay de dos clases: los *ciawani* y los *waraweete*.

El Orinoco y sus habitantes

El inmenso río *Orinoco* o *Barraguán* tiene nueve ramales que desembocan al norte de su boca principal; en el sur tiene otras siete bocas; así que, en total, desemboca por 16 brazos, con islas intercaladas. Las islas son muy grandes: muchas del tamaño de la de Wight o mayores; otras, más pequeñas. Desde la primera boca, al norte, hasta la última, al sur, hay una distancia de 100 leguas o más; así que, la desembocadura del río abarca una extensión de 300 millas, resultando, según mi opinión, mucho más amplia que la del *Amazonas*. Todos los habitantes de la zona de los canales norteños de la desembocadura del río son *Tivitivas* y tienen dos jefes principales que están constantemente en guerra entre sí. Las islas situadas a la derecha se llaman *Pallamos*; y la tierra situada a la izquierda, *Hororotomaka*; y el río interior que hay entre el *Amana* y el *Capuri*, por donde volvió *John Douglas*, *Macuri*.

Los *Tivitivas* constituyen una raza bien parecida y muy valiente, y hablan el idioma más recio y más preciso que jamás he oído. Durante el verano habitan en casas situadas en el suelo, como ocurre en las demás partes; pero en invierno viven en los árboles, donde construyen, con verdadero arte, sus pueblos y aldeas. Lo mismo ocurre con las gentes de las tierras bajas cercanas al golfo de *Uraba*, según se dice en la historia española de las Indias Occidentales.

Colores y formas desconocidas

Entre mayo y septiembre, el río *Orinoco* experimenta una crecida de 30 pies sobre su nivel y todas estas islas quedan bajo 20 pies de agua, a excepción de una pequeña parte de su centro. Esto es lo que les obliga a vivir así. Nunca comen aquello que requiere ser sembrado o plantado; y como en sus casas desconocen las labores del campo, cuando emigran se niegan a comer ninguna cosa que no sea producida espontáneamente por la naturaleza. Aprovechan los cogollos de *palmitos* para hacer pan, y matan venados, cerdos y pescan para complementar su sustento. También tienen una gran variedad de frutas que hay en sus bosques, así como pájaros y aves, de las que existen muchas clases. Aunque reconozco que la reiteración puede hacer el relato pesado y vulgar, repito que vimos en aquellos parajes unos co-

lores y unas formas tan raras como no se encuentran en ningún otro lugar. Por lo menos, de acuerdo con los conocimientos que yo tengo, proporcionados por lo mucho que he visto y leído.

Gente de la mejor presencia

De esta gente, los que viven en los ramales del *Orinoco*, llamados *capuri* y *macures* son en su mayoría constructores de canoas, pues hacen muchas y muy bellas casas, que cambian en la *Guayana* por oro y en *Trinidad* por *tobacco*, al que son más aficionados que todos los demás pueblos. A pesar de la humedad del aire de la zona en que viven, de la pobreza de su alimentación y de las muchas fatigas que sufren para cazar, pescar, y capturar aves, lo que es su sustento, en toda mi vida he encontrado, ni en las Indias ni en Europa, una gente más amable, ni de mejor presencia, ni más varonil. Como tienen por costumbre guerrear con todas las naciones, sobre todo con los *canibals*, nadie se atreve a comerciar en estos ríos sin llevar una gran fuerza; pero, últimamente, han hecho paces con sus vecinos, y quedan solamente los españoles como enemigos comunes a todos.

Ritos funerarios

Cuando mueren sus jefes, usan de grandes lamentaciones; pero, una vez que la carne se corrompe y ha tenido tiempo de separarse de los huesos, sacan la osamenta y los cuelgan en la casa del *cassique* que murió y adornan el cráneo con plumas de todos los colores, y cuelgan sus placas de oro de los huesos de los brazos y piernas. Los llamados *arwacas* que, aunque están diseminados por muchos otros sitios, habitan preferentemente al sur del *Orinoco* (de donde era nuestro piloto indio), tienen por costumbre reducir los huesos de sus jefes a polvo que sus mujeres y amigos, toman mezclados con las distintas bebidas.

Río adentro

Después de dejar el puerto de los *ciawani*, remontamos el río de la única forma que podíamos hacerlo: navegando durante la marea alta y anclando durante la baja. A pesar de todo, al tercer día de haber entrado en el río, nuestra galera encalló y quedó tan atollada que bien creímos que nuestro descubrimiento había concluido, y que tendríamos que abandonar a 60 de los nuestros, que se verían obligados a habitar como cornejas en los árboles, entre esas gentes. Pero, afortu-

nadamente, a la mañana siguiente, una vez despojada de toda su carga, tirando de ella y arrastrándola, logramos ponerla a flote. Al cabo de cuatro días entramos en un río tan hermoso como nunca había visto otro. Se llama el gran *Amana* y tiene un recorrido menos sinuoso, sin tantas vueltas y recodos, que el del anterior. Pero a poco de adentrarnos, la marea empezó a dejar de sentirse, lo que nos obligó a remar con esfuerzos sobrehumanos contra la fuerte corriente, pues de otra forma hubiéramos tenido que regresar tan sabios como vinimos. No quedaba más remedio que convencer a los hombres de que sería solamente cosa de dos o tres días. En esta idea se esforzaron todos, caballeros inclusive, turnando en la boga y relevándose cada hora. Todos los días pasamos por delante de grandes caños que afluían al *Amana* unos por el este; otros, por el Oeste. Pero dejo su descripción para la carta de descubrimiento, donde se habla de cada uno de ellos, desde su nacimiento hasta su desembocadura.

Hambre y calor

Al cabo de otros tres días nuestra gente comenzó a desanimarse; el clima era extremadamente caluroso, el río estaba bordeado por árboles tan altos que nos aislaban de toda brisa y la corriente en contra era cada vez más fuerte. Nuestros pilotos tenían orden de decir siempre que todo cambiaría al día siguiente, y avanzábamos así, animándoles poco a poco, de cuatro bordadas del río a tres, luego a dos, y luego a la próxima bordada. Pero, mientras luchábamos, los días pasaban y fue necesario restringir el suministro de víveres: hasta el pan escaseaba y no teníamos ninguna bebida. Todos estábamos agotados y quemados por el sol; y sufríamos un calor que se intensificaba al acercarnos al Ecuador, del que estábamos ya a sólo cinco grados. Lo peor era que ya dudábamos de tener éxito, a pesar de nuestros esfuerzos.

A medida que avanzábamos (la escasez de víveres y el calor del aire producían gran abatimiento), más débiles nos encontrábamos. Y esto ocurría precisamente cuando más falta hacían la fuerza y la habilidad, porque, a cada hora que pasaba, las aguas del río corrían con más violencia. La barca, los chinchorros de remos y los botes del capitán *Calfield* habían agotado todas sus provisiones; y la situación hubiera llegado a ser desesperada y abocada al fracaso si no hubiéramos podido convencer a la gente de que faltaba tan sólo un día para llegar a la tierra donde aliviaríamos todas nuestras necesidades; mientras que si volvíamos, era seguro que moriríamos de hambre en el camino y que todo el mundo se reiría de nosotros con desprecio. En las orillas

de estos ríos se encontraban muchas clases de flores, árboles y frutas ricas al paladar, en cantidad suficiente para poder llenar con su descripción un herbario de diez volúmenes. A menudo entreteníamos nuestra hambre con la fruta del país; y alguna vez, con aves y pescado. Vimos pájaros de todas las clases y de todos los colores: encarnados, carmesí, naranja oscuro, morados, verdes, de un solo color o de varios; y nos gustaba pasar el tiempo admirándolos. Ni qué decir tiene lo útil que resultaba matar algunos con las armas, sin lo cual, careciendo casi en absoluto de pan y sobre todo de bebida, salvo la turbia e infecta agua del río, hubiéramos llegado a una situación muy apurada.

Río adentro en la noche

Nuestro viejo piloto *ciawani* (a quien, como dije antes, habíamos cogido para canjearlo por *Ferdinando*) nos dijo que si entrábamos por un ramal del río a mano derecha con la barca y los chinchorros de remos, dejando la galera anclada, mientras tanto, en el río grande, nos llevaría a un pueblo de los arwacas, donde encontraríamos provisiones de pan, gallinas, pescado y vino del país; y nos aseguró que, si dejábamos a la galera a mediodía, estaríamos de vuelta antes del anochecer. Me alegré al oír tal noticia; y partí en mi barca, con ocho mosqueteros, llevando el bote del capitán *Gifford* con otros cuatro con él, y el del capitán *Calfield* con otros tantos. Entramos por la boca del río y, como creíamos estar tan cerca, no llevamos ninguna comida.

Después de remar durante tres horas nos extrañó no ver todavía ningún indicio de casas. Al preguntar al piloto dónde estaba el pueblo, nos contestó que un poco más adelante. Después de otras tres horas, con el sol casi oculto, empezamos a sospechar que nos llevaba allí para traicionarnos; pues confesó que los españoles que habían huido de *Trinidad* y los que se habían quedado con *Carapana* en *Emeria* se habían reunido en algún pueblo del río. Al anochecer, cuando exigimos saber dónde estaba el sitio, nos contestó que solamente faltaban cuatro bordadas. Pero una vez remadas las cuatro bordadas y luego otras cuatro sin ver rastro de él, nuestros pobres marineros, completamente descorazonados y agotados, estuvieron a punto de morir; pues nos habíamos alejado casi 40 millas de la galera.

Por último, decidimos ahorcar al piloto; y si hubiéramos sabido volver de noche solos hubiera muerto allí mismo; pero nuestra propia necesidad aseguraba su vida. La noche se presentó tan negra como el betún; y la navegación por el río, que empezaba a estrecharse, era más

difícil aún a causa de los árboles de las orillas, cuyas ramas colgaban tanto que cubrían el agua y había que abrirse paso con las espadas. Anhelábamos con todas nuestras fuerzas encontrar el pueblo, esperando comer en él en abundancia: habíamos desayunado muy poco aquella mañana en la galera; y ahora, a las ocho de la noche, el hambre roía rabiosamente nuestros estómagos. Sin embargo, no sabíamos si era preferible dar la vuelta o continuar, temiendo cada vez más una traición del piloto. Mientras tanto, el pobre indio seguía diciendo que faltaba muy poquito: sólo este recodo; después, aquél; hasta que por fin, alrededor de la una, vimos una luz, remamos hacia ella y oímos ladrar a los perros del pueblo.

Salvados

Al desembarcar encontramos poca gente, porque el jefe había marchado con varias *canoas Orinoco* arriba, un viaje de más de 400 millas, para comerciar con oro y comprar mujeres de los *caníbals*. Desgraciadamente, más adelante, mientras estábamos anclados en el puerto de *Morequito*, este jefe se cruzó con nosotros en la oscuridad de la noche, pasando tan cerca de nuestros barcos que sus *canoas* los rozaron. Dejó a uno de sus hombres en el puerto de Morequito y por él supimos que había comprado treinta mujeres jóvenes, varias láminas de oro y una gran cantidad de telas y hamacas de algodón. En la casa del jefe encontramos abundancia de pan, pescado, gallinas y bebida india. Descansamos allí toda la noche. A la mañana siguiente, después de comerciar con los que se habían acercado, volvimos hacia la galera, llevando provisiones de pan, pescado y gallinas.

A ambos lados del río por donde pasamos, se extendían las más hermosas tierras que jamás habían visto mis ojos. Así como antes todo habían sido bosques, arbustos, malezas y espinas, aquí contemplamos llanuras en 20 millas, cubiertas de hierba corta y verde; y salpicadas, de vez en cuando, por árboles aislados, que estaban allí como si hubieran sido plantados por arte de magia. Mientras remábamos, los venados acudían a la orilla a comer como llamados por su amo. El río albergaba gran cantidad de aves de muchas clases; vimos también muchos peces raros y de gran tamaño; pero, sobre todo, *lagartos*.

De estos feos reptiles había miles. Tanto es así que la gente le llama en su idioma río de los *lagartos*. Un *negro*, un buen muchacho, saltó de la galera para bañarse en la boca del río; ante nuestra vista, fue devorado por uno de aquellos *lagartos*.

Nuestros compañeros de la galera, mientras tanto, al no volver

antes del anochecer, como habíamos convenido, creyeron que nos habíamos perdido y enviaron al capitán *Whiddon* con el bote del *Lion's Whelp* río arriba en nuestra busca. Pero al día siguiente llegamos, después de remar unas 80 millas entre la ida y la vuelta. Desde allí decidimos continuar nuestro viaje remontando el gran río.

Cuando estábamos en las últimas por falta de comida, el capitán *Gifford*, que iba delante de la galera y de los demás botes buscando un sitio en la orilla para atracar y hacer fuego, vio cuatro *canoas* que venían río abajo. Con gran alegría animó a sus hombres, y estos se esforzaron de tal modo que al poco rato las alcanzaron; y los tripulantes de dos de las cuatro *canoas* las dirigieron hacia la orilla, las abandonaron y huyeron a esconderse en el bosque. Aprovechando que *Gifford* atracaba para cogerles, las otras dos más pequeñas escaparon, metiéndose en algún riachuelo, no sabemos en cual. Las *canoas* capturadas estaban repletas de pan destinado a *Margarita*, en las Indias Occidentales, que aquellos indios (llamados arwacas) transportaban allí para el trueque. Además, en la menor, había tres españoles que, al enterarse de la derrota de su gobernador en la *Trinidad* y de nuestra proyectada entrada en la *Guayana*, se habían marchado en esas *canoas*; uno de ellos era un *caballero*, como nos dijo más tarde el capitán de los *arwacas*; otro, un soldado; y el tercero, un refinador.

Minerales, oro

Desde luego, nada de este mundo, salvo el propio oro, podía haber sido mejor recibido que esa enorme cantidad de pan, de excelente calidad, encontrada en las *canoas*; porque ahora los hombres gritaban que querían continuar, cualquiera que fuese, la distancia que hubiera que recorrer. En cuanto el capitán *Gifford* hubo acercado las dos *canoas* a la galera, llevé mi bote con una docena de arcabuces hacia la orilla donde habían atracado. Después de desembarcar, envié al capitán *Gifford* y al capitán *Thyn* por un lado y al capitán *Calfield* por otro, para seguir a los que habían huido al bosque. Mientras caminaba por la maleza, vi escondida una cesta india que resultó ser del refinador, pues contenía azogue, nitro y otras sustancias que se emplean para analizar metales; y además, polvo de minerales ya analizados; pero en las *canoas* que escaparon había una gran cantidad de mineral y de oro. En seguida desembarqué más hombres y ofrecí 500 libras al soldado que capturara a uno de los tres españoles, pues creía que estaban escondidos con los otros. Pero en estos nuestros esfuerzos resultaron vanos; porque, mientras nos ocupábamos de las *canoas* gran-

des, ellos se habían embarcado y escapado en una de las pequeñas. Sin embargo, al buscar a los españoles, encontramos escondidos en el bosque a los *arwacas*, que eran sus pilotos y remeros. Me quedé con el jefe para piloto, con objeto de llevarle conmigo a la *Guayana*. Por éste supe dónde y en qué lugares los españoles habían buscado el oro; pero no difundí esta información a los demás, porque luego, cuando llegara la primavera, los ríos crecerían tan de repente, que no tendría posibilidad de entretenerme a excavar ninguna mina, sobre todo teniendo en cuenta que las más ricas están defendidas por rocas de piedra dura a la que llamamos *espato blanco*, y se requería tiempo, hombres y todo un equipo especial para esta clase de trabajo.

Por esto me pareció mejor no aguardar por allí, para que mi gente no sospechara nada pues, de haberse divulgado, ya muchos navíos y barcos estarían en camino y acaso otras naciones hubieran conseguido que algunos de mis hombres les sirviera como piloto. Esto nos hubiera impedido cualquier intento en el futuro y todos nuestros cuidados para mantener las buenas relaciones con los indígenas se habrían venido abajo, de llegar otras personas solamente interesadas por el provecho inmediato. Estas hubieran actuado con tal violencia y tiranía que las naciones vecinas habrían cambiado su deseo de trato amistoso y de acogerse a nuestra protección por una actitud de odio y violencia. Y en cuanto a que una estancia más larga hubiera reportado mayores beneficios (cosa que, según tengo entendido, me reprochan muy a menudo) puedo afirmar que cualesquiera que contemplase la furia de este río o luchase con ella, una vez empezada su crecida, y que estuviese durante un mes y días, como estuvimos nosotros, sin noticia de sus naves, escasamente protegidas y a unas 400 millas de distancia, seguramente regresaría aun antes de lo que lo hicimos nosotros, aunque todos los montes hubieran sido de oro o piedras preciosas. Y a decir verdad, todos los ramales y pequeños ríos que desembocan en el *Orinoco* crecían con tal rapidez que si los cruzábamos por la mañana con el agua sólo a la altura de los zapatos, al volver, el mismo día, nos llegaba por el hombro. El quedarse allí a extraer oro con las uñas hubiera sido un *opus laboris*, pero no *ingenii*. No hubiéramos podido sacar una cantidad suficiente para compensar nuestra expedición; pero el descubrimiento de las minas, entre infinitos sinsabores, estaba hecho, y esto constituía mayor provecho que el que resultaría de continuar la búsqueda prolongando nuestra estancia. Esas minas no pueden ser abiertas fácilmente ni con prisas; pero podía haber vuelto con una buena cantidad de oro ya trabajado si no hubiera tenido un propósito más elevado que el aprovechamiento ocasional.

Respeto a las mujeres

Este piloto *arwacan* y los otros temían que les comiéramos o que les diéramos cualquier clase de muerte cruel; porque los españoles, para evitar que la gente que vivía en las regiones de paso hacia la *Guayana* o en la *Guayana* misma hablaran con nosotros, le habían convencido que comíamos a los hombres, que éramos *canibals*. Pero una vez que los pobres hombres y mujeres nos vieron y recibieron de nosotros carne y obsequios para todos, cosas que eran para ellos raros y nuevos, empezaron a comprender el engaño y el motivo de esta actitud de los españoles, quienes, ciertamente (como lo confesaron), se apoderaban de sus mujeres y de sus hijas a diario para satisfacer su lujuria, sobre todo las que tomaban por la fuerza. Pero yo juro ante la majestad de Dios que no creo ni sé de nadie de nuestras gentes que haya conocido ninguna de esas mujeres, ni por la violencia ni de otra forma; y esto a pesar de haber visto a cientos de ellas y de haber tenido muchas en nuestro poder; y de que, incluso las más jóvenes y las mejor parecidas, se acercaban a nosotros sin engaño, totalmente desnudas.

Nada nos granjeó más su aprecio que esta forma de comportarnos con ellos: porque yo no permitía que ninguno de mis hombres cogiera ni una *piña* ni la raíz de una patata que fuera propiedad de aquellas gentes, sin antes satisfacerles con algo; ni tampoco, que ningún hombre intentara siquiera tocar a ninguna de sus mujeres o hijas. Esto, que, desde luego, era tan contrario al trato que recibían de los españoles (que les tiranizaban en todo), les hizo honrar a nuestra nación y admirar a Su Majestad, pues les dije que esas eran las órdenes que de ella traía. Pero confieso que era difícil tarea cuidar que los de peor condición no saquearan o robaran cuando llegaban a sus casas; y como era imposible evitarlo del todo, siempre, al marcharnos de cada sitio, ordenaba a mi intérprete indio que se enterase de cualquier pérdida o mal causados por mis hombres. Y si cualquier cosa había sido robada o tomada por la violencia, era devuelta, y el culpable, castigado ante su vista; o se pagaba lo que ellos juzgaban justo. También se asombraron cuando se enteraron de que habíamos matado a los españoles de *Trinidad*; porque estaban convencidos de que ninguna nación de cristianos se atrevía con ellos; y se maravillaron más aun cuando les relaté las grandes derrotas sufridas por los españoles en su propio país a manos de los ejércitos y de la marina de Su Majestad durante los últimos años.

Después de coger todo el pan y varias cestas llenas de raíces que tenían una carne excelente, di a los *arwacas* una de las *canoas* de los españoles huidos y despedí a todos, menos al capitán (bautizado *Martín* por los españoles). Devolví en la misma *canoa* al viejo *ciawan* y a *Ferdinando*, mi primer piloto, regalándoles todo lo que quisieron y bastante comida para el viaje de vuelta. Les confié una carta para que la llevaran a mis naves, que ellos prometieron entregar; y así lo hicieron. Entonces seguí viaje con *Martín* el *arwacan*, el piloto recién contratado. Al día siguiente o al otro la galera volvió a embarrancar y faltó poco para que tuviéramos que abandonarla con toda la comida y provisiones. Se quedó en la arena toda una noche y temimos que todas nuestras esperanzas acabaran en desgracia. La situación era mucho más desesperada esta vez que la anterior, porque no teníamos a nuestro favor la marea; pero la atamos a un ancla colocada en la orilla y con grandes esfuerzos logramos ponerla a flote. A los quince días, con gran alegría nuestra, descubrimos a lo lejos las montañas de la *Guayana*; y hacia el atardecer, gracias a un viento del norte que sopló muy fuerte, avistamos el gran río Orinoco, del que partía el nuestro.

Al avistar a lo lejos lo que parecían ser tres *canoas*, fuimos tras ellas con la barca y los chinchorros de remos a toda prisa; pero dos de ellas se perdieron de vista, y la tercera remontó el gran río a mano derecha, hacia el oeste, y se escondió allí, pues debieron pensar sus tripulantes que nosotros tomaríamos la vía del este, hacia la provincia de *Carapana*, camino usado por los españoles, que no se atrevían a ir a la *Guayana* río arriba, donde todas las gentes de esos lugares les eran hostiles, y los de las canoas creyeron que éramos españoles de los huidos de *Trinidad*, escapados de la matanza. Cuando llegamos a la boca del ramal por donde se habían metido, y una vez que estuvimos cerca de ellos con la barca y los botes de remos, les seguimos; y, antes de que pudieran atracar, les llamamos. Por el intérprete les dijimos quiénes éramos, con lo cual volvieron gustosos al lugar donde nos hallábamos. Nos dieron pescado y huevos de *tortuga* que habían cogido y prometieron volver, por la mañana, con el jefe de esa parte y hacernos cualquier servicio que estuviera en su mano.

Aquella noche anclamos en la unión de tres grandes ríos (uno, el *Amana*, por el que habíamos llegado desde el norte, que corría derecho hacia el sur; los otros dos eran brazos del *Orinoco* que cruzaban aquellas tierras desde el oeste, y corrían hacia el este, al mar) y desembarcamos en una playa donde encontramos miles de huevos de *tortuga* de un sabor

muy agradable y de un gran valor nutritivo; así que, nuestros hombres, una vez llenos los estómagos, quedaron muy satisfechos, tanto por la comida como por la proximidad de la *Guayana*, que ya estaba a la vista.

Brindis en la selva

Por la mañana, tal como lo habían prometido, el jefe de aquella tierra fronteriza llamado *Toparimarca*, bajó con unos treinta o cuarenta de los suyos, trayendo muchas clases de fruta, vino, pan, pescado y carne. Nosotros también le festejamos como pudimos: por lo menos bebió un buen vino español (teníamos una pequeña reserva de botellas), que era lo que más le gustaba. Consulté con *Toparimarca* sobre el camino más próximo para ir a la *Guayana*, mientras guiaba nuestra galera y los botes a su propio puerto. Desde él, nos llevó a su pueblo, distante una milla y media. Allí algunos de nuestros capitanes se pusieron bastante alegres con el vino local, que es muy fuerte. Lleva pimienta y zumos mezclados y depurados de diversos hierbajos y frutas; y lo guardan en grandes tinajas de barro de diez o doce galones, las cuales lo conservan limpio y fresco. Estas gentes son los más grandes bebedores del mundo en sus reuniones y fiestas.

Al llegar al pueblo encontramos a dos *cassiques*: uno de ellos, que no era del lugar, sino que había estado río arriba comerciando y tenía sus botes y a su gente y mujer en el puerto donde estábamos anclados; el otro, de la gente de *Toparimarca*, era del país. Estaban echados en *hamacas* de algodón, a las que nosotros llamamos camas brasileñas, y con ellos había dos mujeres que llenaban seis tazas del vino contenido en una jarra de barro con un pequeño cazo. Bebían tres tazas cada vez, una tras otra, que así es como beben y se emborrachan en sus reuniones y fiestas. El *cassique* de fuera tenía a su mujer aguardándole en el puerto donde estábamos anclados, y pocas veces en mi vida he visto una mujer más hermosa. Era de buena estatura, de ojos negros, rellena de cuerpo y de bellas facciones, y tenía un pelo casi tan largo como ella, el cual llevaba recogido con bonitos lazos. Parecía que, al contrario de las demás mujeres, no temía a su marido, pues conversaba y bebía con los caballeros amablemente, dándose cuenta de su belleza y mostrándose orgullosa de ella. Conozco a una dama en Inglaterra tan parecida a aquella que, si no fuera por la diferencia de color, hubiera jurado que era la misma.

La situación del pueblo de *Toparimarca* es muy agradable. Está asentado sobre una colina que tiene excelentes vistas. Hay grandes jardines en una milla a la redonda y, además, dos grandes lagos, de

agua clara, y excelente pescado junto a él. Se llama *Arowacai*. Sus gentes pertenecen a la nación llamada de los *nepoios* y son súbditos de *Carapana*. En aquel lugar vi gente tan anciana que se distinguían todos sus tendones y venas, sin el menor asomo de carne. Parecían armazones de huesos cubiertos sólo con la piel.

El señor de este lugar me dio para piloto a un viejo de gran experiencia que había viajado mucho y conocía el río perfectamente, lo mismo de día que de noche. Un piloto así es indispensable para cualquiera que pretenda navegar por este río, que tiene 4, 5 o 6 millas de ancho en muchos sitios y hasta 20 en otros; que tiene terribles remolinos, fuertes corrientes, muchas islas grandes y bancos de arena y rocas peligrosas y que, además, al menor soplo del viento, se encrespa formando un oleaje tan enorme que en ocasiones corrimos el peligro de hundirnos con la galera, mientras que los botes pequeños no podían alejarse de la orilla, excepto cuando había muy buen tiempo.

El mejor lugar desde donde invadir

Al día siguiente nos marchamos rápidamente y, como teníamos el viento de levante a nuestro favor, los brazos pudieron descansar de la tarea de remar; porque el *Orinoco* en el que habíamos entrado, sigue la dirección este-oeste en su mayor parte, desde el mar hasta Quito, en el *Perú*. El río es navegable para barcos grandes durante casi 1.000 millas; y desde el lugar por donde nosotros entramos se puede ir río arriba en pinazas pequeñas a muchas de las mejores regiones del *Nuevo reino de Granada* y *de Popayán*; y desde ningún otro sitio es tan fácil invadir y tomar las ciudades de estas zonas de las Indias como desde aquí.

Durante todo aquel día navegamos por un ramal del río, teniendo a la izquierda una gran isla, de unas 25 millas de largo por 6 de ancho, llamada *Assapana*. El cauce principal del río está al otro lado de ella. Más allá del brazo central hay otra isla en el río llamada *Iana*, que es dos veces la isla de Wight o quizá más. Entre esta isla y la tierra firme de la *Guayana* hay un tercer ramal del *Orinoco* llamado *Arraroopana*. Los tres ramales son anchos y navegables para barcos grandes. Calculo que el río en esta zona, incluyendo las islas comprendidas entre sus brazos, tiene por lo menos 30 millas; lo que puedo afirmar porque más adelante exploré los otros dos brazos.

JUAN RODRÍGUEZ FREYLE

LOS REYES GUATAVITA Y BOGOTÁ

Nacido y muerto en Santa Fe de Bogotá (1566-1642) es conocido y valorado por su libro El Carnero, conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada en las Indias Occidentales del Mar Océano y fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá... *editado sólo mucho más tarde, en 1859. Se trata de un conjunto de crónicas históricas llenas de escándalos, recuento imaginativo de los más variados entretelones del mundo bogotano, crispeante, incrédulo, malicioso, antifeminista, clerical e incoherente por su despreocupación narrativa, va mostrando con acertado brillo las estampas localistas meritorias como su ficción imborrable. El Dorado también aparece dentro de la conquista de los llanos, recordando al cacique Guatavita o volviendo a repetir sobre aquel nombre con su cuerpo dorado que navegaba en una balsa para cumplir con la tradición ritual del pasado.*

EN TODO LO descubierto de estas Indias Occidentales o Nuevo Mundo, ni entre sus naturales, naciones y moradores, no se ha hallado ninguno que supiese leer ni escribir, ni aún tuviese letras, falta el método historial; y faltando esto, de donde se puede decir, que donde faltan letras, falta el método historial, y faltando esto falta la memoria de lo pasado. Si no es que por relaciones pase la noticia de unos a otros, hace la conclusión a mi propósito para probar mi intento.

Reino con leyes

Entre dos cabezas o príncipes estuvo la monarquía de este reino (si se me permite darle este nombre): Guatavita, en la jurisdicción de Santa Fe, y Ramiriquí en la jurisdicción de Tunja. Llámolos príncipes, porque eran conocidos por estos nombres, porque en diciendo Guatavita era lo propio que decirse el rey, aquello para los naturales, lo otro para los españoles; y la misma razón corría en el Ramiriquí, de Tunja. Entendida esta razón, primero hago la derivación por qué en estas dos cabezas principales había otras con título de caciques, que hoy conservan y es lo más común, unos con sobrenombre de ubzaques a quien pertenece el nombre de duques; otros se llaman gicuaes, que es lo propio que decimos condes o marqueses; y los unos y otros muy respetados de sus vasallos, y con igual jurisdicción en administrar justicia, en cuanto con su entendimiento lo alcanzaban, aunque el hurto fue siempre castigado por ellos y otros de estos, que adelante trataré algo de ellos.

Guatavita, que, como tengo dicho, era el rey, no tenía más de una ley de justicia, y ésta escrita con sangre como las de Dracón, porque el delito que se cometía se pagaba con muerte, en tanto grado, que si dentro de su palacio o cercado algún indio ponía los ojos con afición en alguna de sus mujeres, que tenía muchas, al punto, sin más información, el indio y la india, al punto y en aquel día, morían por ello.

Tenían a sus vasallos tan sujetos, que si alguno quería cobijarse alguna manta diferente de los demás, no lo podía hacer sin licencia de su señor y pagándolo muy bien, y que el propio señor se la había de cobijar. Discurra el curioso en los trajes presentes, si se guardara esta ley, dónde iríamos a parar. Pasaba más adelante esta sujeción: que ningún indio pudiese matar venado ni comerlo sin licencia de su señor; y era esto con tanto rigor, que aunque los venados que había en aquellos tiempos eran tan abundantes, que andaban en manadas como si fueran ovejas, y les comían sus labranzas y sustentos, no tenían ellos licencia de matarlos y comerlos, si no se le daban sus caciques. En ser lujuriosos y tener muchas mujeres y cometer tantos incestos, sin reservar hijas y madres, en conclusión bárbaros, sin ley ni conocimiento de Dios, porque sólo adoraban al demonio y a éste tenían por maestro, de donde se podía muy claro conocer qué tales serían los discípulos.

Volviendo en quien dejé en silencio, digo que tenía por su teniente y capitán general, para lo tocante a la guerra, a Bogotá, con título de cacique ubzaque, el cual, siempre que se ofrecía alguna guerra con panches o culimas, sus vecinos, acudía a ella por razón de su oficio.

Paréceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta, que de dónde supe estas antigüedades; pues tengo dicho que entre estos naturales no hubo quien escribiera, ni cronistas. Respondo presto por no detenerme en esto, que nací en esta ciudad de Santafé, y al tiempo que escribo esto me hallo con edad de setenta años, que los cumplo la noche que estoy escribiendo este capítulo, que son los veinticinco de abril y día de San Marcos del dicho año de seiscientos treinta y tres. Mis padres fueron de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino. Entre los muchos amigos que tuve fue uno don Juan, cacique y señor de Guatavita, sobrino de aquél que hallaron los conquistadores en la silla al tiempo que conquistaron este Reino; el cual sucedió luego a su tío y me contó estas antigüedades y las siguientes.

Ritos de sucesión

Díjome que al tiempo que los españoles entraron por Vélez al

descubrimiento de este Reino y su conquista, él estaba en el ayuno para la sucesión del señorío de su tío; porque entre ellos heredaban los sobrinos, hijos de hermana, y se guarda esta costumbre hasta hoy día; y que cuando entró en este ayuno ya él conocía mujer; el cual ayuno y ceremonia eran como se sigue.

Era costumbre entre los naturales que el que había de ser sucesor y heredero del señorío o cacicazgo de su tío, a quien heredaban, había de ayunar seis años, metido en una cueva que tenían dedicada y señalada para esto, y que todo este tiempo no había de tener parte con mujer, ni comer sal, ni ají, ni otras cosas que les vedaban; y entre ellas que durante el ayuno no habían de ver el sol; sólo de noche tenían licencia para salir de la cueva y ver la luna y estrellas y recogerse antes que el sol los viese; y, cumplido este ayuno y ceremonias, le metían en posesión del cacicazgo y señorío, y la primera jornada que había de hacer era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio que tenían por su dios y señor. La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hiciese una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos en que desde luego quemaban mucho moque, que es el sahumerio de estos naturales, y trementina con otros diversos perfumes, y estaba a este trance toda la laguna en redondo, con ser muy grande y hondable, de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, la cual estaba toda coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chagualas y coronas de oro, con infinitos fuegos a la redonda, que luego en la balsa comenzaba el sahumerio, lo encendían en tierra, de tal manera que el humo impedía la luz del día.

Indio dorado

A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y espolvoriaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos, muy aderezados de plumería, coronas de oro, brazales, y chagualas y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento. Partiendo la balsa de tierra, comenzaban los instrumentos, cornetas, fotutos y otros instrumentos, y con esto una gran vocería que atronaban montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna,

de donde, con una bandera se hacía señal para el silencio. Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro, que llevaba a los pies, en el medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él y le acompañaban hacían lo propio, lo cual acabado abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra comenzaba la grita, gaitas y fotutos, con muy largos corros de bailes y danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe.

De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado de El Dorado, que tantas vidas y haciendas ha costado. En el Perú fue donde sonó primero este nombre Dorado; y fue el caso que habiendo ganado a Quito don Sebastián de Benalcázar, y andando en aquellas guerras o conquistas, topó con un indio de este Reino de los de Bogotá, el cual le dijo que cuando querían en su tierra hacer su rey, lo llevaban a una laguna, y allí lo doraban todo, o le cubrían todo y con muchas fiestas lo hacían rey. De aquí vino a decir el don Sebastián: "vamos a buscar este indio dorado". De aquí corrió la voz a Castilla y las demás partes de Indias, y a Benalcázar le movió a venirlo a buscar, como vino, y se halló en esta conquista y fundación de esta ciudad, como más largo lo cuenta el padre fray Pedro Simón en la cuarta parte de sus *Noticias historiales*, donde se podrá ver; y con esto vamos a las guerras civiles de este Reino, que había entre los naturales, y de dónde se originaron, lo cual diré con la brevedad posible, porque me dan voces los conquistadores de él, en ver que los dejé en las lomas de Vélez, guiados por el indio que llevaba los dos panes de sal, a donde podrán descansar un poco mientras cuento la guerra que hubo entre Guatavita y Bogotá, que pasó como se verá en el siguiente capítulo.

Lugares de culto

Tenían señalados cinco altares y puestos de devoción, el que mejor cuadraba, muy distintos y apartados los unos de los otros, los cuales son los siguientes:

1º El primero era la laguna grande de Guatavita, a donde coronaban y elegían sus reyes, habiendo hecho primero aquel ayuno de los seis años, con las abstinencias referidas, y éste era el mayor y de más adoración, ya donde habiendo llegado a él se hacían las mayores borracheras, ritos y ceremonias.

2º El segundo altar, era la laguna de Guasca, que hoy llamamos de Martos, porque intentó sacarle el santuario y tesoro grande que

decían tenía; codicia con que le hicieron gastar hartos dineros; y no fue él solo el porfiado, que otros compañeros tuvo después.

3º El tercer altar era la laguna de Siecha, que fue la que tocó a Bogotá comenzar desde ella a correr la tierra, y a donde mandó que en sus laderas quedase el escuadrón reforzado para la defensa de su persona, y a donde se recogió la noche de la matanza de la gente de Guatavita.

4º El cuarto altar y puesto de devoción era la laguna de Teusacá, que también tiene gran tesoro, según fama, porque se decía tenía dos caimanes de oro sin otras joyas y cintillos, y hubo muchos golosos que le dieron tiento, pero es hondable y de muchas peñas; yo confieso mi pecado, que entré en esta letanía con codicia de pescar uno de los caimanes, y sucedióme que habiéndole galanteado muy bien a un jeque, que lo había sido de este santuario, me llevó a él, y así que descubrimos la laguna y que vio el agua cayó de bruces en el suelo y nunca lo pude alzar de él, ni que me hablase más palabra. Allí lo dejé y me volví sin nada y con pérdida de lo gastado, que nunca más lo vi.

5º El quinto puesto, y altar de devoción era la laguna de Ubaque, que hoy llaman la de Carriega, que según fama le costó la vida al querer sacar el oro que dicen tiene, y el día de hoy tiene opositores. Gran golosina es el oro y la plata, pues niños y viejos andan tras ella, y no se ven hartos.

Desde la laguna de Guatavita, que era la primera y el primer santuario y lugar de adoración, hasta esta de Ubaque, y era el principio o donde se comenzaba a correr la tierra, en cuya estación eran los bienes comunes; y la mayor prevención era que hubiese mucha chicha que beber para las borracheras que hacían de noche, y en ellas infinitas ofensas a Dios Nuestro Señor, que las callo por la honestidad; sólo digo que el que más ofensas cometía ese era el más santo, teniendo para ellas por maestro al demonio.

Grandes fiestas

Coronaban los montes y altas cumbres la infinita gente que corría la tierra, encontrándose los unos con los otros, porque los que salían del valle de Ubaque y toda aquella tierra con la gente de la sabana grande de Bogotá comenzaban la estación desde la laguna de Ubaque. La gente de Guatavita y toda la demás de aquellos valles, y los que venían de la jurisdicción de Tunja, vasallos de Ramiriquí, la comenzaban desde la laguna grande de Guatavita, por manera que estos santuarios los habían de visitar dos veces.

Solía durar la fuerza de esa fiesta veinte días o más, conforme el

tiempo daba lugar, con grandes ritos y ceremonias; y en particular tenían uno de donde le venía al demonio sus granjerías, demás de que todo lo que se hacía era en su servicio. Había, como tengo dicho, en este término de tierra que se corría, otros muchos santuarios y enterramientos, pues era el caso que en descubriendo los corredores el cerro donde había santuario, partían con gran velocidad a él, cada uno por ser el primero y ganar la corona que se daba por premio, y ser tenido por más santo; y en las guerras y peleas que después tenían, el escuadrón que llevaba uno de estos coronados era como si llevara consigo la victoria.

Aquí era a donde por llegar primero al cerro del santuario ponían todas sus fuerzas, y a donde se ahogaban y morían muchos de cansados, y si no morían luego, aquella noche siguiente, en las grandes borracheras que hacían, con el mucho beber y cansancio, al otro día amanecían muertos. Quedaban enterrados por aquellas cuevas de aquellos peñascos, poniéndoles ídolos, oro y mantas, y los respetaban como santos mártires, habiéndose llevado al demonio las almas.

En los últimos días de estas fiestas, y que ya se tenía noticia que toda la gente había corrido la tierra, se juntaban los caciques y capitanes y toda la gente principal en la gran laguna de Guatavita, en donde por tres días se hacían grandes borracheras, se quemaba mucho moque y trementina de día y de noche, y el tercer día en muy grandes balsas bien adornadas, y con todo el oro y cintillos que tenían para esto, con grandes músicas de gaitas y fotutos, sonajas y grandes fuegos y gentío que había en contorno de la laguna, llegaban al medio de ella, donde hacían su ofrecimiento, y con ello se acababa la ceremonia de correr la tierra volviéndose a sus casas.

Con lo cual podrá el lector quitar el dedo de donde lo puso, pues ya habrá entendido bien la ceremonia.

Grandes riquezas

En todas estas lagunas fue siempre fama que había mucho oro y que particularmente en la de Guatavita, donde había un gran tesoro; y a esta fama Antonio de Sepúlveda capituló con la Majestad de Felipe II desaguar la laguna, y poniéndole en efecto le dio el primer desaguadero como se ve en ella el día de hoy; y dijo que de sólo las orillas de lo que había desaguado, se había sacado más de doce mil pesos. Mucho tiempo después siguió queriéndole dar otro desagüe, y no pudo, y al fin murió pobre y cansado. Yo le conocí bien y lo traté mucho, y lo ayudé a enterrar en la iglesia de Guatavita.

FRAY PEDRO SIMÓN

EL DESENGAÑO DE EL DORADO

Simón (1574 - ¿?) nació en San Lorenzo de la Parrilla (España) y murió en el Nuevo Reino de Granada. Sacerdote franciscano, cronista e historiador de Venezuela. Es autor de las Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales, *donde reconstruye los sucesos históricos, las figuras, los hechos y las extensas tierras que conformaban la Nueva Granada y Venezuela. No escapará al mito doradista recordándonos que "a las conquistas de estas Guayanas movió los ánimos las valientes noticias de la gran laguna de Manoa en la cual, según algunos dicen, entraba a sacrificar aquel cacique todo planchado de oro. Por donde vino a nombrarse la provincia de El Dorado, aunque yo por más cierto tengo, si es que la hubo, que fue en la laguna de Guatavita".*

LA OCASIÓN que hemos llegado con nuestra historia no la da para que, sin pasar de aquí, demos noticia de los principios que tuvo este nombre de la provincia de El Dorado, por haberlos tenido en este Reino Nuevo de Granada; la verdad que hay en ello es hija legítima de esta historia, aunque el nombre se le puso en la ciudad de San Francisco de Quito, en los reinos del Perú, desde donde ha volado por tantas partes; pienso que hay pocas, aunque sean remotas, no sólo en este Nuevo Mundo, sino aún en todas las otras tres partes de él, por donde no esté extendido este nombre y la noticia de las provincias de El Dorado; mucho de ello se ha perdido y desbordado, casas, hacienda y vidas, no habiéndose perdonado nada de esto en los descubrimientos que se han intentado de las tierras que publica esta fama, fingiéndolas cada uno donde quiere y poniendo la proa de sus diligencias para donde la gobiernan sus pensamientos, sin más luz que unas ciegas relaciones que algunos dan sin bastante fundamento, si bien es verdad que todas las enderezan hacia el corazón y las entrañas de esta Tierra Firme, que sólo está habitada de españoles en las riberas del mar de que está cercada, porque lo está por una parte de él del [mar del] Norte; por otra parte, del mar de Etiopía; por otra, del estrecho general de Magallanes, y por la otra, del mar del Sur, de donde corre y vacía en el mar del Norte por las Bocas del Drago, el famoso río Orinoco, por cuyas feroces aguas suele meterse el ánimo y brío español (...).

¿Por dónde está?

Lo hizo don Diego de Ordaz y don Pedro da Silva y otros mu-

chos. Porque desde las márgenes de este río, subiendo por él a mano derecha hasta las del río Papamene y bajando por las provincias del Caguán, que están en las espaldas de este Nuevo Reino y entrando en el mismo Orinoco cerca de sus bocas, llegan noticias de que está El Dorado, en cuya demanda se han puesto en ejecución grandes y costosas jornadas, trasegando mares, ríos y lagunas, trastornando tierras y provincias de dificultosísimos caminos, enfermos, estalajes y habitaciones, sin haber surtido otro efecto que pérdidas de haciendas; a la fama de este nombre campanudo de El Dorado no han reparado en dejar sus tierras en los reinos de España y venir a buscar su perdición y total ruina. Son buenos testigos los lastimosos fines que han tenido cuantos han intentado estos caminos y entradas, sin que haya habido uno de muchos que se han puesto a ello que le haya sucedido otra cosa que calamidades sin un día de descanso; no deja de ser ocasión de espanto ver que todos los que intentan esto corren igual fortuna de desgracias.

La verdad nos desempeñan los sucesos referidos en la primera parte de la jornada de don Diego de Ordaz por el Orinoco, la del capitán Antonio de Berrío, de este Reino y la del capitán Domingo de Vera, cuyos fines han sido lastimosas tragedias, celebradas con tristes y mal enjugadas lágrimas que duran hoy.

Origen de la leyenda

El fundamento, pues de donde se han levantado estas polvaredas de El Dorado fue de esta suerte: recién poblada la ciudad de San Francisco de Quito por el capitán Sebastián de Benalcázar en el año de mil quinientos treinta y cuatro... siendo adelantado del Perú don Francisco de Pizarro y su teniente general Benalcázar, este capitán, andando con cuidado, inquiriendo por todos los caminos que podía, sin olvidar todas las tierras y provincias que pudiesen tener noticias, entre los demás indios con que se andaba informando las tuvo de que había allí en la ciudad un forastero. Y preguntándole por su tierra, dijo: "Que se llamaba Muequetá y su cacique Bogotá"; es, como hemos dicho, el Nuevo Reino de Granada que los españoles llaman Bogotá. Y preguntándole si en su tierra había de aquel metal que le mostraban, que era oro, respondió ser mucha la cantidad que había, y esmeraldas que él nombraba en su lenguaje piedras verdes, y añadía que había una laguna en la tierra de su cacique donde él entraba algunas veces al año en unas balsas bien hechas, yendo en cueros pero con todo el cuerpo lleno, desde la cabeza hasta los pies y manos, de

una trementina muy pegajosa y sobre ella echado mucho oro en polvo fino. De suerte que, cuajada de oro, toda aquella trementina se hacía una capa o segundo pellejo de oro que, dándole el sol por la mañana cuando se hacía este sacrificio y ofrendas, arrojando al agua algunas piezas de oro y esmeraldas con ciertas palabras que decía y, haciéndose lavar con ciertas yerbas como jabón todo el cuerpo, caía todo el oro que traía a cuestas en el agua, con lo que se acababa el sacrificio y se salía de la laguna y vestía sus mantas.

Fue esta nueva tan a propósito de lo que deseaba Benalcázar y sus soldados, que estaban cebados para mayores descubrimientos que los que iban haciendo en el Perú, que se determinaron hacer esto de que daba noticia el indio. Y confiriendo entre ellos qué nombre le darían para entenderse y diferenciar aquella provincia de las demás de sus conquistas, determinaron llamarle la Provincia de El Dorado, que fue como decir: llámase aquella provincia donde va a ofrecer sus sacrificios aquel hombre o cacique con el cuerpo dorado.

Esta es la raíz y tronco de donde han salido por el mundo las extendidas ramas de la fama de El Dorado, y de esta suerte irlos multiplicando hasta lo que quisiesen.

Pero para que sepa el lector del fundamento que el indio tuvo para decir lo que dijo de esta su tierra de Bogotá, habré de hacer aquí una forzosa digresión en que se dirá dónde y cómo se hacía aquel ofrecimiento de El Dorado.

Pues para que mejor se entienda la que aquí hay, digo que entre las demás supersticiones que tenían los indios de este Nuevo Reino al ofrecer sacrificios a sus fingidos y falsos dioses, entre los cuales ponían en primer lugar al sol, era ofrecerles sacrificios en las aguas, no porque tuviesen a las aguas por dioses, sino porque el demonio, de quien eran las trazas por donde estos miserables se gobernaban, se las tenía dadas para que lo honrasen a él en las aguas, queriendo con su depravada voluntad igualarse con eso a Dios que tanto se da por honrado y servido en las aguas, como lo dio a entender luego a los primeros pasos de la creación del mundo, cuando el Espíritu del Señor andaba sobre las aguas, y que también quiere que le bendigan todas las aguas del bautismo, ordenando que ellas fuesen instrumentos con quien saliesen las almas del poder del demonio y se escribiesen y alistasen bajo la bandera de Cristo, por la gracia que allí reciben.

Culto en la laguna de Guatavita

Así determinado por el demonio y obedecido por ellos, hacían

estas ofrendas, no en cualquiera aguas, sino en aquellas que parecía había alguna particular razón por ser extraordinario su sitio, asiento y disposición, como en partes extraordinarias de ríos, como lo hacían en una parte peñascosa del Bosa, cuando pasa por cerca de un cerro que llaman del Tabaco, dos leguas y media de esta ciudad de Santa Fe, en lagunas de sitios y puestos peregrinos, como se hacía en una cuesta que está cerca de este paso del río, en mitad de tierra que hay desde él al pueblo de Suacha. Llaman a este puerto Bochachío. Pero entre todas estas partes, el más frecuentado y famoso adoratorio fue la laguna que llaman de Guatavita, que está a una legua, poco más, del pueblo así llamado, de quien ya dejamos dicho algo.

Esta laguna tiene mil razones de las que los indios buscaban, y el demonio pedía para hacer en ellas sus ofrecimientos, porque está en la cumbre de unos muy altos cerros en la parte del norte del pueblo.

Proviene de unas fuentezuelas o manantiales que salen de lo alto del cerro que la sobrepuja, que manaron por todos lados como un brazo de agua, que es el que de ordinario sale de la laguna poco más allá aunque puede ser que tenga otros manantiales dentro del agua, aunque no se ha podido saber por ser tan profundo. La cual no tiene de ancho en redondo aunque un poco aovada, más de un tiro largo de piedra. A la redonda subirá por partes del cerro desde el agua lo más alto, porque no están parejas las cumbres, cubiertas de algunos árboles bajos como los consiente la frialdad del páramo; donde están cerca sus riberas de sus aguas claras, aunque no gustosas, su sabor es un poco de agua de bomba.

Aquí pues, como en lugar acomodado de los que el demonio pedía, se solían hacer algunos ofrecimientos con el modo que él les tenía ordenado, el cual se solía aparecer en las mismas aguas en figura de un dragoncillo o culebra grande, y en apareciendo, le habían de ofrecer oro o esmeraldas, para lo cual estaban con vigilancia los jeques aguardando en unas chozuelas a la vera del agua.

... Luego comenzaron a tener fuerza los sacrificios que se hacían en la laguna, yendo con ellos allí en todas sus necesidades, pareciéndoles a los vasallos de Gáutavita que se las remediaría. Y lo mismo hacían los que no lo eran, a quien había llegado esta fama que fue por largas tierras, viniendo de todas con sus poblaciones a la laguna. Y así había muchas carreras o caminos anchos que estos indios usaban para ir a sus santuarios que llegaban a la laguna, y cada pueblo tenía y conocía el suyo que guiaba desde aquella parte por donde venían, como el de Tunja o Chocontá, Ubaté, Bogotá, etc., por donde entraban a hacer sus sacrificios que venían hechos desde media legua antes

de llegar a la laguna, como los hallaron los españoles y aun hoy se conocen.

Una demonia desnuda

Los sacrificios se hacían por medio de los jeques. El demonio, viendo lo bien que le había salido la traza, para asegurarlos más en aquellas vanas supersticiones, se aparecía de cuando en cuando sobre las aguas de la laguna en figura, gesto y talle de la cacica –(la esposa adúltera de Guatavita que se sacrificó ahogándose en la laguna confirmando su culpa)– desnuda de medio para arriba y de allí para abajo ceñida de una manta de algodón colorada, y diciendo algunas cosas que habían de suceder de las que dependen disposiciones y causas naturales que él también conoce, como que había de haber secas, hambres, enfermedades, muertes de tal y tal cacique que estaba enfermo.

Desaparecióse cuando los miserables, persuadidos de que la cacica era tan poderosa como para evitar o quitar por su mano aquello que había dicho y veían que sucedía, por lo que no perdonaban el buen oro, joyas, esmeraldas, comidas y otras cosas que no ofreciesen en todas sus necesidades. Usando de esta ceremonia en el ofrecimiento, tomaban dos cuerdas que pudiesen atravesar la laguna por el medio y cruzándolas de una parte a otra en la cruz que hacía, se venía a conocer el medio o centro de la laguna adonde iban los jeques y la persona que hacía el ofrecimiento en unas balsas, que son de haces de eneas o espadañas secas juntos y atados unos con otros, o de palos con que se hace un modo de barca donde pueden ir tres o cuatro o más personas, según son de anchas y largas, con que también se pasan los ríos donde no hay puentes. Con éstas, pues, llegaban al medio de las aguas de laguna y allí, con ciertas palabras y ceremonias, echaban en ella las ofrendas menores o mayores, según la necesidad para que se hacía y la posible del que la hacía, viniendo a ser algunas de tanto valor como hemos dicho...

Según hacía el cacique Guatavita dorándose el cuerpo. Por donde vino a decir el indio de la ciudad de Quito lo que dijo, y los españoles a ponerle a esta provincia el nombre de El Dorado.

Se guarda el oro en la laguna

Como esta laguna era su principal santuario y común de toda la tierra, y aunque hay quien diga haber sido en tierra de algunos caciques, mandando, cuando morían, echar en aquellas aguas sus cuer-

pos con sus riquezas, cuando se fue divulgando que entraban unos hombres barbudos y buscaban con cuidado el oro entre los indios, sacaron mucho de que tenían guardado, llevándoselo y ofreciéndolo en la laguna o rogando con aquel sacrificio que les librase la cacica de aquellos hombres que entraban en sus tierras como las demás plagas que les solían venir, queriendo más tenerlo ofrecido en su santuario que en sus casas por peligro de que lo hubiesen a mano los españoles.

Hicieron esto algunos en tanta cantidad de oro que sólo el cacique del pueblo de Simijaca echó en esta laguna, como se verificó por ellos mismos y por el cacique, sobrino y sucesor en el cacicazgo del que lo envió con los indios a llevar y lanzar en la laguna cuando menos cuarenta quintales de oro fino.

Tomóse motivo para averiguar esta verdad de que el encomendero del pueblo, que es el capitán Gonzalo de León Venero, persuadiendo al cacique que se llamaba don Alonso, le mostrara algunos santuarios, pues era mejor servirse del oro que tenerlo en ellos sin provecho ofrecido al demonio. Le respondió el indio de amistad y con secreto que, si desaguaba la laguna de Guatavita, sacaría infinitas riquezas, porque su tío solo había enviado las cargas de oro referidas, de lo que se hizo averiguación ser así y haber hecho otros muchos lo mismo, unos con más, otros con menos.

La vanidad de El Dorado

Fue poco el contento con que quedaron el Felipe de Utre y sus soldados en haber dado vista a estas provincias de los omeguas, pareciéndoles con eso haberla dado a las de El Dorado, en cuya demanda habían salido. Y si les preguntáramos cómo sabían que era aquella la provincia de El Dorado, fue sin duda el hallarse atajados y confusos, sin saber sacar a luz una razón que convenciera a lo que decía.

En especial, habiendo sido de tan poca advertencia, que no la tuvieron de haber algunos indios a las manos, pues pudieron de aquellos omeguas, de quienes se informaran más por extenso que lo estaban de sus vecinos, de las calidades de la tierra, sus riquezas y minerales, sus animales y aves, temple y disposición del país, sus tratos y otras cosas comunes al modo de vivir de los hombres. Y en especial, si había algún señor que, desnudo y dorado el cuerpo, entrase en alguna laguna a hacer sacrificio, que fue el fundamento (como dejamos dicho) por donde se puso este nombre de El Dorado. Sino que, contentándose sólo con haber saludado desde los umbrales aquellas provincias, con los lances y muertes que pudieron dar a sus naturales en la

guazábara, quedaron contentos, sin informarse de otra cosa, pareciéndoles habían salido con una que ningunos otros habían podido, aunque lo habían intentado.

De donde se ve cuánta vanidad es salir a estas conquistas a buscar provincias con título y nombre de El Dorado. Pues así como estos soldados decían que la habían hallado, habiendo hallado ésta de los omeguas, lo mismo dijera Jiménez de Quesada sí, cuando salió del Reino a buscar otras nuevas tierras, las hubiera hallado ricas, diciendo que aquél era El Dorado. Y lo mismo su hermano el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, cuando salió de esta ciudad de Santafé a descubrir con ese mismo título; que ambos, por no haber hallado cosa de provecho, volvieron diciendo no haber encontrado la provincia del hombre Dorado.

Lo mismo podremos decir de las jornadas de don Pedro de Silva, de Diego Hernández de Serpa, de Domingo de Vera y otros que han salido de este Nuevo Reino con el mismo título. Que si cada cual hubiera hallado provincias ricas en descubrimiento, aunque lo hacían en diferentísimas partes, cada uno dijera que él había hallado El Dorado, sin reparar en si aquella con quien había encontrado entraba algún hombre a sacrificar en alguna laguna desnudo y todo el cuerpo dorado.

Donde se echa de ver cosa sin fundamento la de aquellos que pretenden conquistas a título de ir a buscar El Dorado, pues a ninguna parte que vayan se le pude dar otro nombre sino que van a hacer nuevas conquistas, en que deben estar advertidos los que dan licencias para esto, si no quieren verse engañados a tiempo que ya no se puede remediar, estando ya gastada la hacienda Real. Como sucedió en la jornada de Domingo de Vera, que le costó tanto aquella sola, como le ha costado todo el resto de las Indias, y todo fue sin provecho, como diremos.

JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

FELIPE DE UTRE EN POS DE EL DORADO

Nació en Bogotá (1671) y murió en Caracas (1738). Historiador, redactó una Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela *(1723), que comprende el ciclo entre su descubrimiento y el año de 1600. Como escritor tuvo una formación más completa que la mayoría de los cronistas de su tiempo, lo que le permitió aprovechar la "sencillez descriptiva y la riqueza de matices que dan a su prosa una comunicación eficiente y de fácil reconstrucción testimonial". En su texto no dejan de figurar las tierras ignotas doradistas tras las que parte el joven Felipe de Ure o de Utre (Felipe von Hutten) desde Coro hacia 1541. "Tomó el camino por la costa de la mar, pasando los cincuenta leguas que hay hasta el puerto de Borburata; y de allí, atravesando la corta distancia que se interpone de serranía, salió al mismo sitio donde después se fundó (y hoy permanece) la ciudad de Valencia, de donde, buscando el desembocadero de Barquisimeto, entró en los Llanos".*

El teniente Felipe

SABIDA EN Santo Domingo la muerte de Jorge Spira, nombró la Audiencia por gobernador interino al señor obispo don Rodrigo de las Bastidas; y por su teniente general para las cosas de la guerra y nuevos descubrimientos, a Felipe de Utre, caballero alemán, pariente muy cercano de los Belzares, mancebo de poca edad, pero de mucha prudencia. Fue recibido el señor obispo al ejercicio de su nuevo empleo el día siete de diciembre del mismo año de cuarenta, empezando desde luego a disponer las cosas de la provincia, con más respeto a las atenciones del bastón que a las obligaciones del báculo, pues, dejándose llevar de aquella constelación que corría entonces, de querer todos los ministros en las Indias aspirar al renombre de conquistadores; luego que tomó su posesión, despachó a la Isla Española por gente, armas y caballos para poner en planta las militares empresas que tenía premeditadas; y hallándose falto de medios para satisfacer el costo preciso de su conducción, envió a Pedro de Limpias (que, mal hallado en el Nuevo Reino, donde entró con Federman, se había vuelto a la querencia de Coro) con una escuadra de soldados a la laguna de Maracaibo para, con el precio de los indios que se cogiesen, dar cumplimiento a las deudas que para el apresto se habían contraído en la Española.

Utre va hacia El Dorado

Ya era por el año de cuarenta y uno, cuando Pedro de Limpias llegó a Maracaibo, y como práctico antiguo de toda su laguna, dispuso la expedición de suerte que con facilidad aprisionó a quinientas piezas, entre varones, niños y mujeres, que, conducidas a Coro y entregadas al señor obispo, pasaron por la desdicha de una triste esclavitud, pues, vendiéndolas a diferentes mercaderes, hizo que la libertad de aquellos miserables sirviese de satisfacción a los empeños que sin necesidad contrajo por las vanidades de su antojo; y animado con el buen suceso de operación tan inhumana, como indigna de que la ejecutase un prelado, trató luego de disponer que su teniente general Felipe de Utre saliese a nuevas conquistas a que instaban mucho algunos de los que fueron con Spira, persuadidos de que podrían lograr mejor fortuna con la experiencia de los yerros cometidos en la primera jornada, pues siempre atribuyeron sus fatalidades a desaciertos originados de la mala dirección de Spira; y como Pedro de Limpias por su parte fomentase la materia, asegurando por ciertas las noticias que había adquirido cuando entró con Federman al Nuevo Reino de unas opulentas provincias que demoraban hacia la parte del sur, fue fácil disponer lo necesario y mover los ánimos para la entrada; de suerte que, en breves días, se halló Felipe de Utre prevenido de un todo para ciento treinta hombres que le seguían voluntarios a cargo de los capitanes Bartolomé Belzar, Sebastián de Amescua y Martín de Artiaga, con los cuales salió de Coro por el mes de junio del mismo año de cuarenta y uno, llevando por maestre de campo a Pedro de Limpias, quien para hacer más plausible y apetecido aquel descubrimiento, empezó a intitular las provincias que había de conquistar con el rumboso nombre de El Dorado: apelativo que, el año de treinta y seis, estando en Quito, inventaron los soldados de don Sebastián de Benalcázar por la fantástica relación que les dio un indio de un poderoso reino que, por la parte de los Llanos, caía hacia el oriente o, por disposición diabólica (que es lo más cierto), para que esparcido después por toda la América, fuese causa de tantas muertes e infelicidades como ha llorado la nación española en cuantos, llevados de la fama de esas mentidas provincias, han intentado buscar sus fingidas riquezas.

Competencia con Pérez de Quesada

Habiendo, pues, salido Felipe de Utre de la ciudad de Coro, por

ser viaje más acomodado, tomó el camino por la costa de la mar, pasando las 50 leguas que hay hasta el puerto de Borburata; y de allí, atravesando la corta distancia que se interpone de serranía, salió al mismo sitio donde después se fundó (y hoy permanece) la ciudad de Valencia, de donde, buscando el desembocadero de Barquisimeto, entró en los Llanos, siguiendo siempre los mismos pasos que llevó a Federman en su jornada hasta dar con el pueblo que éste llamó de la Fragua, y Jorge Spira de Nuestra Señora, en la provincia de Maruachare, donde le pareció preciso el alojarse por algún tiempo, así por dejar quebrantar las aguas del invierno como por informarse y adquirir con fundamento alguna luz o noticia de las tierras que buscaba; y como, para este efecto, con diferentes preguntas ejecutase entre los indios las diligencias posibles, hubo de saber con claridad cómo pocos días antes (llevado del mismo fin) había pasado por ahí Hernán Pérez de Quesada con doscientos cincuenta hombres y porción considerable de caballos; porque, engañado también de la ponderación y circunstancias con que los soldados de Benalcázar pintaban en el Nuevo Reino los tesoros y excelencias de su mentido El Dorado abandonó la felicidad y conveniencia de que gozaba, gobernando sus provincias en ausencia de su hermano Gonzalo, por seguir la incertidumbre de una dudosa esperanza: inadvertencia que, cuando no tuvo remedio, le dio a conocer su desengaño, pues, derrotado y perdido, estimó por particular favor su fortuna el poder salir a la ciudad de Pasto en la gobernación de Popayán, después de consumidos dos años en excesivos trabajos, sin conseguir otro fruto que haber comprado a precio de su constancia las veras de un escarmiento.

Esta noticia de haberle ganado Hernán Pérez por la mano causó en Felipe de Utre tan confusos pensamientos que no se le ofrecía medio a la imaginación en que no hallase algún tropiezo su discurso; pues, si se resolvía a seguir la misma derrota de Hernán Pérez, consideraba que, llevándole la delantera con tan superior número de gente, aun en caso que la fortuna le deparase algún poderoso reino, siempre había de gozar las ventajas de primero, quedando él y los suyos defraudados del premio de sus fatigas, y atenidos sólo a las cortas conveniencias que les quisiesen dar como a auxiliares.

Por otra parte, discurría que exponerse Hernán Pérez a la contingencia de una conquista dudosa, desamparando tan opulentas provincias como las que gobernaba, no era acción que permitía la prudencia, sino fuera llevando noticias ciertas que le afianzasen una esperanza segura de descubrir mayor reino; su capacidad no podía ser tan limitada que faltase lugar para que él, y su gente, sin servir de

embarazo a la de Hernán Pérez, pudiese quedar aprovechado; dictamen que, comunicado con los otros capitanes principales de su campo les pareció a todos tan seguro que se determinaron a seguirlo; y sin aguardar a más, porque en la tardanza no consistiese el peligro, empezaron a marchar llevando por guía siempre los rastros que había dejado Hernán Pérez; y aunque no faltaron algunos inconvenientes que pudieran haberles retardado en el camino, se dieron tal prisa en atropellarlos que con brevedad llegaron a dar vista a la provincia de Papamene, cuya situación empieza a las espaldas de Timaná, en la gobernación de Neiva.

Las advertencias de un indio

En uno de los pueblos de esta provincia se alojó por algunos días Felipe de Utre; y como entre sus vecinos hallase a un indio que, según la madurez de sus acciones, sosiego de sus palabras y gravedad de su persona, manifestaba ser de gente ilustre, procuró informarse de él muy por extenso sobre las conveniencias que buscaba en aquel viaje que seguía; y satisfaciendo el bárbaro a sus preguntas con aquella ingenuidad que es propia de un pecho noble, le advirtió el error que cometía en seguir el rumbo que llevaba, pues, no mudando de dictamen, encontraría por allí su perdición en manos de su temeridad, como la habrían ya experimentado los otros españoles que habían pasado primero, por ser todas aquellas comarcas países inhabitables, ajenos de humana huella, por lo áspero de sus montañas, y destemplanza de su clima; pero que si tomando su consejo quisiese volver atrás, hallaría lo que deseaba, pues él se ofrecía a acompañarlo hasta dejarlo introducido en unas tierras muy ricas, pobladas de mucha gente, y abundantes de oro y plata; para lo cual era necesario caminar desde aquel sitio, llevando siempre la cara al nacimiento del sol, hasta dar con la ciudad de Macatoa, fundada sobre las riberas del río Guayuare; y en prueba de la verdad en que fundaba su oferta, enseñó a Felipe de Utre unas manzanas o nísperos de oro, que dijo haber traído un hermano suyo que había venido de ella.

La terquedad de Utre

No fueron bastantes las circunstancias que acreditaban esta relación de verdadera para que Felipe de Utre variase el tenaz propósito de seguir las pisadas de Hernán Pérez, persuadido de que en éste consistía el logro de sus aumentos, y que otra cualquiera derrota que

tomase era despreciar sin fundamento la dicha que le ofrecía su fortuna; y así, sin hacer caso de las advertencias del indio, ni los pareceres de muchos de sus soldados que se inclinaban a seguirlo, desalojó el campo entrado ya el año de cuarenta y dos y empezó a marchar por los rastros que había dejado Hernán Pérez, llevando consigo al indio que le acompañó gustoso por espacio de ocho días; pero, viendo que ni lo inaccesible de las montañas, ni lo caudaloso de los ríos, ni lo continuado de los tremedales y pantanos desengañaban a Felipe de Utre, para que conociese la verdad con que le había informado y que, de proseguir por el camino que llevaba, era entregarse sin remedio al desastrado fin de una muerte lastimosa que amenazaba a todos, dejándolos descuidar, se puso en huida una noche y se volvió para su pueblo, compadecido al ver la ceguedad con que se querían perder aquellos hombres por su gusto.

Descontento español

La inopinada fuga de aquel indio a vista de las penalidades y faltas de salud que, por lo desapacible del terreno y lo nocivo de su temperamento, habían experimentado en el término corto de ocho días, fue de tan general desconsuelo que, prorrumpiendo en quejas, los soldados, para desahogar su sentimiento, ponderaban con publicidad el desacierto de haber menospreciado los consejos y anticipadas prevenciones de aquel indio, sin atender a las conveniencias que se pudieran lograr buscando aquellas provincias que aseguraba su oferta; pero, aunque estas voces, ayudadas del común desabrimiento con que se hallaban todos, llegaron a noticia de Felipe de Utre, nada fue bastante para que dejase el obstinado tesón en que había dado de seguir las pisadas de Hernán Pérez, pues parece que, negando su fuerza a la razón, buscaba de propósito su ruina, hasta que los continuados trabajos, enfermedades y muertes que por instantes se le iban aumentando, y las repetidas advertencias con que le aconsejaban los más cuerdos, hubieron de reducirlo a torcer el camino sobre la mano izquierda hacia el sureste, dejando el que llevaba Hernán Pérez siempre al sur, por cuyo rumbo a pocos días de jornada llegaron a descubrir una punta de Sierra Alta que, por prolongada distancia, se entraba en los Llanos (a quien llamaron la punta de los Pardaos); considerada a la primera vista, les pareció distinta cordillera que la que habían seguido desde Barquisimeto: circunstancia que les movió a apresurar el paso para reconocerla más de cerca, teniendo ya por conseguido el logro de sus intentos, por ser una de las noticias que llevaban

para el descubrimiento de su fingido El Dorado, tener su situación esta provincia al pie de otra serranía, en el todo separada de la que, caminando al sur, había siempre servido de norte en las entradas que se habían hecho en los Llanos; pero estas alegres esperanzas que había formado el deseo se marchitaron en flor a la luz del desengaño, pues conocieron después con evidencia ser aquella punta ramo de la misma cordillera que siempre habían traído a la vista en su jornada.

Comer hormigas

Ya era esto a tiempo de que empezara el invierno a inundar con sus aguas las campañas y, huyendo las incomodidades de aquel terreno bajo, hallándose imposibilitados por entonces de poder volver atrás, tomaron por partido repechar la punta de los Pardaos para alojarse en ella hasta que entrase el verano; pero, como el distrito era poco habitado y por esta razón falto de bastimentos, fue tan grande la necesidad que padecieron de ellos que llegaron a extremo de perecer, pues el mayor sustento que tal vez podían por dicha adquirir era un bollo de maíz que, puesto a la boca de un hormiguero hasta que se cubría de hormigas, lo iban amasando con ellas repetidas veces hasta que llegaba a componerse de más hormigas que masa; teniendo este grosero alimento por el único remedio para mantener la vida. Y como aun esto no llegaban a conseguirlo todos, hubo muchos que, apretados de la hambre, no dejaron asquerosa sabandija de cuantas produce la tierra con que no procurasen remediarla; de que resultó hincharse algunos, caérseles a otros los cabellos, barbas y cejas; y finalmente, llenos todos de pestíferos tumores y úlceras venenosas, convertirse aquel afligido escuadrón en un teatro de miserias y un hospital de desdichas hasta que, minoradas las aguas, huyendo Felipe de Utre de tanta infelicidad como había experimentado, por la obstinación de su mal consejo, dio la vuelta por diferente camino del que había llevado (aunque con mayores trabajos, por la mucha gente enferma que tenía) en demanda del pueblo de Nuestra Señora, donde llegó a principios del año de cuarenta y tres, habiendo consumido un año entero desde que salió de él en seguimiento de Quesada.

JOSÉ GUMILLA

RIQUEZAS SIN QUIMERAS

Nacido en Cárcer (España) en 1687 y muerto en San Ignacio de Betoyes en 1750 (Colombia). Sacerdote jesuita, misionero, historiador y lingüista. Ocupó importantes cargos dentro de su congregación y escribió el difundido libro El Orinoco ilustrado: historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes: gobierno, uso y costumbres de los indios sus habitadores con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceites, resinas, yerbas y raíces medicinales; y sobre todo, se hallarán conversaciones muy singulares a nuestra Santa Fe y casos de mucha edificación. *Extenso y explicativo título que identifica la variedad de temas que desarrolla en sus páginas sobre las misiones jesuitas en la Orinoquia. Verdadero testimonio de su eficiente contacto y de los conocimientos obtenidos sobre esta dilatada zona territorial. Habitantes, costumbres y una ilustrativa descripción que refleja el mundo natural pleno de majestuosidad y riqueza. Gumilla se demora sobre las fuentes de El Dorado y la ciudad de Manoa, pero su principal objetivo es justificar las riquezas futuras que encierran las tierras de Guayana.*

¿Para qué tantos viajes?

AL TIEMPO de inclinar la pluma a esta plana me pareció estar viendo a Diógenes entre el confuso gentío de la plaza de Atenas, forcejeando y rompiendo para hacerse paso, con una vela encendida en la mano en lo más claro del día: "¿Qué buscas, Diógenes?", le preguntaban ya unos, ya otros. "Busco a un hombre", respondía a todos el sabio filósofo, cuando la multitud de ellos le impedía el paso; y es el caso que buscaba a un hombre, no de los que veía, sino tal cual en su idea se lo había figurado y según lo deseaba.

Volvamos la vista al capítulo primero de esta historia y preguntémosle a Keymisco, inglés, y a otros jefes de sus paisanos: "Amigos, ¿qué viajes son éstos? ¿Para qué tanta repetición de peligrosas navegaciones?". Preguntemos en el Perú y en el Quito a uno y a otro Pizarro; en Santa Fe de Bogotá, a uno y a otro Quesada; en el Marañón, a Orellana; y en Meta, a Berrío y a otros muchos famosos capitanes: "¿Para qué os afanáis? ¿A qué fin tantas levas, marchas y viajes arduos, difíciles e intolerables?". "Buscamos el famoso y riquísimo El Dorado; y así, nadie se admire de nuestra resolución y arduo empeño que lo que mucho vale es preciso que haya de costar mucho".

Tierra llena de riquezas

Los atenienses soltaban las carcajadas de risa al oír y ver a Diógenes buscando a un hombre entre ellos; pero se reían sin razón, porque el filósofo buscaba entre ellos a un hombre de verdad, tal que la profesase de veras; y antes debieran correrse que reírse los de Atenas al ver que tan gran filósofo no lo hallaba; pero nosotros no erraremos si nos reímos del empeño de aquellos nobles conquistadores. ¡Notable asunto el ir aquellos jefes españoles tropezando a cada paso en un El Dorado de tesoro inagotable, cual realmente es todo el Nuevo Reino de Granada y Tierra Firme, tan lleno de fecundas minas de oro, plata y esmeraldas, cuantas se conocen en las jurisdicciones de Pamplona, Mariquita, Muso, Neiva, de los Remedios, Antioquia, Anserma, Chocó, Barbacoas y otras muchas, y muchas más que, aunque ocultas, en las arenas de oro, que por los ríos y arroyos desperdician, indican los deseos de que las desentrañen y salgan a luz sus caudales! Pues si hay tantos El Dorados, y tan ricos y abundantes que sólo falta quien los labre, ¿para qué tanto afán, costos y viajes en busca de un El Dorado? ¿Y qué necesidad tenía el Perú de empeñar sus milicias a que padeciesen y pereciesen al rigor de los trabajos en tierras incógnitas en demanda de un El Dorado, teniendo en su seno el singularísimo mineral de oro de Caravala, con otros muchos? ¿Y el imponderable manantial de plata del Potosí, con otros casi innumerables, aunque no tan fecundos? Ya se ve cuán raro fue un empeño tal que buscaba con grandes costos y pérdidas, a gran distancia de sus casas, aquello mismo que ya tenían asegurado de puertas adentro. Esto es cierto, hablando así del Perú como de Tierra Firme y del Nuevo Reino; pero, fijando la atención en sólo éste, ni ha necesitado, ni ha menester El Dorado, cuando todo está, no sólo dorado (que es un mero relumbrón superficial), sino lleno y recargado por todas partes de oro, plata, esmeraldas y otras piedras preciosas. No tiene que envidiarle al Perú ni a la Nueva España sino la dicha de estar poblados aquellos dos vastos imperios que se arrebataron la atención de los españoles; que a estar poblado, como requería y requiere para la labor de sus innumerables minas el Nuevo Reino, compitiera en riqueza, si no con ambos, a lo menos con cualquiera de los dos imperios. No digo esto porque sea aquel reino el que me cupo en suerte, cuando el Señor por su bondad me envió a evangelizar su santo nombre, aunque indigno de tan alto empeño. Digo ingenuamente lo que hay, y lo mucho que hubiera, si aquellas riquísimas tierras estuvieran tan pobladas como la Nueva España y el Perú. Y si le pareciere a alguno que

digo mucho, vea al ilustrísimo Piedrahita en su *Conquista del Nuevo Reino* y a fray Pedro Simón, y hallarán mucho más de qué maravillarse. El ilustrísimo, como práctico, dice que "cuanta tierra bañan el río grande de la Magdalena y Cauca es de minas de oro"; y un poco después añade gran número de ríos, entre cuyas arenas se pierde el oro, nombradamente aquel que por sus inmensas riquezas se llama "Río del Oro", porque todo el que se entresaca de sus playas es de veinticuatro quilates; y afirma dicho ilustrísimo que en sólo el Nuevo Reino hay más minerales de oro y plata que en todo el resto de las Américas; y añade más: que en las minas de Antioquia y otras, dentro de las puntas de oro, se hallan diamantes pequeños, pero muy finos. Afirma que en las minas de esmeraldas de Muso se hallan pantauras finas de todos colores; que en las minas de Antioquia abundan los jacintos y las piedras de cruz, que son de gran virtud contra muchos achaques; y que hay tantos granates finos, que la abundancia les quita el valor; que la pesquería de perlas de la boca del río del Hacha, así en la multitud del criadero de ella como en su calidad, excede a todas con mucha ventaja. Timaná abundó y fue famoso por las muchas amatistas y pantauras. Pamplona, Susa y Anserma, por las turquesas, girasolas, gallinazas y mapulas. Esta multitud de minas no se ha hundido. Donde se encontraron permanecen; todas las riquezas deseables sobran; sólo faltan pobladores que las saquen de los ricos minerales.

Muchos recursos, pocos habitantes

Ojalá la majestad de nuestro Católico Monarca vuelva sus piadosos y apacibles ojos hacia aquel pobre reino, sólo pobre por falta de habitadores, y opulentamente rico por sobra de abundantes minas, que, una vez reforzado con oportuna providencia, dirá la experiencia, y mostrará, que el Páramo Rico de Pamplona y la Nariz de Judío de la misma jurisdicción tienen tantas caravalas de oro fino cuantos son los picachos de que se componen, y que tiene Mariquita tantos Potosíes cuantas son las muchas minas de plata ligada con oro, que por falta de gente ha muchos años que no se labran. Las minas de Simiti, Caracoli, Antioquia y otras casi innumerables no tienen que envidiar a los reales de minas mexicanas de Guanajuato, de Zacatecas, de Toluca, Sombrerete, de San Luis y del Monte, sino que allá hay hombres que quieren trabajar por el jornal tasado de cuatro reales de plata, y en las minas del Nuevo Reino no los hay, y los pocos peones que hay no se dignan de aplicarse al trabajo.

Si hay crisis de oro en Perú y México, Tierra Firme tiene turquesas

Sírvanos por ahora la que, no siéndolo, dan en llamarla decadencia del Perú, la cual quieren inferir de que en años pasados bajaban de Lima a la feria de Portovelo veinte millones, y aún más, de pesos fuertes; después bajaron sólo quince millones, después doce y a veces diez; y, en fin, por carta del comercio de Lima a los diputados de los últimos galeones de 1738, protestó dicho comercio "que, si los obligaban a bajar luego a la feria, sólo podían llevar cinco millones de pesos; pero si daban espera hasta el agosto siguiente, bajarían a la feria ocho millones". Dije que ésta se llama, y no es, decadencia del reino del Perú, sino sobra de industria en las naciones extrañas para introducir mercancías a precios muy moderados, y demasiado atrevimiento y arresto en los marchantes de aquellas provincias arriesgando el capital y los gananciales (como sucede a muchos) por lograr el barato y enriquecerse presto. En este mismo sentido se reconoció, no la decadencia de la Nueva España, sino del comercio de ella con la nuestra, por causa de los muchos géneros de la China que de Filipinas se transportaban al puerto de Acapulco, y por eso se moderó y tasó aquel comercio; pero siempre que en la Veracruz hay algún descuido y falta de vigilancia en la ensenada de Campeche, provincia de Yucatán, reconocen los cargadores españoles el daño del comercio furtivo. La dicha y fortuna de la Nueva España, o por mejor decir, de los flotistas españoles es el que son pocos y contados los boquetes por donde pueden introducirse géneros extranjeros. Más hay en el Perú, aunque más distantes y difíciles, como son montar el Cabo de Hornos y correr las costas del mar Pacífico; de la colonia de los portugueses hasta internarse al Potosí hay mucho que andar y que vencer; ni hay menor dificultad en la introducción por la Costa de Bastimentos, por el Escudo de Veragua, provincia de este nombre, y el de Costa Rica, jurisdicción de Guatemala. No obstante, más de dos veces se han reconocido vencidas estas distancias y arduidades por las ansias de acaudalar dinero. No sucede así en las costas de Tierra Firme; ellas abundan de ensenadas y puertos desiertos, que miran en derechura a la Jamaica y a Curaçao.

La isla de Curaçao es totalmente estéril, de modo que sólo el trato mantiene la opulencia, fortalezas, guarniciones y una continuada serie de convoyes de navíos que van y vienen de Holanda. Jamaica da algún azúcar y tabaco, renglón que él solo no pudiera mantener su guarnición ordinaria; su fondo, como el de Curaçao, son grandes almacenes de mercaderías, así de los judíos como de ingleses, de que

tienen una ganancia exorbitante; tanta, que, callando mucho y tanteando lo menos, no rehúsan los ingleses confesar que el comercio de Jamaica les da anualmente seis millones de pesos.

Si ingleses y holandeses se enriquecen, por qué no Tierra Firme

Pongo las palabras de uno de los mejores juicios del Parlamento de Inglaterra, que dice así en el libro *Intereses de Inglaterra mal entendidos*: "El más considerable ramo de nuestro comercio en la América es el contrabando que nosotros hacemos en los dominios del rey de España. Nosotros enviamos a Jamaica los géneros propios que se consumen en las colonias españolas, y nuestras embarcaciones los llevan furtivamente a los parajes donde tenemos nuestros corresponsales. Nosotros les vendemos allá por plata de contado o a trueque de preciosos géneros. Como la tinta fina y la grana, que nos producen muchas y gruesas ganancias; y aunque no se conoce radicalmente este producto, es cierto que por lo menos llega a seis millones de pesos cada año, donde recibimos las tres partes en moneda o en barras de plata; de suerte que entra más en Inglaterra por la vía de este contrabando que por Cádiz u otra parte de los dominios de España, etc.". Cuanto adquiere Inglaterra por el comercio de Cádiz lo dice el capítulo tercero con estas palabras: "El comercio de España para nosotros es lo que el Perú y la Nueva España para la misma España". Y más abajo se explica con estos términos: "La quinta parte de esta ganancia, que son cuatrocientas mil libras esterlinas, que hacen más de dos millones de pesos, sale de los géneros que vendemos en España". Y en el capítulo décimo añade: "Es fuera de duda que nos viene mayor suma por sola la vía de Jamaica".

Los holandeses guardan en un profundo secreto el cuantioso producto de su Curaçao; pero no pueden ocultar aquellas señas que lo equiparan al de Jamaica: la opulencia y fuerzas de su colonia; los convoyes de marchantes holandeses que llenan su puerto; la multitud de balandras con que trafican, todo son señales de que no saca Curaçao menos millones de la Tierra Firme que Jamaica; y más cuando nadie ignora que el genio mercante de los holandeses es todo su modo de subsistir, pues hasta el suelo de la patria que pisan lo han usurpado al mar, y gastan grandes sumas anuales de dinero atajando la porfiada competencia con que el golfo quiere tragarse el terreno que Holanda le arrebató. No quiero decir que las restantes islas de Barlovento que están sujetas a los extranjeros sacan mayor producto que estas dos, porque algunas dan muy buenos frutos; pero el tráfago de navíos

marchantes de ellas, que están en continuo movimiento, pide otro primer móvil, de más jugo que la caña dulce, añil y algodón; y así no será juicio temerario creer firmemente que el resto de dichas islas Antillas extranjeras saca cada año tantos millones de pesos de la Tierra Firme como cada una de las dos de por sí; y veis aquí una extracción anual de dieciocho millones de pesos, que aun después de tan bien fundada y evidenciada, todavía se hace casi increíble; pero éste es un cómputo muy parecido al que oí en Cartagena de Indias a don Diego de Or, factor del real asiento de negros de Inglaterra, en el año 1738. Me admiré yo mucho (por mi ingenua inteligencia en esta materia) de que el contador de las reales cajas de aquella ciudad me asegurase que en aquella feria, que apenas llevaba seis meses, hubiesen ya salido registradas por la aduana mercancías de aquellos galeones hasta el importe de tres millones y medio de pesos fuertes; entonces el dicho factor inglés, con una claridad y expedición notable, me hizo ver que es cuatro veces mayor la suma de millones que sacan los extranjeros mediante la introducción prohibida.

Qué Dorado ni qué Dorado

Ya es hora que hagamos la reflexión que ella de suyo se viene a los ojos y que digamos con admiración grande: ¿qué país, qué reino y qué provincias son éstas de Tierra Firme que tales manantiales de tesoros tienen? Si su comercio fuera activo y pasivo, todavía causara admiración su producto; pero ya vimos que las tres partes de este considerable producto reciben los extranjeros en barras y en moneda corriente. Y ahora a esta admiración doy una respuesta que causará otra mucha mayor; y es que este reino de Tierra Firme es un país que, si comparamos sus ciudades y poblaciones de españoles con las del reino del Perú y las de la Nueva España, se puede llamar casi despoblado. Es un terreno en donde la mayor parte de las minas de oro, plata y esmeraldas que tiene descubiertas no se labran; es un reino en el cual, con ser tantas las dichas minas, de las cuales unas se labran, otras se han abandonado, y otras, aunque ya conocidas, no se cultivan; con todo, son incomparablemente más las que se insinúan con señas evidentes de oro, ya por la pinta de la tierra, ya por el relumbrón de los arroyos, ríos y quebradas que se arrebatan insensiblemente el tesoro de las riberas que se descarnan con sus crecientes. En fin, todo el reino de Tierra Firme es un imponderable tesoro escondido, del cual las estupendas sumas que llevo insinuadas no son sino unas meras señales y muestras de los inmensos minerales que en sí contiene.

Y si las señas palpables que da, y los desperdicios de que se aprovechan las naciones, las pone opulentas, y les da armas contra nuestra España, ¿qué fuera si España lograra estos poderosos productos por entero? ¿Pero qué fuera, si, puesta la mira en aquellas casi despobladas provincias, se labrasen todas sus minas y se cultivasen sus campos, prontos a dar la grana, el cacao, tabaco, azúcar y otros importantísimos frutos?

La leyenda de El Dorado

Pero recojamos ya las noticias del célebre El Dorado o ciudad de Manoa, separando al mismo tiempo las cosas fabulosas de las probables, reteniendo éstas y despreciando aquéllas. El que recorriere las historias que tocan a Tierra Firme y al Nuevo Reino, verá que esta voz El Dorado tuvo su origen en la costa de Cartagena y de Santa Marta, como dice Piedrahita, pasó a la de Vélez y de ésta a la de Bogotá, que es la capital del Nuevo Reino. Puestos allí, corrió que El Dorado estaba en el ameno y fértil valle de Sogamoso; y llegado que hubieron a él, hallaron que el sacerdote que en un gran templo presidía, para ofrecer su oblación, se untaba a lo menos las manos y la cara con cierta resina, y sobre ella le soplaban con un cañuto polvos de oro que con facilidad (como dije) se lavan y entresacan de las playas de muchos ríos; y de aquí tomó su denominación el famoso El Dorado, según esta opinión.

Las incursiones vanas

Es verdad que fray Pedro Simón, en su *Historia del Nuevo Reino*, quiere que este nombre El Dorado se excitase en Quito, donde el teniente Benalcázar llamó así a todo el reino de Bogotá, y que Pedro de Limpias extendiese después la fama de él en la provincia de Venezuela, de donde se excitó el viaje de Felipe de Utre; pero poco le hace saber el lugar del origen del nombre que fue y es hasta ahora célebre; mas no era este El Dorado el que estaba ideado en la mente de los que le agenciaban. Lo que con ansia y a toda costa buscaban era un valle y un territorio con peñascos y guijarros de oro; y tantos cuantos se podían desear, y nada menos ofrecían los indios que iban conquistando; porque éstos, viendo que lo que más apreciaban aquellos forasteros era el oro, a fin de que dejando sus tierras se ausentasen a otras, pintaban con muy vivos colores la copia del oro del país que les parecía más a propósito para estar más libres de sus huéspedes; y permitía

Dios que los españoles creyesen tan seriamente dichas noticias para que se descubriesen más y más provincias donde rayase la luz del Santo Evangelio, como por su bondad rayó, creció y llegó a claro y perfecto día, mediante la predicación de muchos varones apostólicos, que reputaron el oro por lodo a vista de la preciosidad de tan innumerables almas. Entre tanto, se excitó y tomó cuerpo la fama de que, vencida y pasada aquella gran serranía, coronada de eminencias, que mantienen todo el año y perpetuamente la nieve, estaban unos dilatados llanos muy poblados en donde estaba El Dorado tan ansiosamente deseado; y luego salió Quesada con doscientos soldados para el descubrimiento. Día del apóstol Santiago descubrieron desde una alta cumbre aquellas llanuras, cuyo aspecto (a lo lejos) es como el Océano. Al pie de aquella gran cordillera de serranías fundaron los dichos exploradores la ciudad de Santiago, llamada de las Atalayas, para dejar memoria del día en que avistaron los llanos y del fin a que se enderezó su arduo viaje, que fue atalayar y descubrir El Dorado, la cual ciudad hasta hoy persevera en el sitio que demarca el plan, con memorial perpetuo y reclamo que con el tiempo excite y llame a nuevos atalayadores y exploradores de aquel incógnito tesoro. El dicho Quesada con increíbles trabajos penetró los bosques del Ayrico; y perdida casi toda su gente, salió a Timaná el año de 1541.

En este año, con horrendo viaje desde el Perú por el río Marañón, salió a la costa y no paró en busca de El Dorado el animoso Orellana; pero en vano. Al mismo tiempo Felipe de Utre con ciento veinte hombres, ansioso de que Quesada no fuese solo en el interés y honor, salió en su seguimiento desde Coro, ciudad de la provincia de Venezuela; y con el aviso que un cacique le dio de la gran pérdida y muerte de los soldados de dicho Quesada, tomó el rumbo suroeste, siguiendo el río Guabiari; y según concuerdan, así el reverendísimo fray Pedro Simón como el ilustrísimo Piedrahita, llegó Utre a vista del primer pueblo de los omaguas, enaguas o manoa, donde, saliéndole como unos quince mil indios, los rechazó Pedro de Limpias con treinta y siete soldados (Utre y el capitán Artiaga estaban heridos desde el día antes, y así no salieron al campo). Allí supieron por mayor de muchas ciudades y tesoros de aquella provincia, por lo cual salieron a buscar más gente para volver a la empresa; pero Carvajal, gobernador intruso en Coro, quitó cruelmente la vida a Felipe de Utre y cortó enteramente esta gloriosa empresa el año de 1545: que no hay fiera tan sangrienta como la envidia.

En el Perú, el marqués de Cañete dispuso la entrada a El Dorado, a

cargo de Pedro de Ursúa, siendo guías unos indios del Brasil que se obligaron a ello; a mitad del viaje, sus soldados mataron a Ursúa y eligieron en su lugar a don Fernando de Guzmán. Aguirre tomó el nombre de tirano, mató a Guzmán y a otros muchos. Vio señas bastantes de los omeguas; no hizo caso, porque ya tenía ánimo de tiranizar Tierra Firme y el Perú. Y viendo los indios brasiles que ya dejaba a las espaldas los pueblos de El Dorado, se huyeron a sus tierras. Aguirre tiranizó la Margarita y en Tierra Firme prosiguió haciendo crueldades, hasta que infelizmente murió en la provincia de Venezuela, año de 1557.

Después Pedro da Silva consiguió del rey título de adelantado y, con tres naos y más de seiscientos hombres, salió de San Lúcar el año de 1569; y llegando a la provincia de Venezuela, allí por falta de gobierno desertaron todos. Volvió segunda vez a España, consiguió volver con un navío y ciento sesenta hombres y, hecho a la vela, llegó a la costa de Paria, entró por las bocas de los Dragos al golfo Triste, tan triste para él y su gente que todos perecieron a manos de los indios de Guarapiche y a fuerza de hambre, menos el soldado Martín, de quien hablé en otro capítulo.

Con el mismo fin de El Dorado (aunque bajo el título de fundador de la Guayana en Orinoco) salió en el mismo año el capitán Serpa del puerto de San Lúcar y tuvo tan lastimoso fin como Silva, con poca diferencia. Omito los intentos de otros, a quienes el famoso El Dorado inquietó mucho, aprovechó nada y les costó la vida.

¿Qué hay en claro?

Ahora importa que entresaquemos el grano de la paja y examinemos si hay algo sólido en el referido epílogo de noticias, en que los autores citados gastan muchos pliegos. Mister Laet, después de recopilar las diligencias, costos, pérdidas de navíos, soldados y tripulación que en busca de El Dorado consumieron los ingleses, de que hablé en el capítulo primero de esta obra, concluye diciendo: "¡Y después de todo eso se duda si hay tal El Dorado en el mundo o no!".

Yo veo el viaje de Felipe de Utre, referido con tanta individualidad, por terrenos en gran parte reconocidos por los padres misioneros de mi provincia, y por mis ojos mismos, y hemos hallado señas tan fijas de tal viaje que no me es factible negarlo (ni los autores lo niegan, aunque el reverendísimo fray Pedro Simón da bastantes señas de tener por mera aprensión dicho El Dorado).

El indio Agustín

Fuera de esto, he visto en la jurisdicción de Barinas, en las misiones que en las serranías de Pedraza cuidaba el reverendo padre fray Miguel Flores, de la esclarecida Orden de Predicadores, en que murió a manos de los indios; vi, digo, en el año de 1721 los falconetes de bronce de a dos en carga que Utre entre otras cosas había prevenido para su viaje, que sin falta hubiera hecho, si la envidia de sus émulos no le hubiera quitado la vida; vi y traté al venerable padre José Cabarte, que gastó treinta y nueve años en misiones en el Ayrico, Guaviari, Ariari y Orinoco, derrota que siguió Utre, el cual venerable misionero estuvo firme siempre en que aquél era el rumbo para ir a El Dorado; vi y aun dejé vivo a un indio, agregado a la misión nuestra de Guanapalo, en el río Meta, al cual catequizó y bautizó dicho padre Cabarte; el cual protestaba que fue cautivo de edad como de quince años y que en la ciudad de Manoa o Enaguas había sido esclavo otros quince años; y que, a instancias de otro indio esclavo, que sabía el camino, se huyó con él y otros tres; y con ser así que el tal indio, que en el bautismo se llamó Agustín, no sabía palabra de la lengua española, nombraba los sitios donde durmieron los veintitrés días que desde El Dorado gastaron hasta las márgenes del Orinoco, dándoles los nombres castellanos que sólo Utre en su derrota les pudo imponer, y eran el Hormiguero, el Almorzadero y los demás de este tenor. Más: el tal indio Agustín refería las mismas grandezas de los tesoros, y multitud de gente que el cacique de Matacoa contó a Utre, persuadiéndole que traía poca gente para tan gran empeño. Fuera de esto, dicho Agustín pintaba muy por menor el palacio del rey, los palacios y huertas para su diversión en el campo, y tales individualidades, que un bozal no es capaz de fingir, ni tenía motivo para ello; y así creo que de todos los que buscaron El Dorado, el que más cerca estuvo de él fue Utre; y que sus noticias, corroboradas con las que dije y diré, no son despreciables.

¿Lo inventaron los indios?

En las otras noticias que los indios del Brasil dieron al virrey de Lima, marqués de Cañete, no hallo los motivos que noté en los demás indios para engañar y echar de sus tierras a los españoles con el relumbrón de El Dorado; porque dichos brasileños siguieron en su modo de informar el genio de todos los americanos naturales, porque éstos son en sumo grado vengativos y, cuando por sí no pueden ven-

gar los agravios recibidos, se ingenian y con buen pretexto buscan quien los vengue. De aquí nace en los jueces prácticos que, cuando oyen la acusación que hace un indio contra otro, se ponen a pensar y, antes de responderle, pasan a averiguar qué agravio hizo el acusado al acusador; y ciertamente hallan que el acusado hizo algún daño al que acusó. Digo, pues, que como los tales indios brasileños, por no tener buen terreno, salieron a buscar fortuna en gran número y fueron los más de ellos, o casi todos, muertos por los omaguas de El Dorado, viendo que el único metal de que fabrican sus herramientas es oro y que las estatuas de sus templos eran de oro, etcétera; y sabiendo la buena voluntad con que los forasteros buscaban este noble género, salieron al Perú, buscando despique a sus agravios, so capa de los tesoros de los omaguas; y creo que, si Ursúa hubiera vivido, no hubiera omitido el entrar por aquellos anchos y trillados caminos por donde Aguirre no quiso entrar, por estar ya encaprichado en su reinado fantástico de la Tierra Firme y del Perú. Y el haberse los tales indios brasileños retirado luego que vieron que Aguirre, sin hacer caso de su aviso, tiró río abajo, es para mí prueba eficaz de que el denuncio de El Dorado era serio y verdadero, a trueque de vengarse los denunciantes. El que ha vivido algunos años con indios conocerá bien la fuerza de esta reflexión.

A Utre le dijeron la verdad

Del mismo principio infiero que toda la relación acerca de los tesoros y multitud de gente de El Dorado que el cacique de Macatoa dio a Felipe de Utre fue verdadera en todo; porque por lo que mira al gentío, luego al punto tuvo Utre sobre sí quince mil omaguas sólo de aquella primera ciudad, y fue menester todo el valor de tan corto número de soldados para resistir, desbaratarlos y hacerlos retirar. Por lo que mira a las muchas riquezas de tal país, concuerda la declaración de tal cacique con la que los brasileños dieron al virrey de Lima y con la fama común, que tan válida y extendida estaba ya.

Ahora, considerando yo lo que sucede a los padres misioneros (y me ha sucedido muchas veces), que después de ganadas las voluntades de los principales indios de una nación recién descubierta, si la nación, que se sigue está de guerra con ésta, o le da mal vecindario, luego al punto dan cuenta de la tal nación, dónde viven y por qué camino se puede ir; pero si son amigos de la dicha nación nadie avisa, y aunque el misionero pregunte, todos niegan, hasta que con el tiempo reconocen que el padre sólo busca su bien espiritual y entonces

dan noticia de la nación vecina, supuesta esa verdad tan experimentada, concedo que Utre daría al cacique de Macatoa muchos regalos para ganarle la voluntad; pero este medio no basta para que avisen la verdad; porque también los misioneros dan semejantes regalos y, como vimos, no avisan, si no es para vengarse o para sacudir el yugo; de que se sigue que este cacique, aunque por tener menos vasallos, no estuviese en guerra con los omaguas, a lo menos por ser éstos los dominantes, estaba mal con ellos; o porque tal vez era su tributario, o porque le hacían daño a sus sembrados, o porque les llevaban por fuerza a las mujeres (como con muchas naciones del Orinoco lo practican los indios caribes), o por otros motivos. Y creyendo tal cacique que podrían aquellos forasteros, si volvían con más prevención de soldados, vengar sus injurias y sacudir el yugo de su pesado vecindario, abrió su pecho y dijo a Utre todo cuanto sabía, y le rogó encarecidamente que con tan pocos soldados no se empeñase; le asistió con bastimentos, le dio guías para su vuelta, y otras finezas usó tales que, a no estar mal con los omaguas, estoy cierto que no las hubiera hecho.

Por otra parte, no cabe el decir que como indio todo lo hizo por miedo de las armas de Utre; porque con mostrarle a éste buena voluntad y avisar de secreto a los omaguas (cosa muy usada entre los indios gentiles) de un solo asalto, hecho de noche, quedaba Utre destruido, y el cacique de Macatoa con mucho mérito para con los caciques o régulos de El Dorado; y así él declaró la verdad, por lo que ya llevo dicho.

Ahora, juntando la declaración del indio Agustín, que fue tantos años esclavo en la ciudad capital de El Dorado, con la de los indios brasileños, con la del cacique Macatoa, y con lo que vieron, padecieron y declaran Utre y sus treinta y nueve soldados, los cuales, como dicen el ilustrísimo Piedrahita, fray Pedro Simón y la tradición que dura hasta hoy, vieron desde un alto competente gran parte de aquella primera ciudad, y no toda, porque la misma extensión de ella impidió la vista, la cual extensión concuerda con el numeroso ejército que prontamente salió contra Utre, digo que estos testigos y circunstancias, juntas con el dictamen constante del padre José Cabarte, fundado en su larga experiencia de misionero, en casi cuarenta años de tratar y trabajar entre aquellas naciones, por donde fue el derrotero de Utre, este agregado de cosas constituye un fundamento grave a favor de la existencia de El Dorado, y una probabilidad no despreciable; la cual, si viviera hoy Mister Laet y la tanteara, depusiera su duda, y el reverendísimo padre fray Pedro Simón depusiera su incredulidad a vista de estos fundamentos.

No hay Dorado pero sí riquezas

En fin, la riqueza y tesoros que la fama publicó de El Dorado son menos de extrañar porque, aunque no hemos de creer que los cerros son de oro, basta que se halle tanto como en el Chocó, Antioquia, valle de Neiva y en otras muchas provincias del Nuevo Reino, cuya riqueza, junto con el tesoro que los muchos indios que se retiraron precisamente llevaron consigo, hace un buen equivalente a lo que se dijo y dice del famoso El Dorado. Todo lo cual he querido apuntar, porque tal vez con el tiempo moverá Dios Nuestro Señor algún corazón magnánimo a descubrir aquellas provincias y se abrirá puerta para que entre en ellas la luz del Evangelio, con la felicidad con que nuevamente ha entrado cerca del Nuevo México, en la provincia de la Nueva Sonora, terreno que une la Tierra Firme con las Californias, hasta hoy demarcadas y tenidas por islas, y no son sino península. Los habitadores de dicha Sonora son muy dóciles y los tesoros de plata de sus minas, cuantiosos e ignorados hasta el año de 1739 de este siglo. No repugna que algún día conste lo mismo y se publiquen las mismas o semejantes noticias, ya verificadas, del famoso El Dorado y de sus gentes.

Manoa

Dos palabras debo explicar antes de pasar adelante: la primera es Manoa, nombre que dan los mapas a la ciudad principal de El Dorado, y digo que Manoa es en lengua achagua tercera persona del verbo negativo *manoayuna*, que es "no derramo", cuya tercera persona manoa, quiere decir "no derrama"; nombre que dan a todas las lagunas, no sin propiedad; y así, Ciudad de Manoa es lo mismo que ciudad de la Laguna. He dicho varias veces que con facilidad se lava oro en las playas de muchos ríos del Nuevo Reino, y así debo explicar qué modo de lavar es éste. Digo que de un tablón competente forman como un sombrero que, puesto boca abajo, tiene las alas caídas y, puesto boca arriba, echan arena y luego agua con que la revuelven. Arrojan poco a poco el agua turbia y echan segunda agua limpia para volverla a enturbiar con la arena, y, a pocas aguas que remudan, sale toda la arena, y en el fondo de aquel como sombrero quedan las arenas de oro puro que, con su peso natural, se afondan y no salen entre la arena.

ANTONIO CAULÍN

CIUDAD APÓCRIFA

Nace y muere en Bujalance (1719-1802), España. Religioso franciscano que tuvo larga estancia en las misiones de Píritu, provincia de la Nueva Andalucía (Venezuela), logrando ser cronista de las mismas. Autor de la Historia corográfica y evangelizadora de la Nueva Andalucía provincia de Cumaná, Guayana y vertiente del río Orinoco (1779). *La experiencia del padre Caulín le permite sostener que la ciudad de Manoa y el lago Parime o Parima que recogen los cartógrafos, son fantasías imaginarias sobre las tierras del rico territorio de El Dorado con palacios y defensores indígenas. Será claro en su afirmación desdeñadora del mito, ya que estos pobladores vivían como dice en rancherías de palmas, sin permanecer largas temporadas en ellas y luego las destruían quemándolas, cuando se retiraban en busca de alimentos.*

El lago Parima en las misiones del Orinoco

TREINTA Y CINCO leguas antes de caer al Marañon, recibe el Río Negro o Aguas Blancas, que pone Monsieur Carlos La Condamine en su plano del viaje, que hizo por el mismo Marañon hasta La Cayena. Y en otra relación, que me administró cierto cosmógrafo, hallé que este Río Blanco (Aguaripiri o Aguas Blancas) es brazo de aquella gran laguna Parima, que pone el R.P. Gumilla en su plano del Orinoco, bajo la línea equinoccial; y cotejando yo estas noticias con las que adquirí, y diré abajo de este gran lago, me pareció conveniente escribirlas, por lo que puedan contribuir con el tiempo al beneficio del bien común; mas antes es bien que sepamos, qué cosa sea este Parima y lo que sobre él se halla escrito en varios autores.

En el segundo tomo del nuevo *Atlas de todo el mundo* delineado por Juan Jansonio se encuentra este gran Lago Parima, de 160 leguas francesas del este a oeste, y de 34 a 37 de norte a sur. Su orilla meridional bajo del Ecuador, situado en el país mediterráneo entre los ríos Esequibo y Amazonas y a orillas de su extremo occidental, fundada la amplísima ciudad de Manoa o El Dorado.

Esta misma opinión siguió el R.P. Gumilla, figurando dicho lago en la misma graduación, aunque sin la nota de la expresada Ciudad de El Dorado, que se empeña en defender, impugnando la duda y la incredulidad de algunos autores; que le dejaron por dudoso o lo tuvieron por imaginado (*El Orinoco Ilustrado*, I, 25).

Pero hoy, se hallan poblados algunos países circunvecinos, aun-

que distantes a esta laguna, como son: los de Amazonas por los portugueses; los de Cayena por los franceses; los de Suriñana hasta el Esequibo por los holandeses; y a orillas del Orinoco por las RR. Comunidades de PP. Capuchinos y Observantes, que en ellas tenemos reducidos a la fe muchos indios, que frecuentemente transitan a comunicar con los naturales de Parima; hallamos graves fundamentos para apartarnos de las que R.P. Gumilla tuvo en su tiempo por más ciertas, sin agravio, ni desaire de sus fundamentos y bien autorizados raciocinios, pues como dice él mismo: "A vista de testigos oculares es necesario dejar la opinión dudosa y seguir la más averiguada, sin que esto sea desairar a los de la opinión antigua, como se ve a cada paso entre los autores en todas las materias controvertidas de geografía" (*El Orinoco Ilustrado*, I, 2).

Ciudad apócrifa

Con estas precauciones digo que es puramente apócrifa la gran Ciudad de El Dorado; imaginados sus palacios, huertas y recreos; falsa su hermosa magnificencia y dilatadísima extensión, que le suponen; y que las naciones que habitan aquel país, ni tienen ni conocen entre sí rey, ni señor, a quien obedecer con tan ponderado rendimiento.

Lo primero porque según nos ha enseñado la experiencia sólo tienen estas naciones unos régulos o caciques, a quienes llaman capitanes o mandones, que por haber sido muy valientes, de buen gobierno o dilatada parentela, agregan a sí un corto número de gente, como de sesenta o cien hombres con sus mujeres y niños.

Todos viven en unas casillas de paja o palma, que con facilidad desamparan o dan fuego cuando se mudan a otro paraje, huyendo de otras naciones que los persiguen para esclavizarlos en guerra. Aunque también hay muchas naciones más dilatadas que reconocen entre sí muchos de estos capitanes, unos de mayor excepción que otros, como se ve en los caribes, guaipunábis y se vio en los que ya tenemos reducidos al gremio de la Iglesia. Pero en ninguna de estas naciones nos consta, hubiese tenido rey ni soberano de la ostentación que los hubo en el Perú y México, ni tampoco hayan tenido más ciudades, ni palacios magníficos que las dichas casillas en que viven con imponderable miseria.

De haberlo sería de los holandeses

Lo segundo, que si fuera cierta esta magnífica ciudad y sus de-

cantados tesoros, ya estuviera descubierta y quizá poseída por los holandeses de Suriñama, para quienes no hay rincón accesible donde no pretendan entablar su comercio, como lo hacen frecuentemente en las riberas del Orinoco y otros parajes más distantes que penetran, guiados de los mismos indios, que para ellos no tienen secreto oculto.

Invento indio

Lo tercero, que la naciones opuestas que tenemos pobladas, entre quienes tenemos indios de fidelidad y satisfacción, ya nos hubieran dado noticias ciertas y preguntados se ríen de tales invenciones y niegan absolutamente su existencia; de que infiero, que las noticias del indio Agustín y las del viaje de Felipe de Hutten, no fueron verídicas. Creeré que estuvieron en alguna nación de las muchas que aún hoy hay en el camino que anduvieron y que el cacique de Macatoa tiró a engañarlos como lo hacen con nosotros, representando montes de imposibles, cuando conocen intentamos penetrar la tierra para usar sus licenciosas vidas y mantenernos libres de conquistas.

No negaré que hubiese entre aquellos indios algunas riquezas de oro y plata que después han oscurecido, recelosos de que fuese aliciente para atraer a los españoles o a otras naciones confinantes, que los sujetasen al trabajo, que esto saben hacerlo, y conservarlo como inviolable secreto. Más, véase el plano del R.P. Gumilla y se hallarán 270 leguas geográficas desde el lago Parima, donde figura El Dorado, hasta el Orinoco, por la dirección del Guaviare, que fue la derrota de Hutten, de un terreno ásperamente montuoso y de inaccesibles serranías que hacen más de 300 leguas de camino y estas, dice el R.P. Gumilla, las anduvo en veinte y tres días Hutten con sus soldados, que precisamente irían talando montes, faldeando cerros, tomando arbitrios para vadear los ríos, en cuyo ejercicio se pasan días, sin granjear terreno. ¿Cómo es dable andar en tan corto tiempo tan dilatado y áspero camino?

Berrío gobernador de Trinidad y Orinoco

Vamos a referirnos a las fundaciones de las ciudades, San José de Oruña y Santo Tomé de la Guayana, practicadas el año del Señor de mil quinientos noventa y uno por don Antonio de Berrío y Oruña, heredero que fue del adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada y casado con una sobrina suya en Santa Fe de Bogotá, cabeza del Nuevo Reino de Granada. Pretendiendo este caballero, que la isla Trini-

dad entrase en la jurisdicción de 400 leguas, que le estaban cedidas, desde el termino meridional del expresado Nuevo Reino de Granada, se dejó ir por el Orinoco con la gente correspondiente y habiendo arribado a la isla, dio principio a la fundación de la ciudad de San José de Oruña, que hasta hoy pertenece y después pasó al río Orinoco, donde fundó la de Santo Tomé de la Guayana en la provincia de los indios guayanos, de quienes tomó el nombre, quedando desde entonces comprendidas en su gobierno, confirmado por nuevas capitulaciones del señor don Felipe II, rey Católico, que le extendió este gobierno una vida más.

Manda noticias a España

A los cuatro años de fundadas estas dos ciudades, viéndose don Antonio de Berrío con poca gente para el adelantamiento de ellas y deseoso de salir al descubrimiento de cierto país, a quienes los indios llaman la Manoa, en cuyas cercanías imaginaron aquella ciudad de El Dorado, a la parte occidental del gran lago Parima, que demuestran los planos geográficos 90 leguas al sur-sureste de la de Santo Tomé de la Guayana, uno y otro invenciones de los indios para echar a los españoles de sus tierras, y que pereciesen en la solicitud de tan remotas e imaginadas riquezas, envió a la corte de Madrid a su maestre de campo Domingo de Vera, vecino de la ciudad de Caracas, hombre de buen entendimiento, mayor inventiva y eficaz persuasiva para que con sus poderes negociase del Supremo Consejo la recluta de trescientos hombres con que emprender el referido descubrimiento.

Llegó Domigo de Vera a la Corte y echó a volar la fama de las riquezas del país de su encargo por toda Castilla, con tal arte y natural persuasión, que luego alcanzó las correspondientes licencias, y con ellas los trescientos hombres, siendo muchos personas principales de los reinos de Toledo, La Mancha y Extremadura, a quienes ofrecía poner en las manos tan crecidas riquezas de oro, plata y piedras preciosas con que levantarían sus nombres y linajes ilusrres. Para la confirmación de estas noticias mostraba algunas chagualas y orejeras de oro, piedras de esmeralda en bruto y a medio labrar, diciendo había de todo con abundancia en las tierras que iban a descubrir, con lo cual formaron tan superior concepto de ellas que las juzgaban muy otras y distintas de las descubiertas hasta entonces en todo el orbe terráqueo.

Teniendo ya todo de su mano, pidió a Su Majestad se le librasen setenta mil ducados para gastos de la expedición, los cuales le fueron

cedidos en la Corte y después otro cinco mil en la ciudad de Sevilla y largas licencias para sacar más gente y cinco naves capaces para el transporte de cuanto trajese conducente a su descubrimiento.

Vienen dos mil hombres

Entre los sujetos que se le agregaron fueron veinte capitanes de infantería, muchos de los cuales habían servido al rey en este empleo en Flandes, Italia y otras partes, y otros, que por soldados veteranos estaban esperando el premio de sus servicios y fueron a este fin nombrados por el Supremo Consejo, agradeciendo ellos este favor y dándose por bien premiados con las futuras riquezas, que esperaban en el descubrimiento de El Dorado. Juntáronsele algunos otros soldados viejos, algunos mayorazgos y otra gente noble y entre ellos un sobrino del Presidente del Real Consejo de Indias, que era el licenciado don Pablo de Lagunas. Finalmente muchos hombres casados vendieron sus haciendas y oficios, teniéndose por dichosos de que los admitiesen en su comitiva con sus mujeres e hijos, prometiéndose ser mucho más lo que esperaban de lo que, por seguirlo, abandonaban y malbarataban.

Junta esta tan lucida expedición que se componía de más de dos mil personas en la ciudad de San Lúcar de Barrameda y prontos los navíos correspondientes, se dieron a la vela en aquel puerto a los veintitrés de febrero de mil quinientos noventa y cinco. A los diez y seis de abril llegan con felicidad a la Trinidad. Arribaron a Puerto España, que está en la costa occidental de dicha isla y aunque antes se tuvo ésta por de la jurisdicción de la Real Audiencia de Santa Fe, ya la hallaron bajo el influjo del gobernador de Cumaná.

FELIPE SALVADOR GILIJ

NO LUGAR DE ORO SINO DEL HOMBRE DORADO

Nació en 1721 en Legogne (Italia) y murió en Roma en 1789. Misionero jesuita, fundador de la reducción de San Luis de la Encaramada, con larga estancia en las tierras orinoquenses, lo que le permitió redactar un Ensayo de historia americana, *originalmente publicado en Roma (1780-1874), en cuatro volúmenes. Aquí también encontramos un autor que se adhiere a otros cronistas que niegan la existencia de las noticias difundidas sobre El Dorado, sospecha que su leyenda fue creciendo por la incredulidad de los aventureros y buscadores de fortuna, que esta utopía sirvió como seducción a los europeos que deseaban un desenlace rápido, confirmativo y cambiante entre los múltiples sueños que significaba la aventura del Nuevo Mundo.*

De El Dorado

BAJO EL NOMBRE de El Dorado, si atendemos al sentido en que las comarcas americanas se toma, es conocido un país más rico que cualquier otro descubierto en el Nuevo Reino. No se le puede comparar (así piensan los viajeros) ni el célebre Potosí, ni el Chocó, ni las minas de México, ni tantos otros lugares de donde se sacan tan preciosos tesoros, sin encontrar nunca el fin. Si oímos las relaciones de aquellos, en esta feliz región son de oro las rocas, y de oro y de plata son también las arenas que llevadas por las aguas corren precipitadas en los ríos. De oro son también las arenas que brillan, como otras tantas menudas estrellas, en los lagos.

¿Qué diremos después de los habitantes de tan rica comarca? También ellos, como en país donde este metal es tan vil, están cubiertos de oro. Son de oro las vajillas, de oro las azadas y legones, de oro las armas y los arneses guerreros, de oro, para dar colmo a la maravilla, sus casas. Esta región por lo demás, tan rica como se ve por las descripciones hechas, es tan imprecisa, que no ha sido hasta ahora conocida por experiencia por persona alguna. Hace más de dos siglos que se busca, y lo que debe asombrar aun a aquellos que menos reflexionan, no se sabe el lugar, después de tanto tiempo.

¿Dónde está?

Algunos la creyeron en la costa de Cartagena o de Santa Marta. No habiéndola encontrado allí, otros la quisieron en Vélez, y después en Bogotá, antigua capital del Nuevo Reino. Allí mismo, donde cier-

tamente no estaba, corrió después la voz que se hallaba en el próximo valle fertilísimo de Sogamoso, y según me parece, pudo darle fundamento la costumbre del sacerdote indio que solía ungirse el rostro con resina mezclada con oro antes del sacrificio. Mas no estaba en Sogamoso, aunque allí hubiese oro, el tan buscado El Dorado.

Otros, pues, llevando siempre más adelante sus infructuosas búsquedas, lo imaginaron en Quito. Otros lo fingieron en la provincia de Venezuela, cerca de Caracas. Una vez buscado por todas partes, desapareció. Corrió después el rumor de que estaba detrás de los grandes montes que se hallan al oriente y al mediodía de Santa Fe del Nuevo Reino, y que pasados estos montes había praderías inmensas y pobladísimas, y en ellas El Dorado.

Quesada, deseoso de conquistarlo, resolvió trasladarse allí en compañía de doscientos soldados el año 1543, y habiendo pasado los hórridos montes que he citado, llegó felizmente a los Llanos. Pero no habiendo encontrado ni El Dorado ni gente, fundó allí la ciudad de Santiago de las Atalayas, la cual existe aún, aunque de poca fama. Pasó después el Airico, y habiendo perdido allí casi todos los soldados, llegó finalmente sin ningún fruto de su viaje y con infinitos trabajos a Timaná. Y he aquí fracasada una de las más célebres empresas en busca de El Dorado.

Se metió por el mismo tiempo en el mismo empeño, para quitarle la palma a Quesada, Felipe de Utre. Partió éste de Coro, ciudad de la provincia de Venezuela, con ciento veinte hombres, y ya se creía cerca de tragar tesoros inmensos. Pero habiendo sabido por un cacique del Airico el desgraciado fin del enviado Quesada, tomó el camino a lo largo del Guaviare y llegó a la primera aldea de los omaguas, donde como dice Piedrahita fue atacado por quince mil indios, que fueron mantenidos atrás, si queremos creerlo, por Pedro Limpias con treinta soldados. Pero lo cierto es que Utre quedó herido en una batalla, y que consternado por la multitud de los indios tornó a Coro, y allí terminó míseramente la vida en 1545.

El tirano Aguirre, cuyos viajes caen hacia el año 1559, podría también citarse entre estos aventureros. Pero le interesaron más sus imaginados dominios y los países que tenía en su ánimo conquistar, incluso a despecho de las más sagradas leyes, que la conquista de El Dorado. Era compañero de Ursúa, enviado a tal fin desde Perú por el marqués de Cañete. Surgió la discordia entre los viajeros, y los soldados, después de haber quitado la vida a Ursúa, eligieron jefe de la expedición a don Fernando Guzmán. A éste también lo mató Aguirre, y una vez abandonado el pensamiento de descubrir El Dorado, y

acaso viajando por el Río Negro y por el Orinoco, dirigió su curso hacia la isla Margarita, objeto deseado de sus soberbios pensamientos.

El Orinoco invadido

Reducidas a la nada estas empresas americanas, no cesó sin embargo el deseo de encontrar El Dorado, y a este efecto partieron otros conquistadores de España. Estos, de los cuales habla Torrubia, fueron derechamente al Orinoco, donde entonces se decía que estaba, y estaban tan llenos los desgraciados del halagüeño pensamiento de llegar cuanto antes al cabo de su empresa, y hacerse en breve dueños de las soñadas riquezas, que llevaron consigo no sólo a las mujeres, y los aperos todos de trabajar la tierra, sino a los niños más tiernos. Este memorable viaje fue el año 1596, y dice el citado autor, que eran cuatrocientas casas con sus mujeres e hijos, y con ellos catorce religiosos de San Francisco. Pero entonces era ferocísimo el Orinoco, y se les opusieron los caribes, que hicieron de mujeres y de niños una horrible carnicería.

Confortados sin embargo con los santos ejemplos y las fervientes exhortaciones de los religiosos enviados con ellos para convertir a la gente de El Dorado, llegaron finalmente algunos con mil esfuerzos a Guyana. Respiraron allí entre los habitantes españoles algunos días, y habiendo dado los religiosos a los nuevos países a los que pensaban ir el nombre de Custodia de El Dorado, se volvieron a poner en viaje, pero por tierra y a través de los bosques caribes. La infeliz suerte que tuvieron los desventurados viajando por agua, la hallaron también por tierra, y entre las envenenadas flechas de los caribes, y las enfermedades que les sobrevinieron, no fue posible llevar más adelante la empresa.

No hay, que yo sepa, después de este viaje que resultó desgraciado para tantos españoles, quienes hayan hecho otros en busca de El Dorado. Pero son bien célebres hacia la misma parte, esto es, el Orinoco, y por el mismo fanático designio los viajes del caballero inglés Raleigh, a que en otra parte nos hemos referido. Pero estos también, por no gastar palabras en relatos de poco relieve, tuvieron el mismo fin que los otros, que primero y después se hicieron. No se sabe todavía, vuelvo a decir de nuevo, si El Dorado existe, y donde se debe colocar, supuesta su existencia.

No me convencen

El P. Gumilla está muy empeñado en sostener la existencia, y

confieso ingenuamente que algunas de sus razones no me disgustan. El viaje de Utre en busca de El Dorado es circunstanciado y minucioso, y los países que recorrió son en nuestros días conocidísimos. Han andado después en busca de los indios salvajes algunos jesuitas, y se saben por ellos muchos pormenores. Por ellos sabemos que los lugares de las empresas de Utre se llaman hoy con el nombre de Airico. Pero aunque esto sea muy verdadero, allí, si debemos creer a los mismos, no hay señal ninguna de El Dorado. Ni se encuentra tampoco la nación omagua, que era creída dueña de El Dorado. También he de decir que de los omaguas apenas si quedan algunos en la Quebradita en los Llanos de San Juan, y otros pocos sobre el Marañón, de los que habla M. La Condamine.

No hago después mucha cuenta de algunas otras cosas que se aducen a favor de ellos por los partidarios de El Dorado. El cacique de Macatoa, entre los brasileños, se ofreció, dicen ellos, a los españoles para ir con su gente en busca de El Dorado, razón a su parecer muy convincente para inferir que él lo conocía, porque de otro modo, como dicen ellos también, no se habría ofrecido para aquella empresa. Así parece si atendemos a la corteza, por decirlo así, de este relato. Pero si lo desmenuzamos un poquito y entramos en el meollo, yo no sabría encontrar aquella seguridad que otros encuentran, tanto porque la voz Dorado, que se pone en boca del susodicho cacique, no es india sino española, ¿y cómo podría él saberla?, como porque viéndose en Macatoa españoles amantes del oro, quiso quizá mostrarles, a cambio del que buscaban, otro oro.

Enredo de palabras

El nombre mismo de Macatoa, ¿quién nos asegura verdaderamente que sea nombre de una aldea, y no más bien de un indio?

Yo por mi parte dudo, y sé que el año 1751 el misionero Roque Lubián encontró en el Airico a un cacique llamado Macatúa, el cual le dijo que había ido allí con sus betoas por temor a los portugueses. Sé por otro lado la costumbre constante de los indios de repetir los nombres de sus antepasados poniéndoselos a sus hijos, y Dios sabe si este cacique no era descendiente de nuestro brasileño. Me parece sin embargo que en los relatos de El Dorado hay muchos enredos procedentes del desconocimiento de las palabras indias, y por consiguiente poco o nada de sólido hay en ellos.

Pero apretemos finalmente las razones que aduce Gumilla en favor de su Dorado. La más fuerte es el relato del indio Agustín, muer-

to después de varias aventuras en la reducción de Guanapalo, sobre el Meta. Este indio se dice que fue hecho esclavo a la edad de quince años, y que pasó otros tantos en esclavitud en la ciudad de Manoa, capital de los omaguas. Huyó de allá después de tan largo tiempo con otros, y tuvo la suerte de unirse a los cristianos del Meta. Sus relatos, al uso de los de muchos aventureros, son maravillosos. Se dice que citaba con los nombres españoles los lugares en que dos siglos antes había estado Felipe Utre, esto es, el Hormiguero, el Almorzadero, etc.

¿Quién conservó en selvas tan deshabitadas, y por tiempo tan largo, tales nombres? Pues tales son, según veremos en otro lugar, las espesuras del Airico. Pero supongamos allí habitantes. Aún hoy un indio para el que es nuevo, además de difícil, el español, haría esfuerzos para pronunciar medianamente las antedichas palabras. Pero sigamos a Gumilla, y oigamos el resto de los famosos relatos del indio Agustín: "Pintaba muy por menor –dice en el lugar citado– el palacio del rey, los palacios y huertas para su diversión en el campo, y tales individualidades, que un bozal no es capaz de fingir, ni tenía motivo para ello". Este ingenuo modo de hablar del P. Gumilla me atrae, y descubro en los muertos papeles aquella agudeza que reconocí siempre en él cuando vivía. Pero el indio Agustín pudo mentir, y me duele extremadamente que en el tiempo en que traté a este escritor nada despreciable, aunque hubiese yo leído su *Orinoco Ilustrado*, fuera yo tan novato en la historia de América. No le pregunté nada sobre este punto. Y me parece falso o mal entendido el relato del indio. Mas puesto que no es tiempo de andar averiguando la verdad en los muertos, digamos finalmente lo que puede parecer más verosímil en la materia controvertida.

El lago Parima

Aún hoy se pretende en Orinoco que existe El Dorado, y que está a la parte meridional de él el lago Parima. De la existencia de este lago en los países caribes, o en lugares vecinos a sus comarcas, no hay ninguna duda entre los orinoquenses. Pero el nombre sobredicho no indica oro, sino pez, y la palabra *parima* significa "lugar de rayas". Hemos dicho en otro lugar que en estos últimos tiempos buscó allí El Dorado el francés M. de La Condamine. Pero no encontró allí sino miserias.

Por este hecho, creo yo, y por muchas otras razones que este insigne escritor recogió preguntando a los indios, es muy contrario a los partidarios de El Dorado. He aquí sus palabras: "En esta isla, la

más grande del mundo conocido, formada por los ríos de las Amazonas y Orinoco, unidos entre sí por medio del Negro, y que se podría llamar la Mesoporamia del Nuevo Mundo, se ha buscado durante largo tiempo el pretendido lago de oro de Parima y la ciudad imaginaria de Manoa El Dorado, busca que ha costado la vida de tantos hombres, entre ellos Raleigh, famoso navegante, y uno de los más bellos espíritus de Inglaterra, cuya trágica historia es bastante conocida. Es fácil ver en las expresiones del P. Acuña que en su tiempo todo el mundo estaba desengañado de esta bella quimera". Dejo de lado, aunque son hermosísimas, las razones con que confirma este sentimiento suyo.

Yo no puedo dejar de adherirme por muchas razones, siendo este sensato escritor no sólo posterior a Gumilla, sino muy buen conocedor de las razones de él, y las de otros más antiguos partidarios de El Dorado, de las cuales no hizo ningún caso, ni quiso ponerse a patrocinar una novela. Y en realidad, ¿de qué peso no es, para creerlo tal, el sentimiento, diremos común, del Marañón y del Orinoco? Sin duda, si se debiera dar alguna existencia a El Dorado, sería en esta gran isla, ceñida al norte, poniente y mediodía por éstos dos nobilísimos ríos. Y sin embargo no hay fundamento para creerla.

Mas en el Orinoco hablan de él los españoles. Sí, pero no todos, ni los más sensatos. Además de que nunca, siquiera una vez en tantos años, he oído hablar de él a ningún indio. El maipure Veniamari, práctico más que cualquier otro en los países del interior, y más en condiciones de poder hablar de él (y no era escaso ni de ingenio ni de palabras), sólo decía que en Alto Caura había una ciudad de fugitivos europeos. Pero esto mismo apenas me resulta ahora creíble, ya que los supuestos habitantes, en cuanto yo sé, no tienen comercio alguno ni con las colonias holandesas, ni con las francesas o españolas. De El Dorado sin embargo no decía siquiera una palabra. Por la cual cosa no dudo decir además que un país de tal nombre, colmado, como se pretende, de oro, lo creo una fábula. No ignoro que no falran allí comarcas ricas, y acaso hay, pero sin aparato de reyes ni de civilizadas naciones en el lago Parima. Pero que lleven el nombre susodicho, lo niego.

Dorado no era un lugar sino un hombre

¿De dónde, pues, ha llegado un nombre del que todos los viajeros han tomado engaño? He aquí: de no entender el sentido español de la voz Dorado, la cual no significa por lo demás un lugar de oro,

como se ha pretendido tantos años y por tantos autores, sino un hombre dorado o sobredorado. Para ver toda la verdad, ascendamos al origen. Léase la carta de Fernando Oviedo al cardenal Bembo fecha a 20 de enero de 1543. Cuéntase en ella el descubrimiento del Marañón hecho por el famoso Orellana, y después de muchas otras noticias que da Oviedo al eruditísimo cardenal, añade:

"No era tanto la canela lo que movió a Gonzalo Pizarro a buscarla, cuanto encontrar juntamente con esta especie un gran príncipe que se llama El Dorado, del cual se tiene mucha noticia en aquellas partes, y dicen que continuamente va cubierto de oro molido, y tan fino como la sal bien molida, porque le parece que no tiene otro vestido ni ornamento que éste, y que placas de oro labradas son cosa gruesa y común y que otros señores pueden vestir, y se visten de ellas cuando les place, pero espolvorearse con oro es cosa muy singular, y de mucho gasto, porque cada día se cubre de nuevo con aquel polvo de oro, y por la noche se lava y lo deja, porque tal vestido no le da embarazo ni le ofende ni molesta su gentil disposición en parte alguna, y con cierta goma o licor odorífero se unge por la mañana, y sobre aquella untura echa aquel oro molido, y queda toda la persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, tan resplandeciente como una figura de oro trabajada de mano de un excelente orive, de modo que se comprende por esto y por la fama que en aquel país hay minas de oro riquísimas. Así que, Reverendísimo Señor, este rey dorado es el que aquellos andaban buscando". Hasta aquí Oviedo.

Los techos de oro, los muros de oro, los bellos jardines, los palacios, ¿dónde están? O éstos han sido invenrados después. Nada se dice en la citada carta de qué nación fuese este bizarro cacique. Pero sin embargo, como se quería hacer de él un monarca resperable, en los tiempos posteriores por muchos se ha escrito que sus vasallos son los omaguas. Estuvo en boga esta fábula en el siglo pasado, y sin notar la gran paradoja la creyeron muchos. En el Gesú de Roma se ve en los corredores un mapa del Nuevo Reino, y en ella, al mediodía de los países caribes, pero más allá del ecuador, este epígrafe en español: "El Dorado, gente del Inca Enaguas, esto es, El Dorado y los enaguas, gente del Inca". Tan sutilmente se pensó para hacer verosímil esta novela, y como no había más que naciones salvajes e incultas en estos lugares, se pretendió que después de la destrucción del reino del Perú habían ido allá los omaguas para hacer como una colonia con sus restos.

Pero digámoslo de nuevo: son mentiras. Consta demasiado por la carta citada cuál fue al principio la significación de la voz Dorado,

y que se le da un sentido violentado, que no tuvo nunca en boca de Orellana, el primero en dar nuevas de él. Otros han querido interpretar esta voz caprichosamente, pero son todos posteriores al viaje de Orellana, hecho en 1540.

Lago Parima

Esta misma minuciosa exactitud habría echado de menos en los relatos hermosos que el padre Caulín pone bastantes veces a pie de página. En el cuerpo de su historia muestra creer tan verdadero o tan falso el Parima como yo opiné en mis relatos.

He aquí sus palabras: "Sepamos ya lo que es el Parima. Es (nos dicen los indios con sus voces rurales) un río que tiene su origen en las faldas de la serranía que da las primeras aguas al río Esequibo por la banda opuesta. Desde allí lleva la dirección al sudoeste hacia Río Negro y creeré que en la medianía recibe a los ríos Sabáro y Camáni, que tienen sus cabeceras frente de los ríos Caura y Paragua, a las faldas de la Serranía de Mey, y como los más de estos ríos tienen distintos nombres en sus bocas de los que le dan las naciones que viven en su origen, cotejando esta noticia con la que ya dije, que el Parima (a quienes suponían laguna) daba un brazo llamado Aguas-Blancas o Aguapíri, me persuade a creer que dicho Río Aguas Blancas a Aguapíri que desagua en Río Negro, sea el que en sus cabeceras y cuerpo llaman los caribes el Río Parima, que lleva la dirección al sudoeste, y así lo delineo en el plano, dejando la certidumbre a las experiencias del tiempo. De la misma relación consta que los ríos Saráca y Trumbétas, que caen al Marañón, junto a su estrecho, vienen del referido Parima, y es creíble, respecto de la planicie de aquel terreno y dirección de este río, que puede despedir aquellos brazos por algunas inundaciones que dilatadas por los bajos de aquellos países dieron fundamento para que le llamasen lago, siendo verdaderamente río formado de las muchas aguas que le da la serranía inmediata habitada de las naciones de indios infieles payánas, macúsis, arinagótos, tarúmas, parabénas, cariguánas y otras no conocidas, que median entre este y el río de Amazonas".

De testimonio tan claro, que yo no he querido en modo alguno alterar con traducirlo al italiano, consta abiertísimamente que el Padre Caulín, apoyado en lo que entendió de los indios, no creyó que el Parima, fuera un lago, sino un río semejante a lago, tanto por el lugar llano en que está, como por los incrementos invernales, notabilísimos allí, como en el Orinoco y según él, un lago distinto de este río ya

dicho no parece menos ideal y fantástico, que el que fue antes según el relato de los viajeros el Parába, antes citado. He aquí las noticias que sobre el Parima nos da el Padre Caulín en el lugar por mí citado.

"Para facilitar la población y reducción de los indios de la Paraba y sus vertientes, y poder penetrar hasta el Parima, frontera de los portugueses, fundó el gobernador don Manuel Centurión la villa de Barceloneta a la margen occidental del dicho río Parába, cerca de la isla de Ipoquí. Y sucesivamente logró la reducción de los arinagótos, de Cantabári, con que fundó frente de su boca el pueblo de San Joseph, el cual le sirvió luego de escala para fundar la ciudad de Guirior en las cabeceras de la Paraba y boca de Parabamuxi, desde donde avanzó sus descubrimientos y reducciones hasta El Dorado, laguna de Parima y río de este nombre".

El Dorado

El Dorado, creído no sólo por el Padre Caulín, que lo impugna extensamente (*Libro I,* cap. XI), sino por mí y por otros es una fábula inventada para diversión de los desocupados, se ha descubierto finalmente. Pero ¡qué diverso de lo que muchos imaginaron! He aquí el acostumbrado relato que nuestro autor hace expeditamente al pie de página: "Hay efectivamente cerca de la laguna de Parima un cerro muy guardado de los indios macúsis, arecúnas y otros que habitan en sus faldas y llaman los caribes acuquámo, y los españoles y portugueses El Dorado, porque se halla por muchas partes cubierto de unas arenas y piedras que relumbran como el oro e indican ricos minerales de este metal en las entrañas de aquel cerro".

De estas palabras se deducen tres cosas con la ayuda del mapa de Luis Surville: 1. El Dorado (yo diría el lugar del oro, prescindiendo si es verdadero o falso) está entre oriente y tramontaña del lago Parima. 2. Está en un monte llamado por los caribes Acuquamo y en sus faldas habitan los macúsis, los arecúnas y otros indios, que lo custodian de los invasores. 3. El dicho monte está en muchas partes cubierto de arena y de peñas que brillan como el oro. He aquí el nuevo Dorado. He aquí reducido a la nada el antiguo; terminados los omaguas, terminados los descendientes de los incas, terminado todo, al menos para mí.

Pero tan ayuno relato no echa plenamente por tierra toda cavilación. ¿Quién habita en la cima y a la espalda del monte? ¿Son acaso los omaguas? Allí por ventura, o al menos en los montes circunvecinos y en sus valles, que anota en su mapa Surville, vive el rey de los

doradenses, habitan los principales señores y los restauradores del reino de los peruanos. Ya estas para mí no son mentiras pero ¿quién quita que sean como verdad por aquellos que reflexionan poco, y mucho más cuando se dice que los macúsis y otros indios guardan las faldas del monte en que se supone que hay oro? Un relato claro quitaría por cierto todo error.

FRAY JUAN DE SANTA GERTRUDIS

CUENTA JUAN QUIÑÓNEZ

Nacido en Palma de Mallorca en la primera mitad del siglo XVIII, fallecido en 1779. Franciscano que vino a América destinado al Colegio de Nuestra Señora de las Gracias de Popayán, para luego recorrer el territorio de Nueva Granada durante casi once años. Frecuentó las numerosas misiones a lo largo del río Putumayo, estuvo en las ciudades de Quito y Lima, hasta su regreso a España. Es una figura aventurera este clérigo animoso, lleno de vivencias que se movió como un trotamundos y logró penetrar en las minas primitivas por Cauca y la provincia de Barbacoas, donde le hablan de El Dorado, tema que narra en su obra Maravillas de la naturaleza, *libro de recuerdos, medicina popular, anécdotas, convivencias, costumbres indígenas, visión de la naturaleza, todo con un sentido anecdótico y detallista.*

Un día me contó don Juan Quiñónez, el tiempo que estuve en su mina, que un indio hacía tiempo que le prometía que le enseñaría El Dorado. Es tradición que entre Barbacoas y Panamá hay un cerro que lo llaman El Dorado, porque, siendo mineral de oro de veta, abortó con tanta fuerza allí el metal que empezó a liquidarse y a chorrear oro acendrado por todas partes, que la mayor parte de este cerro lo fue tapando el oro derretido. Esta tradición que es de los indios antiguos, en toda la provincia de Barbacoas se tiene por verídica y constante. También es tradición que los indios que estaban en Barbacoas en el tiempo de la conquista sacaban muchísimo, y todavía se observan varios vestigios de los minerales que trabajaban los antiguos; y los barbacoeños, en las barrancas donde hallan haber trabajado los antiguos, ya los aseguran por buena mina, y aun en lo mismo que ellos trabajaron se halla mucho oro en polvo, de donde infieren que los indios antiguos sólo recogían el oro granado en puntitas, granitos y lentejuelitas, y no hacían caso del oro menudo. Yo he visto en Cajamarca, de que hablaré a su tiempo, un pedazo de peña arrancada de uno de estos minerales de veta, una lágrima de oro que entre otras había lagrimado el mineral, él de mucho quilate y tendría una onza la lágrima que me la mostró doña María Longa, que su marido, que es portugués y fue uno de los cabos que se huyeron del Gran Pará, se la trajo de Las Balsas, que es una provincia que confina con la de Cajamarca y en donde hay mucho comercio de oro en polvo y en masa, que sacan de otra provincia más adentro en que hay muchos minerales de oro de éstos de veta.

De que así a veces lagrimeen estos minerales de veta, así de oro

como de plata, es cosa cierta y muy experimental en todo el Perú. En la provincia de las Charcas, en El Potosí, 400 leguas más allá de Lima, cerca del año 1771, en un mineral de plata se halló una lágrima que había destilado el mineral que pesó sobre trescientos marcos, y cada marco cuenta seis onzas. El dueño la mandó a Lima y se regaló al señor don Jaime Palmer, mallorquín, que era mayordomo del señor Virrey, y el señor Amat, catalán, que allí entonces estaba. Y así me parece que cuanto a que el mineral sea tan fecundo que pueda abortar con la fecundidad del metal y tapar el cerro en donde tiene su origen, no me parece cosa imposible. Si el azufre que abortan varios volcanes no lo consumía el mismo fuego del volcán, ya los cerros donde están estos volcanes estuvieran todos cubiertos de azufre que continuamente están lagrimeando a chorro abierto. En Sansenatica, dentro del golfo de Venecia, hay una serranía que es una mina de azufre de 40 leguas. Yo he estado allá, y allí el mineral es tan fecundo que tiene toda la serranía cubierta del azufre, y allí se corta a pedazos grandes de a más de quintal, como quien corta cantos de una cantera.

Y volviendo al caso, dijo que su padre un día oyó la conversación que tenía el indio con su hijo don Juan sobre El Dorado, de donde sospechó el caballero que aquel indio podía saber en qué parte caía este El Dorado y, deseoso de oro, procuró a congraciar al indio con regalitos y, ya que le tuvo la voluntad ganada, se estrechó con él para que le enseñase El Dorado. El indio le dijo: Mi amo, yo te lo enseñaré. De lejos lo verás, pero no podrás llegar allá, porque está encantado de los antiguos. Con todo porfió con el indio hasta que se fue con tres negros y el indio que los guiaba con una canoíta mediana, aperados de víveres para quince días. Bajáronse por el río Gualí hasta el dique y de allí pasaron arrastrando la canoa a Maguí, y por este río se fueron tres días hasta la cabecera en que ya era menester arrastrar la canoa por la poca agua que allí tenía el río. El cuarto día dejaron la madre del río y se fueron arrastrando la canoa por dentro de un monte cosa de media legua y toparon una quebrada medianita. Todo esto está doblando de Maguí a la mano derecha. Por esta quebrada se subieron quebrada arriba cosa de media legua y de allí se dividía en dos brazos, y tomaron el de la mano derecha y por él subieron cosa de otra media legua y, para pasar adelante, volvieron a arrastrar la canoa por el monte cosa de un cuarto de legua y, de allí, de encima de una lomita, descubrieron El Dorado, que es un cerro que tendrá cosa de media legua de largo, siendo él de mediana altura, no es muy piramidal, sino con una subida descansada y con bastante llano en lo superior a lo que descubría la vista.

Está de arriba hasta abajo todo lleno de chorreras de oro y, como reluce tanto a la vista, parece que está todo cubierto de oro, no porque así sea en realidad, porque, atendido de espacio, no son más que chorros que han ido chorreando por varias bocas. Volvieron a bajar de la lomita y tomaron la quebrada de abajo y por ella andando a poco rato ya toda la arena y cascajo de la quebrada, la mayor parte era oro en polvo y pedazos de oro; pero cosa de un cuarto de legua de quebrada arriba se conmovió tal tempestad de relámpagos, truenos y rayos que todos se amedrentaron y determinaron no pasar adelante, antes de revolver atrás a toda prisa. Con todo, el caballero cogió y cogieron los negros muchos pedazos de oro de aquella quebrada; pero presto lo hubieron de dejar, porque de aquellos mismos pedazos de oro y arenilla de oro en polvo empezaron a salir humos verdes, y éstos reventaban en rayos espantosos que los cruzaban por entre las manos y por delante la vista reventando en hedor pestífero, con que todos se quedaron tan azorados que volvieron a lanzar todo el oro a la quebrada, porque les parecía que les venía en alcance una gran vocería de diablos que se venían corriendo ya por la quebrada, llevando ya cerca el rumor de sus movimientos. Llegaron al puesto donde se habían embarcado y, tomando la canoa, la volvieron a arrastrar por donde la habían traído y, al llegar a embarcarse en el brazo de la otra quebrada abajo, hasta que les cerró del todo la noche, que ni se acordaron de comer ni beber, y cerca de las nueve cesó la tempestad, pero los bramidos que salían del cerro duraron hasta que llegaron a la cabecera del río Maguí. Toda esta historia me contó don Juan, así como su padre la contó cuando volvió a la mina.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

EL DORADO EN EL MAR BLANCO O LAGUNA DE PARIMA

El sabio explorador y científico, Berlín, 1769-1859, fue autor de una enorme obra publicada entre 1808 y 1834. Quizás su estudio más destacado es el Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, *disciplinada enciclopedia que deslumbró por su valor científico y organizó un amplio cuadro de la naturaleza americana. El mito de El Dorado le permite afirmar que "la fantasía y el engaño son también aquí consuelo en las grandes privaciones y terrenales sufrimientos". La evolución de un lugar sagrado, desde el Cuzco y Cajamarca hasta los Andes orientales, para descender sobre la ciudad de Manoa, va rehaciendo la historia de esta leyenda que fue reelaborándose en muchos lugares de la América extensa y deslumbrante, buscando incansablemente localizar el "país del oro" que costó tantas penurias, marchas y contramarchas, muertes y múltiples sacrificios a los conquistadores.*

Balance

ESTE ES el lugar de dar a conocer para completar la descripción del Orinoco, los resultados principales de mis investigaciones sobre El Dorado en el Mar Blanco o laguna Parima y en las fuentes del Orinoco, tal como ellas se encuentran señaladas en los mapas más recientes. La idea de un terreno aurífero eminentemente rico ha estado ligada desde el fin del siglo XVI, a la de un gran lago interior que da a la vez aguas al Orinoco, al río Branco y al Esequibo. Creo haber llegado por un conocimiento más exacto de los lugares, por un estudio largo y laborioso de los autores españoles que tratan de El Dorado y sobre todo, por la comparación de un gran número de mapas antiguos dispuestos por orden cronológico, a descubrir la fuente de estos errores. Todas las fábulas tienen algún fundamento real; la de El Dorado se parece a esos mitos de la antigüedad que viajando de país en país, han sido sucesivamente adaptados a localidades diferentes. Para distinguir la verdad del error, basta con frecuencia en las ciencias, separar la historia de las opiniones y seguir sus desarrollos sucesivos. La discusión a la cual voy a consagrar el fin de este capítulo no es solamente importante porque arroja luz sobre los sucesos de la conquista y sobre la larga serie de expediciones desastrosas hechas para la busca de El Dorado y de las cuales la última (vergüenza da decirlo) es del año 1775: ofrece al lado de este interés puramente histórico, otro más real y más generalmente sentido, el de rectificar la geografía de la América meridional y de desembarazar los mapas publicados en nuestros días de

esos grandes lagos y de esa extraña red de ríos colocados como al azar entre los 60 y los 66 grados de longitud. Nadie cree ya en Europa en las riquezas de Guayana y en el imperio del Gran Patiti. La ciudad de Manoa y sus palacios cubiertos de láminas de oro macizo han desaparecido desde hace largo tiempo; pero el aparato geográfico que sirve de adorno a la fábula de El Dorado, ese lago Parima que, semejante al lago de México, reflejaba la imagen de tantos edificios suntuosos, ha sido religiosamente conservado por los geógrafos. En el espacio de tres siglos, las mismas tradiciones han sido diversamente modificadas; por ignorancia de las lenguas americanas se ha tomado a ríos por lagos y a portajes por ramificaciones de ríos; se ha hecho avanzar un lago (el Casipa) 5 grados de latitud hacia el sur, mientras que se ha transportado otro lago (el Parima o Dorado) a 100 leguas de distancia, de la orilla occidental del río Branco a la orilla oriental. Por estos cambios diversos es por lo que el problema que vamos a resolver ha llegado a ser mucho más complicado de lo que se piensa generalmente. El número de los geógrafos que discuten los fundamentos de un mapa según la triple relación de las medidas la comparación de obras descriptivas y el estudio etimológico de los nombres, es extremadamente reducido. Casi todos los mapas de América meridional que han aparecido desde el año 1775, son por lo que se refiere al interior del país, comprendidos entre los llanos de Venezuela y el río de las Amazonas, entre el lago oriental de las Indias y las costas de Cayena, una simple copia del gran mapa español de La Cruz Olmedilla. Una línea que indica la extensión del país que don José Solano se vanagloriaba de haber descubierto y pacificado con sus tropas y sus emisarios, fue tomada por la ruta de este oficial que no había ido nunca más allá de San Fernando de Arabapo, pueblo alejado 160 leguas del pretendido lago Parima. Se descuidó el estudio de la obra del Padre Caulín que es el historiógrafo de la expedición de Solano y que expone muy claramente, según el testimonio de los indios, "cómo el nombre del río Parima ha dado lugar a la fábula de El Dorado y de un mar interior". No se hizo por otra parte ningún uso de un mapa del Orinoco posterior en 3 años al de La Cruz y trazado por Surville de acuerdo con el conjunto de materiales reales e hipotéticos que encierran los archivos del Despacho Universal de Indias. Los progresos de la geografía en tanto que se manifiestan en los mapas, son mucho más lentos de lo que debería suponerse por el número de resultados útiles que se encuentra extendido en las obras de diferentes naciones. Observaciones astronómicas, informes de topografía se acumulan durante una larga serie de años, sin que se haga uso de ellos; y por un

principio de estabilidad y de conservación, por otra parte muy loable, los que trazan mapas prefieren a menudo no añadir nada antes que sacrificar un lago, una cadena de montañas o una ramificación de ríos que se ha tenido la costumbre de hacer figurar desde hace siglos.

Como las tradiciones fabulosas de El Dorado y del lago Parima han sido diversamente modificadas según el aspecto del país al cual se ha querido adaptarlas, hay que distinguir lo que encierran de real y lo que es puramente imaginario. Para evitar aquí nociones detalladas que tendrán mejor lugar en el *Analyse d l'Atlas Geográfique*, comenzaré fijando la atención del lector hacia los lugares que han sido a través de diversas épocas el teatro de las expediciones hechas para el descubrimiento de El Dorado. Cuando se haya llegado a conocer el aspecto del país, las circunstancias locales, tal como podemos describirlas hoy, será fácil concebir cómo las diferentes hipótesis señaladas en nuestros mapas han ido naciendo poco a poco y se han modificado las unas a las otras. Para combatir un error basta recordar las formas variables bajo las cuales se le ha visto aparecer en diversas épocas.

La libertad de los geógrafos

Hasta la mitad del siglo XVIII, todo el vasto terreno comprendido entre las montañas de la Guayana Francesa y las selvas del Alto Orinoco, entre las fuentes del río Caroní y el río Amazonas (de 0° a 4° de latitud boreal y de 57° a 68° de longitud) era tan poco conocido que los geógrafos podían a su voluntad colocar allí lagos, crear comunicaciones de ríos y figurar cadenas de montañas más o menos elevadas. Han usado plenamente de esta libertad y la posición de los lagos, como el curso y las ramificaciones de los ríos, han sido variadas de tantas maneras, que no sería sorprendente que entre el gran número de los mapas se encontrasen algunos que marcaran el verdadero estado de cosas. Actualmente el campo de las hipótesis se encuentra igualmente limitado. He determinado la longitud de la Esmeralda en el Alto Orinoco; más al este, en medio de los valles de la Parima (terreno desconocido como el Wangara y el Dar-Saley en África) una zona de 20 leguas de ancho ha sido recorrida de norte a sur, a lo largo de las orillas del Caroní y del río Branco por los 63° de longitud. Es el camino peligroso que don Antonio Santos siguió para venir de Santo Tomás de Angostura al Río Negro y al Amazonas; es también aquel por el cual muy recientemente todavía, colonos de Surinam se han comunicado con los habitantes del Gran Pará. Este camino divide la tierra incógnita de la Parima en dos porciones desiguales; pone al

mismo tiempo límites a las fuentes del Orinoco que no es posible llevar indefinidamente hacia el este sin hacer atravesar el lecho del río Branco que corre de norte a sur, por el lecho del Alto Orinoco cuya dirección va de este a oeste. Si se sigue el río Branco o esta banda de terreno cultivado que depende de la Capitanía General del Gran Pará, se ven lagos en parte imaginados, en parte agrandados por los geógrafos, que forman dos grupos distintos. El primero de estos grupos comprende los lagos que se sitúan entre la Esmeralda y el río Branco: al segundo pertenecen los que se les oponen en el terreno entre el río Branco y las montañas de las Guayanas holandesa y francesa. Resulta de este bosquejo que la cuestión de si hay un lago Parima al este del río Branco es por completo extraña al problema de las fuentes del Orinoco.

Además del terreno que acabamos de indicar (El Dorado de la Parima atravesado por el río Branco) se encuentra a 260 leguas hacia el oeste, cerca de la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes, otra parte de América igualmente célebre en las expediciones de El Dorado. Es la Mesopotamia entre el Caquetá, el Río Negro, el Uaupés y el Jurubesh, acerca de la cual he dado anteriormente informes detallados, es El Dorado de los omaguas que encierra el lago Manoa del padre Acuña, la laguna de oro de los indios guanas y el terreno aurífero del cual el padre Fritz ha recibido láminas de oro batido en su misión del Amazonas, hacia fines del siglo XVII.

Las empresas

Las primeras y sobre todo las más célebres empresas intentadas en busca de El Dorado han sido dirigidas hacia la vertiente oriental de los Andes de Nueva Granada. Maravillado de las noticias que un indio de Tacunga había dado sobre las riquezas del Rey o Zaque de Cundirumarca, Sebastián de Benalcázar envió en 1535 a sus capitanes Añasco y Ampudia a descubrir el valle de El Dorado a 12 jornadas del camino de Guallabamba, por consiguiente en las montañas entre Pasto y Popayán. Las informaciones que Pedro de Añasco había obtenido de los indígenas, añadidas a las dadas más tarde (1536), por Díaz de Pineda que había descubierto las provincias de Quixos y de la Canela, entre el río Napo y el río Pastaza, hicieron nacer la idea de que al Este de los nevados de Tunguragua, del Cayambo y de Popayán "había vastas llanuras abundantes en metales preciosos y cuyos habitantes estaban cubiertos de armaduras de oro macizo". Fue con ocasión de la busca de estos tesoros, como Gonzalo Pizarro (1539)

descubrió accidentalmente los caneleros de América (Laurus Cinnamomoides, Mut.) y como Francisco de Orellana descendió el Napo para llegar al Amazonas. Desde esta época se hicieron a la vez desde Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú, y aun desde el Brasil y el Río de la Plata expediciones para la conquista de El Dorado. Aquellas cuyo recuerdo se ha conservado más y que sobre todo han contribuido a extender la fábula de la riqueza de los manaos, de los omaguas y de los guaipes como la existencia de las lagunas de oro y de la ciudad del Rey Dorado (*Gran Patiti, Gran Moxo, Gran Parú o Enim*), son las incursiones hechas al sur del Guaviare, del río Fragua y del Caquetá. Orellana, habiendo encontrado ídolos de oro macizo entre las confluencias del Jupura y del Río Negro, había fijado las ideas sobre un terreno aurífero entre el Papamene y el Guaviare. Su relato y los de los viajes de Jorge de Espira (Georg von Speier), de Hernán Pérez de Quesada y de Felipe de Utre (Philip von Hutten), emprendidos en 1536, 1542 y 1545, ofrecen en medio de mucha exageración, pruebas de conocimientos locales muy precisos. Examinándolos desde el punto de vista puramente geográfico, se reconoce el deseo constante de los primeros conquistadores de llegar al terreno comprendido entre las fuentes del Río Negro, del Uaupés (Guape) y del Jupura o Caquetá. Este es el terreno que para distinguirlo de *El Dorado de la Parima*, hemos llamado anteriormente *El Dorado de los Omaguas*. Es indudable que todo el país entre el Amazonas y el Orinoco, fue vagamente designado con el nombre de *Provincias de El Dorado*; pero en esta vasta extensión de selvas, de sabanas y de montañas, la marcha de los que buscaban el gran lago de riberas auríferas y la ciudad del Rey Dorado no se dirigían más que hacia dos puntos, al noreste y al suroeste del Río Negro, o sea hacia el Parima (o el istmo entre el Caroní, el Esequibo y el río Branco) y la antigua residencia de los manaos, habitantes de las orillas del Jurubesh. Acabo de recordar la posición de este último terreno que ha sido célebre en la historia de la conquista desde 1535 hasta 1560: réstame hablar de la configuración del país entre las misiones españolas del río Caroní y las misiones portuguesas del río Branco o Parima. Es el país vecino del Bajo Orinoco, de la Esmeralda y de las Guayanas francesa y holandesa, sobre el cual desde fines del siglo XVI, las empresas y los exagerados relatos de Raleigh han arrojado tan vivos resplandores.

Parima

El Orinoco por la disposición general de su curso dirigido suce-

sivamente hacia el oeste, hacia el norte y hacia el este, tiene su desembocadura casi en el meridiano de sus fuentes; así, es avanzando de la Vieja Guayana hacia el sur, como se recorre todo el país en el que los geógrafos han situado sucesivamente un mar interior (Mar Blanco) y los diferentes lagos que aparecen ligados a la fábula de El Dorado de la Parima. Se encuentra primero el río Caroní, que se forma por la reunión de dos ramas casi igualmente importantes, el Caroní propiamente dicho y el río Paragua. Los misioneros de Píritu llaman a este último río, lago (*laguna*): "está lleno de escollos y de pequeñas cascadas; pero, recorriendo un país enteramente plano, está al mismo tiempo sujeto a grandes inundaciones y apenas puede reconocerse su verdadero lecho (*su verdadera caxa)*". Los indios le han dado el nombre de Paragua o Parava que quiere decir en caribe, Mar o Gran Lago. Estas circunstancias locales y esta denominación han dado lugar sin duda alguna a la idea de transformar el río Paragua, afluente del Caroní, en un lago llamado Casipa, a causa de los indios Casipagotos que viven en estas comarcas. Raleigh concede a esta cuenca 13 leguas de ancho, y como todos los lagos del Parima deben tener arenas auríferas, no deja de asegurar que en verano, cuando las aguas se retiran, se encuentran allí pepitas de oro de un peso considerable.

Como las cabeceras de los afluentes del Caroní, del Arui y del Caura, (Caroli, Arvi y Caora de los antiguos geógrafos) están en extremo próximas se ha imaginado hacer salir todos estos ríos, del pretendido lago Casipa. Sansón ha agrandado de tal modo este lago, que le concede 42 leguas de largo por 15 de ancho. Los antiguos geógrafos se cuidaban muy poco de oponer siempre de la misma manera los afluentes de las dos orillas e indican la desembocadura del Caroní y el lago Casipa que comunica por el Caroní con el Orinoco, algunas veces más arriba de la confluencia del Meta. Así es como Hondius la lleva hasta los paralelos de 2° y 3° de latitud, dándole la forma de un rectángulo cuyos lados más grandes están dirigidos de norte a sur. Esta circunstancia es digna de ser notada porque asignando poco a poco al lago Casipa una latitud más meridional, se le ha separado del Caroní y del Arui, dándosele el nombre de Parima. Para seguir esta metamorfosis en su desarrollo progresivo, es necesario comparar los mapas que han aparecido desde el viaje de Raleigh hasta nuestros días. La Cruz, copiado por todos los geógrafos modernos, ha conservado a su lago Parima, la forma oblonga del lago Casipa, aunque esta forma sea enteramente opuesta a la del antiguo lago Parima o Rupunuwini cuyo eje mayor está dirigido del este al oeste. Además este antiguo lago (el de Hondius, de Sansón y de Coronelli) estaba rodeado de

montañas y no daba nacimiento a ningún río, mientras que el lago Parima de La Cruz y de los geógrafos modernos comunica con el Alto Orinoco, como el Casipa con el Bajo Orinoco.

Como el mito universal

La mayor parte de los historiadores que han descrito los primeros siglos de la conquista, parecen persuadidos de que los nombres provincias y país de El Dorado, designaban originariamente toda región abundante en oro. Olvidando la etimología exacta de la palabra Dorado, no han visto que esta tradición es un mito local como lo han sido casi todos los mitos de los griegos, de los indios y de los persas. La historia del Hombre Dorado pertenece primitivamente a los Andes de Nueva Granada, sobre todo a las llanuras inmediatas a su vertiente oriental; progresivamente, como ya antes lo he hecho observar, se le ve avanzar 300 leguas hacia el este-noreste, de las fuentes del Caquetá a las del río Branco y del Esequibo. Se ha buscado oro en diferentes partes de América del Sur hasta 1636, sin que la palabra Dorado haya sido pronunciada y sin que se haya creído en la existencia de ningún otro centro de civilización y de riquezas más que el imperio del Inca del Cuzco. Países que actualmente no llevan al comercio la menor cantidad de metales preciosos, la costa de Paria, Tierra Firme (Castilla del Oro), las montañas de Santa Marta y el istmo de Darién, gozaban entonces de la misma celebridad que han adquirido más recientemente los terrenos auríferos de la Sonora, del Chocó y del Brasil.

KARL FERDINAND APPUN

NADIE LO VIO

Nacido en 1820 en Bunzlau (Alemania), muerto en 1872 en el río Mazaruni (Guayana). Naturalista y explorador que recorrió Venezuela entre los años de 1849-1859, estuvo también en parte del Brasil, navegó por el río amazonas y alcanzó la frontera con el Perú. Redactó sus experiencias en una extensa obra escrita en alemán y editada antes de su muerte, traducida al castellano como En los trópicos *(1961). En su apéndice recuerda el cuento fabuloso de El Dorado, diciéndonos que "no es el nombre de un país, sino que quiere decir "el hombre dorado". Appun lo considera una fábula desconocida por sus actuales pobladores, quienes ignoran su origen, tomándola como proyecciones imaginarias de quienes buscaron la ciudad de Manoa borrada en el tiempo.*

LA SABANA de Pirara es una de las regiones de la América del Sur donde, según los conquistadores, se encontraba la residencia del rey "Dorado", la ciudad de oro de Manoa, la laguna de oro (el lago Parima) con sus riberas ricas en oro, y los grupos de las encantadoras islas Ipomucena rodeadas --según el informe de Sir Walter Raleigh– "de montañas preñadas de oro que resplandecían con un brillo enceguecedor".

El cuento fabuloso de las riquezas del Nuevo Mundo, propagado en Europa por los primeros conquistadores de América del Sur resonaba en todas partes despertando en muchísimos hombres el deseo de buscar el fantasma de oro, pero no lo consiguieron jamás, sino que perdieron la vida en las manos vengadoras de los indios o por los inmensos esfuerzos y privaciones en las regiones despobladas del Nuevo Mundo. ¡Qué despilfarro horrible de vidas, sin igual en la historia de los proyectos quiméricos!

Pero la manía de descubrir las regiones doradas de la América del Sur no sólo reinó en España sino que se extendió también en Inglaterra y Alemania, y la influencia del cuadro seductor, que con el tiempo se pintaba cada vez más espléndido y colorido, fue tan grande que, cuanto más víctimas arrastrara a su vorágine –igual que Escila y Caribdis– tanto más crecía la cantidad de aquellos que aspiraban a llegar a la imaginaria meta.

De los millares de aventureros que, seducidos por la elocuencia de Domingo de Vera y sus descripciones exageradas de las regiones abundantes en oro, emprendían el viaje de descubrimiento hacia el Nuevo Mundo, sólo dos o tres regresaron a España, todos los demás pagaron con su vida al afán de oro. Tampoco Sir Walter Raleigh y su seguidor el capitán Keymis así como muchos otros que después de

ellos persiguieron esta quimera, lograron descubrir la ciudad de oro y la laguna.

A fines del pasado siglo tuvo lugar la última expedición infeliz, cuando Don Manuel Centurión, gobernador de Santo Tomás, organizó en los años de 1766 y 1777 dos expediciones hacia el Orinoco para descubrir la ciudad de Manoa, pero también estas expediciones fracasaron al igual que las anteriores y terminaron con la muerte de la mayoría de sus participantes.

Nadie vio el imperio del rey "Dorado" al cual sus súbditos ungían diariamente con aceites perfumados y sobre cuyo cuerpo soplaban con largas cerbatanas el polvo dorado que cada noche era quitado con agua y renovado cada mañana. Nadie vio la ciudad dorada de Manoa con el lago Parima rico en oro, y las montañas que fulguraban de oro, pero millares de hombres expiaron con su muerte la horrible ilusión.

Todo esto se ha olvidado ya hace tiempo y sólo en libros se menciona aún la leyenda de "El Dorado", incluso los habitantes actuales del escenario del mito antiguo, los macuschí de la región de Pirara, no saben lo más mínimo de él y se burlan del hombre blanco que les pregunta por el lago de "Amucú" (la laguna de oro de Sir Walter Raleigh).

ÍNDICE

La presente edición, se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2003, en las
prensas de Editorial Arte, Caracas.
La edición consta de 1.500 ejemplares.